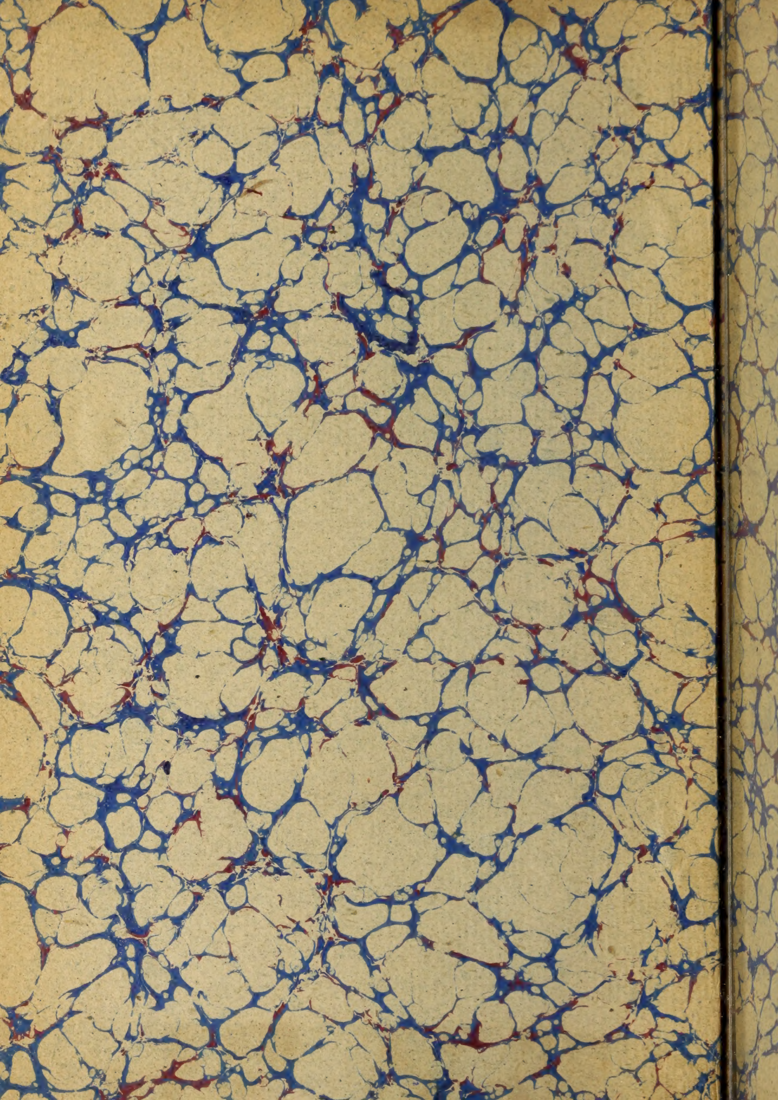
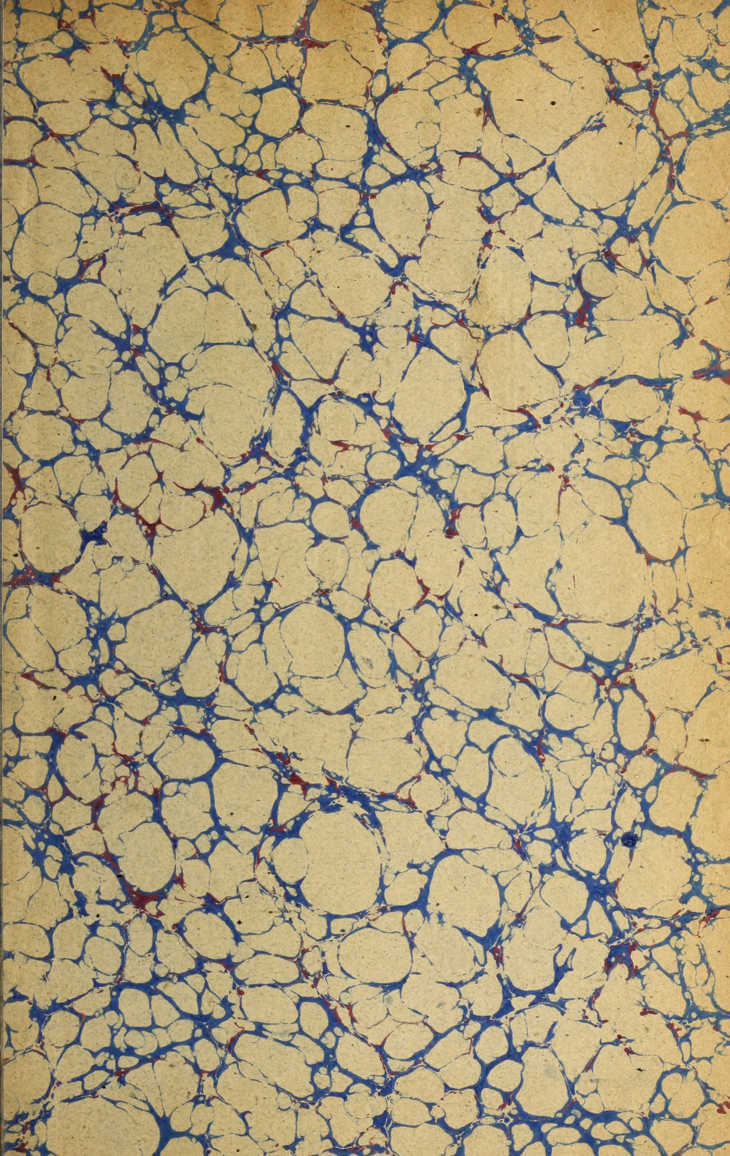

3 1761 09373096 8





JUAN VALERA

CUENTOS

El Caballero del Azor.—El doble sacrificio.
Los cordobeses en Creta.
El duende-beso.—El último pecado.—El San Vicente Ferrer, de talla.—El cautivo de Doña Mencía.
El maestro Raimundico.—Garuda ó la cigüeña blanca.
CUENTOS Y CHASCARRILLOS



OBRAS COMPLETAS

TOMO XV

EL CABALLERO DEL AZOR



EL CABALLERO DEL AZOR

I.

Hará ya mucho más de mil años, había en lo más esquivo y fragoso de los Pirineos una espléndida abadía de benedictinos. El abad Eulogio pasaba por un prodigio de virtud y de ciencia.

Las cosas del mundo andaban muy mal en aquella edad. Tremenda barbarie había invadido casi todas las regiones de Europa. Por donde quiera luchas feroces, robos y matanzas. Casi toda España estaba sujeta á la ley de Mahoma, salvo dos ó tres estadillos nacientes, donde entre breñas y riscos se guarecían los cristianos.

En medio de aquel diluvio de males, pudiera compararse la abadía de que hablamos al arca santa en que se custodiaban el saber y las buenas costumbres y en que la humana cultura podía salvarse del universal estrago. Gran fe tenían los monjes en sus rezos y en la misericordia de Dios, pero no desdeñaban la mundana prudencia. Y á fin de poder defenderse de las invasiones de bandidos, de

barones poderosos y desalmados ó de infieles muslimes, habían fortificado la abadía como casi inexpugnable castillo roquero, y mantenían á su servicio centenares de hombres de armas de los más vigorosos, probados y hábiles para la guerra.

La abadía era muy rica y famosa; rica por los fertilísimos valles que en sus contornos los monjes habían desmontado, cultivándolos con esmero y recogiendo en ellos abundantes cosechas; y famosa, porque era como casa de educación, donde muchos mozos de toda Francia y de la España que permanecía cristiana acudían á instruirse en armas y en letras. Entre los monjes había sabios filósofos y teólogos y no pocos que habían militado con gloria en sus mocedades antes de retirarse del mundo. Éstos enseñaban indistintamente las artes de la paz y de la guerra; cuanto á la sazón se sabía. Y luego, según la índole de cada educando, los pacíficos y humildes se hacían sacerdotes ó monjes, y los belicosos y aficionados á la vida activa salían de allí para ser guerreros y aun grandes capitanes.

Cincuenta novicios había en la abadía de continuo. Y todos, salvo en las horas consagradas á ejercicios caballerescos, vestían el hábito de la orden.

En una tarde de Abril, terminadas las vísperas, salieron los novicios del coro, donde habían estado entonando salmos, y fueron, según costumbre, á

pasar dos horas de recreo jugando en un gran patio.

Había un novicio de origen obscuro, lo cual se contraponía á la alta nobleza de que se jactaba con razón la mayoría de los otros. Este novicio era español.

Seis años hacía que había venido á refugiarse en el convento sin saber de dónde. El caritativo abad le dió asilo, y él, con su humildad profunda, con su aplicación constante, con la rara inteligencia que desplegó en el estudio y con la robustez y agilidad que mostró en todos los ejercicios corporales, se ganó la voluntad de aquel venerable siervo de Dios, que le amaba como á un hijo y que candorosamente le admiraba. De aquí la envidia que le tenían los otros novicios y especialmente los franceses. Tratábanle con desdén, le hacían mil burlas y hasta le dirigían improperios, que él sufría con resignación evangélica. Por esto le llamaban Plácido.

En aquella ocasión la envidia de los otros novicios había llegado á su colmo. Plácido acababa de alcanzar brillante triunfo. Había compuesto un devoto é inspirado himno latino á la Santísima Virgen María, tan lleno de bellezas y tan rico de amor místico, que, entusiasmados los monjes, le habían cantado en el coro, dando al joven poeta mil alabanzas y bendiciones.

Sus malos compañeros, deseosos de humillarle,

y tal vez fiados en que Plácido era pacífico y sufrido, se encararon con él, aunque él se apartaba de ellos con mansedumbre y modestia, y llegaron dos de los más insolentes al último extremo de la injuria. Recordando la obscuridad de su origen, se la echaron en rostro y calificaron á su madre de la más infame manera.

El cordero se convirtió entonces de repente en bravo león. Por dicha, no tenía armas, pero le valieron los puños. Con certero y fuerte golpe derribó por tierra, maltrecho y con la boca ensangrentada, al primero que le había ofendido. Después siguió peleando él solo contra otros tres ó cuatro, apoyado contra el muro y acosado por ellos.

Fué todo tan rápido, que nadie había acudido á interponerse y á restablecer la paz, cuando otro de los novicios, de nobilísima alcurnia francesa, intervino en la contienda, diciendo:

—Es cobardía que vayáis tantos contra él; apartáos; dejádmele á mí solo; yo le castigaré como merece.

Fué tan imperiosa la voz, fué tan imponente el ademán de aquel muchacho, que se apartaron todos, formando ancho cerco en torno suyo.

Cayó entonces el francés sobre Plácido, el cual paró los golpes que le asestaba, sin recibir ninguno, y le ciñó con fuerza terrible en sus nervudos brazos.

Pasmosa fué la lucha. Firmes se mantenían ambos. Ninguno cejaba ni caía. Hubieran semejado dos estatuas de bronce, si no se hubiera sentido el resoplido de la fatigada respiración de los combatientes y si no se hubiera visto correr abundante sudor por sus encendidas mejillas.

¡Quién sabe cómo hubiera terminado aquel combate! Mal hubiera terminado, sin duda, si no llega precipitadamente el abad y logra al punto separarlos.

Después de censurar con breves y enérgicas palabras la acción de todos, ordenó á Plácido que le siguiese, y le llevó á su celda.

II.

—En balde he esperado, hijo mío, hacer de tí un dechado de santidad y de paciencia, para que con el tiempo llegases á ser mi sucesor en el gobierno de esta abadía. Sé todo lo ocurrido y no me atrevo á culparte. La afrenta que te han hecho era difícil, era casi imposible de tolerar. Está visto, Dios no te quiere para la vida contemplativa. Imposible es además que permanezcas ya ni una hora en esta santa casa, donde has promovido un escándalo feroz, aunque disculpable. Por otra parte, el mozo con quien luchabas es poderosísimo por su

nacimiento y riqueza y tú no puedes seguir viviendo donde él está. No me queda más recurso que el de obligarte á salir inmediatamente de la abadía. Pero no saldrás desvalido y sin prendas de mi afecto hacia tí. La abadía es rica, el abad también lo es, y en nada mejor puede emplear su dinero. Toma esta bolsa llena de oro; Hugo, el capitán de los arqueros, tiene orden mía para entregarte enjaezado el mejor de los corceles que hay en nuestras caballerizas. Corre, revístete á escape de tus armas, monta á caballo y vete.

Vertiendo muchas lágrimas de gratitud y besándole respetuosamente las manos, Plácido se despidió del abad, y éste le abrazó y le bendijo.

Dos horas después cabalgaba Plácido, solo y armado, por medio de un pinar espeso y por senda apenas trillada, que iba serpenteando junto á la orilla de un arroyo, entre cerros altísimos.

III.

Llegó la noche medrosa y sombría. En aquella soledad asaltaron á Plácido mil ideas tristes. Los recuerdos de la niñez surgieron en su mente con claridad extraña.

Recordó que, seis años hacía, le habían arrojado de otro asilo con severidad y dureza harto dife-

rentes. Desde muy niño, desde el albor de su vida, de que no tenía sino muy confusas memorias, se había criado en el castillo del terrible D. Fruela, poderoso magnate de la montaña. El castillo estaba en una altura muy cerca de la costa. Desde allí ora salía D. Fruela con buen golpe de gente á caballo para penetrar en tierra de moros y talar y saquear cuanto podía, ora embarcaba á sus satélites en algunas fustas y galeras de su propiedad, é iba á piratear ó á dar caza á otros más crueles piratas que infestaban aquellos mares é invadían y asolaban á menudo las costas de España: eran los idólatras normandos de Noruega y de la última Tule.

Plácido, recogido por caridad en el castillo, é hijo de padres desconocidos, había sido criado con amor por Doña Aldonza, la mujer de D. Fruela. Hasta la edad de ocho años vivió Plácido en fraternal familiaridad con Elvira, la hija de Doña Aldonza, que era de edad poco menor que él. Juntos jugaban los niños y juntos aprendieron á leer y la doctrina cristiana.

Plácido y Elvira sintieron que sus almas se habían unido con el lazo del cariño más inocente.

Algo hubo de recelar ó de prever D. Fruela, y ordenó á su mujer que alejase al expósito del trato y de la convivencia de su hija.

Sumisa Doña Aldonza, cumplió las órdenes de

su marido; pero no hasta el extremo de evitar por completo que el pajecillo y la niña se viesen y se hablasen.

La menor frecuencia en el trato produjo un efecto contrario al que D. Fruela deseaba. En las mentes candorosas de él y de ella se trocó en adoración el afecto y se iluminó y hermoseó con las galas y el esplendor de los sueños la imagen de la persona querida.

Así llegaron ambos á cumplir catorce años. En un día en que salieron de caza con D. Fruela, el caballo de Elvira corrió desbocado y fué á perderse en la espesura de un bosque. Plácido la siguió para salvarla y acertó á llegar cuando el caballo que ella montaba tropezó y cayó, derribándola por el suelo. Elvira, por fortuna, no se hizo el menor daño. Plácido se apeó con ligereza, acudió en su auxilio y la levantó en sus brazos.

Instintivamente, sin saber qué hacían, cediendo ambos á un impulso irreflexivo, tal vez movidos por los invisibles genios y espíritus de la selva, acercaron sus rostros y se dieron un beso. Plácido se creyó por breves instantes transportado al paraíso; pero la realidad más cruel hubo de mostrarle en seguida que estaba en la dura y áspera tierra. Una lluvia de infamantes latigazos cayó sobre sus espaldas. D. Fruela le había sorprendido, le castigaba y le afrentaba furioso. La jauría de sus

podencos y lebreles y sus monteros se acercaban ya. Afrentado el mozo, aunque en edad tan tierna, no reflexionó en el peligro ni en lo desigual de la lucha, y venablo en mano se lanzó contra D. Fruela para matarle. Elvira se interpuso, dispuesta á recibir las heridas y salvar á su padre. Plácido dejó caer al suelo el venablo. La humillación le hizo verter amargas lágrimas.

El feroz D. Fruela, lejos de apiadarse, le azuzó los perros para que le devoraran, y ordenó á los monteros que disparasen contra él sus agudas flechas.

– ¡Sálvate, Plácido, sálvate! – dijo entonces Elvira. – Si no huyes, mi cuerpo te servirá de escudo y me matarán antes de que te maten.

Plácido conoció entonces lo peligroso, lo imposible de la defensa. Temió más por la vida de ella que por la suya. Era ágil y ligero como un gamo; conocía los más intrincados sitios y las más extraviadas sendas del bosque, y pronto desapareció como por encanto, no sin exclamar antes con su voz de niño, que se contraponía á la firmeza del tono:

– Ser padre de ella te ha salvado de la muerte. Ahora huyo, pero tal vez un día vuelva á buscarte y á exigirte su mano como sola satisfacción de mi afrenta.

Refugiado Plácido en la abadía, no olvidó la

afrenta jamás, pero guardó oculto su recuerdo en el lastimado centro del alma. El horror que le causaba volver de nuevo contra el padre de Elvira, la humildad y la resignación y otros sentimientos religiosos inclinaron su espíritu y le excitaron á desistir de vengarse. Y como afrentado y sin venganza no quería vivir en el mundo, se decidió á hacer la vida del claustro. Hasta el día en que el insulto hecho á su madre despertó en él de nuevo la ingénita fiereza, fué el más paciente y dulce de los cenobitas. Lanzado ya al mundo de nuevo, con veinte años de edad, con aliento y brío y con caballo y armas, ¿dónde había de ir Plácido sino al castillo de D. Fruela á pedirle estrecha cuenta de todo?

IV.

Sin detenerse sino para tomar el indispensable descanso, llegó Plácido á la morada donde había pasado la niñez. Confiado en Dios, en su derecho y en su valentía, sin arredrarse, se acercó á la puerta del castillo.

Todo estaba mudado. En torno soledad y silencio. Aunque era medio día, Plácido no vió ni hombres de armas ni campesinos. El puente levadizo, tendido sobre el foso, dejaba franca la entrada. El

escudo de piedra berroqueña, que había sobre la puerta principal, estaba cubierto de negro paño de luto.

Pronto, por un anciano criado, única persona que halló y que al desmontar le tuvo el estribo, se enteró de la inmensa desventura que abrumaba á aquella familia. D. Fruela, acusado de alta traición, estaba en Oviedo y debía ser condenado á muerte. Su acusador era D. Raimundo, mayordomo de Palacio. Tres caballeros de la casa de D. Raimundo estaban prontos á sostener la acusación en palenque abierto contra los defensores de D. Fruela, el cual había apelado al Juicio de Dios. Pero don Raimundo era tan poderoso y temido, y por su inaudita soberbia era D. Fruela tan odiado, que nadie acudía á defenderle. Sólo faltaban tres días para expirar el plazo. No bien Plácido supo todo esto, el rencor antiguo se convirtió en lástima en su alma generosa, y resolvió ser el campeón de quien tan rudamente le había ofendido, probar su inocencia y librarle de la muerte. En el castillo no había nadie, sino el anciano servidor. Doña Aldonza y Elvira habían ido á Oviedo á echarse á los pies del rey y pedirle perdón, si bien con poquísima esperanza, por ser muy justiciero el soberano. De todos modos, la honra de la familia quedaría manchada.

Sin demora se dispuso Plácido á salir para Ovie-

do, pero antes el anciano servidor le refirió y encareció lo mucho que Doña Aldonza y Elvira habían pensado en él durante su ausencia, y le dijo que habían dejado para él un presente á fin de que le recibiese y se le llevase si por dicha aparecía por el castillo.

El anciano fué por el presente y se le entregó á Plácido. Era una fuerte rodela, en cuya plancha de acero figuraba en esmalte, sobre campo de gules, un azor, cubierta la cabeza por el capirote y asido por la pihuela á una blanca mano que parecía de mujer.

– Tú tienes en el hombro derecho – dijo el anciano – grabado con indeleble marca, un azor semejante al del escudo. Por él serás un día reconocido y se sabrá quiénes son tus padres. Entre tanto mi señora y su hija te declaran y apellidan Caballero del Azor, y te dan en testimonio de ello esa prenda. Concédate Dios, Caballero del Azor, la buena ventura en lides y amores que ellas y yo te deseamos.

V.

Á los tres días, pocas horas antes de expirar el plazo, después de reposar en Oviedo y de aprestarse para el combate, sonaron las trompetas y en-

tró en el palenque el Caballero del Azor, con la visera calada y la lanza en la cuja.

En alta y sonora voz proclamó la inocencia de D. Fruela, llamó calumniadores á los que le acusaban, y retó á los tres, ó sucesivamente ó juntos contra él solo. Los campeones de D. Raimundo fueron sucesivamente apareciendo. Los combates fueron muy cortos.

El Caballero del Azor, con pasmosa destreza y bizarría, logró que en menos de media hora los tres mordiesen el polvo, muy mal herido uno de ellos.

El gentío que rodeaba el palenque rompió en estrepitosas aclamaciones y vítores. El Caballero del Azor fué llevado en triunfo á palacio é introducido en la regia cámara.

El rey, informado de todo el suceso, ansiaba verle, y más lo ansiaba aún su noble y desventurada hermana, la infanta Doña Ximena, que estaba con el rey en aquel momento.

—Caballero del Azor—dijo la infanta antes de que el rey hablase—¿por qué llevas un azor esmaltado en la rodela?

—Alta señora—contestó Plácido—porque le tengo también estampado en el hombro derecho, como indeleble marca.

Doña Ximena puso entonces los ojos con cariñoso ahinco en el rostro hermosísimo de Plácido,

é imaginó que veía al conde de Saldaña como estaba en su muy lozana juventud, veinte años hacía.

Ya no pudo contenerse Doña Ximena; se acercó al joven, le estrechó en sus brazos y le cubrió el rostro de besos, exclamando:

—¡Hijo mío, hijo mío!

El rey depuso su severidad, y dirigiéndose al joven le estrechó también en sus brazos, y le dijo:

—Yo te reconozco; eres mi sobrino Bernardo; te hago merced de la Casa Fuerte y Señorío del Carpio. Como Bernardo del Carpio serás en adelante conocido y famoso en todos los países y en todas las edades. Perdonado tu padre, saldrá de la prisión y será el legítimo esposo de mi hermana.

En efecto: el rey cumplió su promesa. El Conde de Saldaña salió del castillo de Luna, donde estaba encerrado. Se aseó y se atavió con esmero, de suerte que todavía tenía buen ver, á pesar de su prolongado martirio.

Durante cinco días consecutivos hubo magníficas fiestas en Oviedo. Las bodas de Bernardo del Carpio y de Elvira se celebraron al mismo tiempo que las del Conde de Saldaña y Doña Ximena.

Pocos días después pudo averiguarse que don

Raimundo, el mayordomo de Palacio, había sido quien robó al niño Bernardo y quien le mandó matar, furioso como desdeñado pretendiente que fué de Doña Ximena. Los sicarios, encargados de matar al niño, habían tenido piedad de él y le habían expuesto á la puerta del castillo de D. Fruela. Por ésta y por otras muchas maldades que se descubrieron, se comprendió que D. Raimundo era un monstruo abominable, por lo cual el rey pudo ejercer provechosamente su justicia mandándole ahorcar, como le ahorcaron con general regocijo de los ciudadanos de Oviedo, porque D. Raimundo era muy aborrecido y porque en aquella edad tan ruda la filantropía no era cosa mayor y no infundía repugnancia la pena de muerte.

Sólo queda por decir que Bernardo fué felicísimo con su Elvira y que vivieron siempre muy enamorados ella de él y él de ella.

Por los antiguos romances y por la historia se sabe que aquella lucha á brazo partido, que interrumpió el abad en el convento de los Pirineos, se reanudó más tarde no lejos de allí, y terminó gloriosamente para Bernardo, muriendo ahogado entre sus brazos hercúleos el paladín D. Roldán, pues no era otro quien había luchado con él, cuando los dos eran novicios.

Y aquí terminan los sucesos de la mocedad de Bernardo del Carpio, ignorados hasta hace poco,

y recientemente descubiertos en ciertos vetustos é inéditos Anales de la orden de San Benito, escritos en latín bárbaro en el siglo x y conservados en el monasterio de la Cava, cerca de Nápoles.

Madrid 1896.



EL DOBLE SACRIFICIO



EL DOBLE SACRIFICIO

EL PADRE GUTIÉRREZ Á DON PEPITO

Málaga, 4 de Abril de 1842.

Mi querido discípulo: Mi hermana, que ha vivido más de veinte años en ese lugar, vive hace dos en mi casa, desde que quedó viuda y sin hijos. Conserva muchas relaciones, recibe con frecuencia cartas de ahí y está al corriente de todo. Por ella sé cosas que me inquietan y apesadumbran en extremo. ¿Cómo es posible, me digo, que un joven tan honrado y tan temeroso de Dios, y á quien enseñé yo tan bien la metafísica y la moral, cuando él acudía á oir mis lecciones en el Seminario, se conduzca ahora de un modo tan pecaminoso? Me horrorizo de pensar en el peligro á que te expones de incurrir en los más espantosos pecados, de amargar la existencia de un anciano venerable, deshonrando sus canas, y de ser ocasión, si no causa, de irremediables infortunios. Sé que frenéticamente enamorado de Doña Juana, legítima esposa

del rico labrador D. Gregorio, la persigues con audaz imprudencia y procuras triunfar de la virtud y de la entereza con que ella se te resiste. Fingiéndote ingeniero ó perito agrícola, estás ahí enseñando á preparar los vinos y á enjertar las cepas en mejor vidueño; pero lo que tú enjertas es tu viciosa travesura, y lo que tú preparas es la desolación vergonzosa de un varón excelente, cuya sola culpa es la de haberse casado, ya viejo, con una muchacha bonita y algo coqueta. ¡Ah, no, hijo mío! Por amor de Dios y por tu bien, te lo ruego. Desiste de tu criminal empresa y vuélvete á Málaga. Si en algo estimas mi cariño y el buen concepto en que siempre te tuve, y si no quieres perderlos, no desoigas mis amonestaciones.

DE DON PEPITO AL PADRE GUTIÉRREZ

Villalegre, 7 de Abril.

Mi querido y respetado maestro: El tío Paco, que lleva desde aquí vino y aceite á esa ciudad, me acaba de entregar la carta de usted del 4, á la que me apresuro á contestar para que usted se tranquilice y forme mejor opinión de mí. Yo no estoy enamorado de Doña Juana ni la persigo como ella se figura. Doña Juana es una mujer singular y hasta cierto punto peligrosa, lo confieso. Hará seis años, cuando ella tenía cerca de treinta, logró

casarse con el rico labrador D. Gregorio. Nadie la acusa de infiel, pero sí de que tiene embaucado á su marido, de que le manda á zapatazos y le trae y le lleva como un zarandillo. Es ella tan presumida y tan vana, que cree y ha hecho creer á su marido que no hay hombre que no se enamore de ella y que no la persiga. Si he de decir la verdad, Doña Juana no es fea, pero tampoco es muy bonita; y ni por alta, ni por baja, ni por muy delgada ni por gruesa llama la atención de nadie. Llama, sí, la atención por sus miradas, por sus movimientos y porque, acaso sin darse cuenta de ello, se empeña en llamarla y en provocar á la gente. Se pone carmín en las mejillas, se echa en la frente y en el cuello polvos de arroz, y se pinta de negro los párpados para que resplandezcan más sus negros ojos. Los esgrime de continuo, como si desde ellos estuviesen los amores lanzando enherboladas flechas. En suma; Doña Juana, contra la cual nada tienen que decir las malas lenguas, va sin querer alborotando y sacando de quicio á los mortales del sexo fuerte, ya de paseo, ya en las tertulias, ya en la misma iglesia. Así hace fáciles y abundantes conquistas. No pocos hombres, sobre todo si son forasteros y no la conocen, se figuran lo que quieren, se las prometen felices, y se atreven á requebrarla y hasta á hacerle poco morales proposiciones. Ella entonces los despide con cajas destem-

pladas. En seguida va lamentándose jactanciosamente con todas sus amigas de lo mucho que cunde la inmoralidad y de que ella es tan desventurada y tiene tales atractivos, que no hay hombre que no la requiebre, la pretenda, la acose y ponga asechanzas á su honestidad, sin dejarla tranquila con su D. Gregorio.

La locura de Doña Juana ha llegado al extremo de suponer que hasta los que nada le dicen están enamorados de ella. En este número me cuento, por mi desgracia. El verano pasado ví y conocí á Doña Juana en los baños de Carratraca. Y como ahora estoy aquí, ella ha armado en su mente el caramillo de que he venido persiguiéndola. No hallo modo de quitarle esta ilusión, que me fastidia no poco, y no puedo ni quiero abandonar este lugar y volver á Málaga, porque hay un asunto para mí de grande interés, que aquí me retiene. Ya hablaré de él á usted otro día. Adiós por hoy.

DEL MISMO AL MISMO

10 de Abril.

Mi querido y respetado maestro: Es verdad: estoy locamente enamorado; pero ni por pienso de Doña Juana. Mi novia se llama Isabelita. Es un primor por su hermosura, discreción, candor y buena crianza. Imposible parece que un tío tan

ordinario y tan gordinflón como D. Gregorio, haya tenido una hija tan esbelta, tan distinguida y tan guapa. La tuvo D. Gregorio de su primera mujer. Y hoy su madrastra Doña Juana la cela, la muele, la domina y se empeña en que ha de casarla con su hermano D. Ambrosio, que es un grandísimo perdido y á quien le conviene este casamiento, porque Isabelita está heredada de su madre, y, para lo que suele haber en pueblos como este, es muy buen partido. Doña Juana aplica á D. Ambrosio, que al fin es su sangre, el criterio que con ella misma emplea, y da por seguro que Isabelita quiere ya de amor á D. Ambrosio y está rabiando por casarse con él. Así se lo ha dicho á D. Gregorio, é Isabelita, llena de miedo, no se atreve á contradecirla, ni menos á declarar que gusta de mí, que yo soy su novio y que he venido á este lugar por ella.

Doña Juana anda siempre hecha un lince vigilando á Isabelita, á quien nunca he podido hablar y á quien no me he atrevido á escribir, porque no ricibiría mis cartas.

Desde Carratraca presumí, no obstante, que la muchacha me quería, porque involuntaria y candorosamente me devolvía con gratitud y con amor las tiernas y furtivas miradas que yo solía dirigirle.

Fiado sólo en esto vine á este lugar con el pretexto que ya usted sabe.

Haciendo estaría yo el papel de bobo, si no me hubiese deparado la suerte un auxiliar poderosísimo. Es éste la chacha Ramoncica, vieja y lejana parienta de D. Gregorio, que vive en su casa, como ama de llaves, que ha criado á Isabelita y la adora, y que no puede sufrir á Doña Juana, así porque maltrata y tiraniza á su niña, como porque á ella le ha quitado el mangoneo que antes tenía. Por la chacha Ramoncica, que se ha puesto en relación conmigo, sé que Isabelita me quiere; pero que es tan tímida y tan bien mandada, que no será mi novia formal, ni me escribirá, ni consentirá en verme, ni se allanará á hablar conmigo por una reja, dado que pudiera hacerlo, mientras no den su consentimiento su padre y la que tiene hoy en lugar de madre. Yo he insistido con la chacha Ramoncica para ver si lograba que Isabelita hablase conmigo por una reja; pero la chacha me ha explicado que esto es imposible. Isabelita duerme en un cuarto interior, para salir del cual tendría que pasar forzosamente por la alcoba en que duerme su madrastra, y apoderarse además de la llave, que su madrastra guarda después de haber cerrado la puerta de la alcoba.

En esta situación me hallo, mas no desisto ni pierdo la esperanza. La chacha Ramoncica es muy ladina y tiene grandísimo empeño en fastidiar á Doña Juana. En la chacha Ramoncica confío.

DEL MISMO AL MISMO

15 de Abril.

Mi querido y respetado maestro: La chacha Ramoncica es el mismo demonio, aunque para mí, benéfico y socorrido. No sé cómo se las ha compuesto. Lo cierto es que me ha proporcionado para mañana, á las diez de la noche, una cita con mi novia. La chacha me abrirá la puerta y me entrará en la casa. Ignoro á dónde se llevará á Doña Juana para que no nos sorprenda. La chacha dice que yo debo descuidar, que todo lo tiene perfectamente arreglado y que no habrá el menor percance. En su habilidad y discreción pongo mi confianza. Espero que la chacha no habrá imaginado nada que esté mal; pero en todo caso, el fin justifica los medios, y el fin que yo me propongo no puede ser mejor. Allá veremos lo que sucede.

DEL MISMO AL MISMO

17 de Abril.

Mi querido y respetado maestro: Acudí á la cita. La pícara de la chacha cumplió lo prometido. Abrió la puerta de la calle con mucho tiento y entré en la casa. Llevándome de la mano me hizo subir á obscuras las escaleras y atravesar un largo

corredor y dos salas. Luego penetró conmigo en una grande estancia que estaba iluminada por un velón de dos mecheros, y desde la cual se descubría la espaciosa alcoba contigua. La chacha se había valido de una estratagema infernal. Si antes me hubiera confiado su proyecto, jamás hubiera yo consentido en realizarle. Vamos... si no es posible que adivine usted lo que allí pasó. D. Gregorio se había quedado aquella noche á dormir en la casería, y la perversa chacha Ramoncica, engañándome, acababa de introducirme en el cuarto de Doña Juana. ¡Qué asombro el mío cuando me encontré de manos á boca con esta señora! Dejo de referir aquí, para no pecar de prolijo, los lamentos y quejas de esta dama, las muestras de dolor y de enojo, combinadas con las de piedad, al creerme víctima de un amor desesperado por ella, y los demás extremos que hizo, y á los cuales todo atortolado no sabía yo qué responder ni cómo justificarme. Pero no fué esto lo peor, ni se limitó á tan poco la maldad de la chacha Ramoncica. A don Gregorio, varón pacífico, pero celoso de su honra, le escribió un anónimo revelándole que su mujer tenía á las diez una cita conmigo. D. Gregorio, aunque lo creyó una calumnia, por lo mucho que confiaba en la virtud de su esposa, acudió con don Ambrosio para cerciorarse de todo.

Bajó del caballo, entró en la casa y subió las es-

caleras sin hacer ruido, seguido de su cuñado. Por dicha ó por providencia de la chacha, que todo lo había arreglado muy bien, D. Gregorio tropezó en la obscuridad con un banquillo que habían atravesado por medio y dió un costalazo, haciendo bastante estrépito y lanzando algunos reniegos.

Pronto se levantó sin haberse hecho daño y se dirigió precipitadamente al cuarto de su mujer. Allí oimos el estrépito y los reniegos, y los tres, más ó menos criminales, nos llenamos de consternación. ¡Cielos santos! – exclamó Doña Juana con voz ahogada: – Huya usted, sálveme: mi marido llega. No había medio de salir de allí sin encontrarse con D. Gregorio, sin esconderse en la alcoba ó sin refugiarse en el cuarto de Isabelita, que estaba contiguo. La chacha Ramoncica, en aquel apuro, me agarró de un brazo, tiró de mí, y me llevó al cuarto de Isabelita, con agradable sorpresa por parte mía. Halló D. Gregorio tan turbada á su mujer, que se acrecentaron sus recelos y quiso registrarlo todo, seguido siempre de su cuñado. Así llegaron ambos al cuarto de Isabelita. Ésta, la chacha Ramoncica como tercera, y yo como novio, nos pusimos humildemente de rodillas, confesamos nuestras faltas y declaramos que queríamos remediarlo todo por medio del santo sacramento del matrimonio. Después de las convenientes explicaciones y de saber D. Gregorio cuál es mi familia y los

bienes de fortuna que poseo, D. Gregorio, no sólo ha consentido, sino que ha dispuesto que nos casemos cuanto antes. Doña Juana, á regañadientes, ha tenido que consentir también, á lo que ella entiende para salvar su honor. Y hasta me ha quedado muy agradecida, porque me sacrifico para salvarla. Y más agradecida ha quedado á Isabelita, que por el mismo motivo se sacrifica también, á pesar de lo enamorada que está de D. Ambrosio.

No he de negar yo, mi querido maestro, que la tramoya de que se ha valido la chacha Ramoncica tiene mucho de censurable; pero tiene una ventaja grandísima. Estando yo tan enamorado de Doña Juana y estando Isabelita tan enamorada de don Ambrosio, los cuatro correríamos grave peligro, si mi futura y yo nos quedásemos por aquí. Así tenemos razón sobrada para largarnos de este lugar, no bien nos eche la bendición el cura, y huir de dos tan apestosos personajes como son la madrastra de Isabelita y su hermano.

DE DOÑA JUANA Á DOÑA MICAELA, HERMANA DEL PADRE GUTIÉRREZ

4 de Mayo.

Mi bondadosa amiga: Para desahogo de mi corazón, he de contar á usted cuanto ha ocurrido.

Siempre he sido modesta. Disto mucho de creerme linda y seductora. Y, sin embargo, yo no sé en qué consiste; sin duda, sin quererlo yo y hasta sin sentirlo se escapa de mis ojos un fuego infernal que vuelve locos furiosos á los hombres. Ya dije á usted la vehemente y criminal pasión que en Carratraca inspiré á D. Pepito, y lo mucho que éste me ha solicitado, atormentado y perseguido viniéndose á mi pueblo. Crea usted que yo no he dado á ese joven audaz motivo bastante para el paso, ó mejor diré, para el precipicio á que se arrojó hace algunas noches. De rondón, y sin decir oste ni moste, se entró en mi casa y en mi cuarto para asaltar mi honestidad, cuando estaba mi marido ausente. ¡En qué peligro me he encontrado! ¡Qué compromiso el mío y el suyo! D. Gregorio llegó cuando menos lo preveíamos. Y gracias á que tropezó en un banquillo, dió un batacazo y soltó algunas de las feas palabrotas que él suele soltar. Si no es por esto, nos sorprende. La presencia de espíritu de la chacha Ramoncica nos salvó de un escándalo y tal vez de un drama sangriento. ¿Qué hubiera sido de mi pobre D. Gregorio, tan grueso como está y saliendo al campo en desafío? Sólo de pensarlo se me erizan los cabellos. La chacha, por fortuna, se llevó á D. Pepito al cuarto de Isabel. Así nos salvó. Yo le he quedado muy agradecida. Pero aun es mayor mi gratitud hacia el apasionado

D. Pepito, que, por no comprometerme, ha fingido que era novio de Isabel, y hacia mi propia hija política, que ha renunciado á su amor por D. Ambrosio y ha dicho que era novia del joven malagueño. Ambos han consumado un doble sacrificio para que yo no pierda mi tranquilidad ni mi crédito. Ayer se casaron y se fueron en seguida para esa ciudad. Ojalá olviden, ahí, lejos de nosotros, la pasión que mi hermano y yo les hemos inspirado. Quiera el cielo que, ya que no se tengan un amor muy fervoroso, lo cual no es posible cuando se ha amado con fogosidad á otras personas, se cobren mutuamente aquel manso y tibio afecto, que es el que más dura y el que mejor conviene á las personas casadas. Á mí, entretanto, todavía no me ha pasado el susto. Y estoy tan escarmentada y recelo tanto mal de este involuntario fuego abrasador que brota á veces de mis ojos, que me propongo no mirar á nadie é ir siempre con la vista clavada en el suelo.

Consérvese usted bien, mi bondadosa amiga, y pídale á Dios en sus oraciones que me devuelva el sosiego que tan espantoso lance me había robado.

Madrid 1897.

LOS CORDOBESES EN CRETA



LOS CORDOBESES EN CRETA

NOVELA HISTÓRICA Á GALOPE

SR. D. MIGUEL MOYA.

Mi distinguido amigo: Para *El Liberal* del domingo próximo me pide usted amablemente que escriba yo algo sobre las cosas que en las antiguas edades pasaron en la isla de Creta. Grande es mi deseo de complacer á usted, pero tropiezo con dos dificultades. En breves palabras y ciñéndome á lo consignado por mitólogos é historiadores, ¿qué podré yo decir que tenga alguna novedad, que no sea un extracto de lo que ellos dijeron, y que no esté mejor dicho en cualquier Diccionario enciclopédico? Y si acudo á mi imaginación y añado con ella algo á lo ya sabido, no tendrá consistencia ni se entenderá lo que yo añada, si lo ya sabido no se pone por base, lo cual no es posible que quepa en una ó dos columnas del apreciable periódico que usted dirige. De aquí que ni de una suerte ni de otra pueda yo escribir con acierto para el fin que usted quiere. No es esto, sin embargo, lo que

más me aflige. Lo que más me aflige es que, desde hace muchísimos años, desde antes que hubiese pensado yo en escribir novelas de costumbres del día, se me había ocurrido escribir una novela histórica sobre Creta, y hasta había forjado el plan, aunque confusa y vagamente. Hubiera sido mi novela un pasmoso tejido de extraordinarias aventuras, con un fundamento real del que la historia da testimonio, aunque conciso. Mi deseo de escribir esta novela no se ha disipado nunca. Lo que se ha disipado es mi esperanza. Para escribirla como yo me la figuraba era menester reunir y formar un inmenso aparato de erudición, y para esto me faltó siempre la paciencia. Hoy, por mi desgracia, además de la paciencia, me falta la vista. No puedo consultar la multitud de librotes, antiguos y modernos, y escritos en diferentes lenguas, de donde sacaría yo el color *local* y *temporal* que mi proyectada obra requiere. La obra, pues, tiene que quedarse en proyecto. Y ya que en proyecto se queda, para libertarme de su obsesión y para probarle á usted que si no puedo, quiero darle gusto, voy á poner aquí el proyecto en muy breve resumen.

*
* *

En el reinado de Alhakem I, por los años 218 de la Egira, había en Córdoba un rico mercader llamado Abu Hafáz el Goleith, natural del cercano

lugar de Fohs Albolut. En su bazar, situado en una de las calles más céntricas, se veían reunidos los más preciosos objetos de la industria humana, así de lo que en nuestra península se producía como de lo traído de remotas regiones, de Bagdad, de Damasco, de Bocara, de Samarcanda, de la Persia, de la India y del apenas conocido inmenso Imperio del Catay. Abu Hafáz tenía naves propias, que iban á los puertos de Levante á proveerse de mercancías.

En una tarde de primavera entró en el bazar de Abu Hafáz una dama tapada, acompañada de su sirvienta. Aunque él no le vió la cara, admiró la gracia y gallardía de su andar, la esbeltez y elegancia de su talle, cierto inefable prestigio seductor que como nimbo luminoso la circundaba, y la aristocrática belleza de sus blancas, lindas y bien cuidadas manos.

La dama quiso ver cuanto de más rico en el bazar había. Abu Hafáz, lleno de complacencia, fué ofreciendo ante sus ojos, y poniendo sobre el mostrador, mil extraños primores en joyas y en telas. Ella no se saciaba de mirarlas. Era muy curiosa. El mercader le dijo:

—Aun no te he mostrado, sultana, lo más espléndido y peregrino que mi tienda atesora.

—¿Y para qué lo escondes y no me lo muestras?—dijo ella.

— Porque soy interesado y no quiero trabajar en balde. Muéstrame tú la cara y yo en pago te enseñaré mis mejores riquezas.

La dama no se hizo mucho de rogar. Apartó el rebozo, y dejó ver el más bello y agraciado semblante que el mercader había podido ver ó soñar en toda su vida. Agradecido y entusiasmado, trajo entonces perlas de Ormúz, diamantes de Golconda y tejidos de seda, venidos del Catay y bordados con tal esmero y maestría, que no parecía labor de seres humanos, sino de hadas y de genios.

De la mejor y más estupenda de aquellas telas bordadas se prendó la dama incógnita, quiso comprarla, y pidió el precio.

— Es tan cara — dijo el mercader — que acaso no quieras ó no puedas pagarla; pero si tienes buena voluntad, la tela te saldrá baratísima.

— Acaba. Dí lo que me costará la tela.

— Pues un beso de tu boca — replicó el mercader.

Enojada la dama de aquella irrespetuosa osadía, se cubrió el rostro, volvió las espaldas á Abu Hafáz y salió del bazar seguida de su sierva.

Quiso el mercader seguirla para averiguar dónde moraba y quién era; pero la dama había desaparecido en el laberinto de las estrechas calles.

Pintaría luego la novela el furioso enamoramiento de Abu Hafáz y su desesperación durante

cinco ó seis días, á pesar de mil cuidados y misteriosos asuntos que le preocupaban y ocupaban.

Al cabo la sierva viene al bazar y le dice que su señora no puede dormir ni sosegar, pensando siempre en la tela y anhelando poseerla; que cede, por lo tanto, y que al día siguiente, al anochecer, vendrá al bazar con mucho recato y dará por la tela el precio que se le pide.

La dama acude en efecto á la cita. El mercader averigua entonces que está en el harén del sultán, de donde ella ha salido á hurtadillas, mientras el sultán está en la sierra cazando jabalíes. Ella se llama Gláfira. Es natural de una pequeña aldea situada en la falda del monte Ida. Aunque su familia era pobre, presumía de alta y antigua nobleza. Su estirpe se remontaba á las edades míticas. Contaba entre sus antepasados curetes y dáctidos ideos, de los que tejiendo danzas guerreras al son de los clarines y al estruendo de sus broqueles heridos por el pomo de las espadas rodearon á Zeus cuando niño, é impidieron que Cronos le oyera y le devorara.

En su agreste retiro la familia de Gláfira se había resistido á hacerse cristiana y guardaba vivos y frescos por tradición los recuerdos del paganismo. Hasta se jactaba de poseer virtudes mágicas y prendas sobrenaturales, adquiridas por iniciación en venerandos y primitivos misterios. Afirmaba

Gláfira que uno de sus progenitores había sido Epiménides, sabio, legislador, poeta y profeta, diestro en el arte de suspender la vida, permaneciendo aletargado en profundas cavernas para conocer por experiencia el sesgo y tortuoso curso que llevan al través de los siglos los sucesos humanos.

Gláfira había perdido el secreto de las artes mágicas, pero tenía no pocas habilidades. Cantaba ó recitaba mil antiguas leyendas en verso de las edades divinas, de héroes y semidioses: de la venida de Europa á su isla, del furor amoroso de Pasifae y del triunfo y de la perfidia de Teseo. Y bailaba aún, según ella aseguraba, la misma ingeniosa danza que Dédalo compuso para la princesa Ariadna de las trenzas de oro.

Acusado de hechicero y de gentil, y huyendo de la intolerante persecución religiosa, el padre de Gláfira salió de Creta con su hija. Anduvo errante por varios países yal fin murió, dejándola abandonada. Vagando como Io, Gláfira llegó á Hesperia, sin Argos que la vigilase, pero también sin tábano ó estro que la picase. No tenía más estro que su voluntad ambiciosa.

Alhakem, encantado y seducido por su talento y por su hermosura, la había hospedado en su alcázar. Ella soñaba con ser la favorita y la reina en el imperio de los Omniadas.

El irresistible capricho de poseer la tela y cierto

anhelo casi inconsciente que le había infundido el joven mercader atrajeron á Gláfira y la impulsaron á dar el precio que se le pedía.

Llama más ardiente y más dominadora encendió el beso en el corazón de Abu Hafáz en vez de aquietarle. Él era atrevido y capaz de arriesgarlo y de aventurarlo todo, confiado en la pujanza de su ánimo y juzgándose con bríos para allanar montes de dificultades. Resolvió, pues, guardar á Gláfira en su casa como prenda suya, sin soltar la esclava para que no descubriese el secuestro.

Al saber la determinación de Abu Hafáz, Gláfira se enfurece; dice que la que espera ser reina de Hesperia, de las islas adyacentes y de parte del Magreb, no puede resignarse á ser esposa ó amiga de un mercader cualquiera, de un plebeyo renegado de la vencida y dominada raza española. Considera además delirio lo que Abu Hafáz pretende. Pronto llegaría á saberlo el sultán y tomaría cruda venganza. En su rabia Gláfira insulta á Abu Hafáz y quiere matarle con un puñalito que lleva en la cintura. Él la desarma y le paga su beso y sus insultos con un beso de vampiro. Se le ha dado en el blanco cuello, y á la luz de una lámpara, en un espejo de acero bruñido, hace que ella mire la huella que en su cuello ha dejado.

—Es el sello—le dice—de que eres mi esclava.

Gláfira tenía un círculo amoratado de la extensión de un *dirhem*.

— Más de un año — dijo Abu Hafáz — tardará en borrarse ese signo. ¿Cómo has de atreverte á volver con él á la presencia de tu antiguo amo? Ya eres mía, pero antes de que se borre la marca con que te he sellado conquistaré un trono y serás reina conmigo.

*
* *

Hacía poco que Alhakem había hecho jurar á su hijo Abderahman como *Vali-alahdi* ó sucesor en el Imperio. El hijo cuidaba de todo, mientras que el padre se entregaba á los placeres y sólo intervenía en el gobierno cuando le agitaban sus dos más tremendas pasiones: la ira y la codicia. El pueblo gemía agobiado por enormes tributos y vejado y humillado por la guardia personal del príncipe, compuesta de mercenarios eslavos, de eunucos negros y de tres mil muzárabes andaluces. Una reyerta entre gente del pueblo y varios cobradores de tributos, sostenidos por hombres de la guardia del rey, promovió un motín que fué sofocado mientras que Alhakem estaba de caza. Volvió de ella, y dejándose llevar de su crueldad, dispuso que crucificasen á los diez principales promovedores del motín.

Tiempo hacía que se conspiraba contra Alha-

kem. El horroroso espectáculo de los diez ajusticiados excitó la compasión y el furor del pueblo. La conjuración estalló prematuramente. La rebelión fué vigorosa. Casi todos los muladíes ó renegados españoles tomaron parte en ella. Abu Hafáz los dirigía y capitaneaba. Esto fué al día siguiente del secuestro de Gláfira. La guardia del rey y los demás armados de la guarnición fueron dos ó tres veces vencidos y rechazados, teniendo que refugiarse en el alcázar. La muchedumbre le sitiaba y se aprestaba á dar el asalto. Alhakem receló que aquello iba á ser el fin de su reinado y de su vida. Llamó á su paje favorito, le hizo verter sobre su cabeza y sus barbas un pomo de olorosas esencias para que por su fragancia se le reconociese entre los muertos, y salió á morir ó á vencer á los rebeldes.

Por orden de Alhakem vadeó el Guadalquivir un buen golpe de sus guerreros, fué á caer sobre el arrabal de los muladíes, que estaba del otro lado del río, y le entregó al saqueo y á un voraz incendio. Los muladíes vieron las llamas y el humo; pensaron que ardían sus casas y tal vez sus mujeres y sus hijos, y abandonaron la pelea para acudir á socorrerlos. La batalla entonces se convirtió en derrota y en atroz carnicería y matanza de los muladíes, atacados por todas partes, así por los que mandaba Alhakem como por los que, atravesando

el puente, volvían del arrabal después de haberlo incendiado.

Vencido Abu Afáz, tuvo bastante fortuna y presencia de espíritu para poder escapar con no pocos de los suyos, con lo mejor de su tesoro y llevando á Gláfira consigo. Corriendo mil peligros y venciendo mil obstáculos, llegó Abu Hafáz hasta Adra. Allí tenía diez grandes naves suyas. Se embarcó en ellas y abandonó á España para siempre.

Alhakem, después de la victoria, aun castigó fieramente á los rebeldes. Más de cuatrocientas cabezas de los que habían caído vivos en sus manos aparecieron cortadas y clavadas en sendas estacas en la orilla del Guadalquivir. Después quiso mostrarse clemente, porque no había de matar millares de personas: pero las expulsó de España á millares. Unas fueron á Marruecos y poblaron un gran barrio de la ciudad de Fez. Otras emigraron más lejos y se establecieron en Egipto.

Abu Hafáz, entre tanto, con sus naves, y con los más valerosos entre los foragidos, se hizo pirata.

Aquí entraba en mi plan una serie de aventuras y de incursiones en la Provenza, en Cerdeña, en las costas de Calabria y en otras comarcas.

Abu Hafáz, cargado de botín y con mayor número de naves y de gente que se le había allegado, aporta á Alejandría. Merced á las discordias ci-

viles que allí hubo entonces, logra apoderarse de aquella ciudad magnífica y la conserva durante algún tiempo. El califa de Bagdad envía contra él un poderoso ejército. Abu Hafáz se defiende, y si bien capitula y abandona la ciudad, es después de una capitulación honrosa y lucrativa, recibiendo cuantiosa suma por el rescate.

Con veinte naves y con unos cuantos cientos de guerreros, Abu Hafáz se dirigió, por último, á Creta. Llevaba siempre consigo á Gláfira, mantenía su promesa jactanciosa de hacerla reina, y ahora esperaba hacerla reina en su patria, mucho antes de que se le borrase el apasionado signo de esclavitud que le había puesto en el cuello. Creta estaba en poder de los bizantinos cuando los foragidos andaluces desembarcaron en sus costas.

Aquí pensaba yo lucirme describiendo las bellezas naturales de la isla, sus antiguallas, sus famosas ciudades, como Gnosos y Gortina, los vestigios del Laberinto donde estuvo encerrado el Minotauro, los esquivos lugares en que los dáctilos y los curetes bailaban sus danzas guerreras en torno del futuro monarca de los hombres y de los dioses, la sagrada caverna en que durmió su sueño secular Epiménides, y el punto en que se embarcó Ariadna con el falaz é ingrato Teseo, que luego la abandonó en Naxos, de donde la sacó en triunfo el dios Ditirambo con toda aquella comitiva estruen-

dosa de faunos y de ménades, que tan gallardamente nos describen los poetas.

Sería menester relatar también cómo los guerreros de Abu Hafáz, después de saquear algunos lugares de la isla, quisieron abandonarla para no tener que luchar con el ejército del emperador de Grecia, y cómo Abu Hafáz, precediendo en esto á los catalanes en Galípoli y á Hernán Cortés en México, hizo incendiar las veinte naves, para que no quedase otro recurso que vencer ó morir á la gente de armas que llevaba consigo.

Pintaría yo, por último, la guerra sostenida contra los soldados del Imperio griego y cómo fueron vencidos.

Abu Hafáz entonces se enseñorea de la isla toda y pone su trono y la capital de su dominio en una fortaleza, fundada por él y cuyo nombre fué Candax. Así borró por espacio de siglos su antiguo nombre á la isla que vino á llamarse Candía.

Gláfira fué reina, como Abu Hafáz se lo había prometido. La marca no desapareció hasta mucho después que Gláfira había subido al trono. Y el hijo de Gláfira y su nieto y su biznieto reinaron en Creta, porque su dinastía duró dos ó tres siglos.

Todo esto contado aquí á escape, tal vez no tenga chiste; pero yo creo que dándole la debida extensión é iluminándolo eruditamente con los colores *locales* y *temporales* de que ya he hablado,

sería divertidísima novela, y pondría además de realce la hazaña de los andaluces, musulmanes entonces en vez de ser católicos, y que fueron los primeros en llevar á Creta el islamismo, de que ahora con tanta razón quieren los cretenses libertarse. Dios se lo conceda y á mí la gracia de no haber fastidiado á los lectores de *El Liberal* con este á manera de aborto de mi seco ingenio. Válgame por disculpa que lo hago por complacer á usted.

Madrid 1897.



EL DUENDE-BESO



EL DUENDE-BESO

I.

Notabilísimo huésped había llegado al convento de Capuchinos de la villa, allá por los años de 1672. Famoso era el huésped en todas partes por la agudeza de su ingenio, por el profundo saber que había adquirido y por las obras científicas en que le divulgaba. Baste decir, y está todo dicho, que el huésped era el reverendísimo padre fray Antonio de Fuente la Peña, ex-provincial de la Orden.

Después de comer con excelente apetito y de dormir una buena siesta, para reposar de las fatigas del viaje, fray Antonio recibió en su celda al padre guardián, fray Domingo, y habló á solas con él sobre el importante asunto que le había impulsado á ir á aquella santa casa.

—Sé por fama—le dijo—el extraño caso de mi señora doña Eulalia, hija única del ilustre caballero D. César del Robledal. Y considerado bien y

ponderado todo, me atrevo á sostener que la joven no está posesa ni obsesa.

—Vuestra reverencia me ha de perdonar si le contradigo. No veo prueba en contra de la posesión ó de la obsesión de la joven. Aunque me esté mal el decirlo, sabido es que, á Dios gracias, ejerzo bastante imperio sobre los espíritus malignos, y que he expulsado á no pocos de los cuerpos que atormentaban. Si los que atormentan á la joven doña Eulalia no me obedecen, no es porque no estén en ella ó en torno de ella, sino porque son muy ladinos y marrajos. Si están en ella, se esconden, se recatan y se parapetan de tal suerte, que se hacen sordos á mis conjuros; y si la cercan, para atormentarla, andan sobrado listos para escapar cuando yo llego, y no volver á las andadas sino después que me voy. Los síntomas del mal son, sin embargo, evidentes. Sobre lo único que estoy indeciso y no disputo, es sobre si el mal es posesión ú obsesión.

—Pues bien,—replicó fray Antonio,—mi conclusión es enteramente contraria, y mientras más lo reflexiono más me afirmo en ella. Doña Eulalia no habla nunca en latín ni en ningún otro idioma que no sea nuestro castellano puro y castizo; sus piés se apoyan siempre en el suelo cuando no está sentada ó tendida; en vez de estar desmedrada, pálida y ojerosa, sé que está muy guapa y de tan buen

color que parece una rosa de Mayo; y el que ella repugne casarse con ninguno de los novios que su señor padre le ha buscado, y el que ande melancólica y retraída, y el que tenga por las noches y á solas, en su retirada estancia, coloquios misteriosos con seres invisibles, no prueba que esté endemoniada ni mucho menos. Los demonios jamás son tan benignos y apacibles con una criatura. Ser, por consiguiente, de menos perversa y dañina condición, que los ángeles precitos, es quien tiene trato y coloquios con mi señora doña Eulalia. *Ergo*, no es demonio, sino duende quien la visita y habla con ella. Y conocedor yo de este suceso, y empleándome como me empleo en el estudio de los duendes, según lo testifica mi ya celebérrimo libro *El ente dilucidado*, he venido por aquí á ver si me pongo en relación con el duende que visita á doña Eulalia y logro arrojarle de su lado, valiéndome de los medios que me suministra la ciencia.

—Extraño es—dijo fray Domingo—que afirme todo eso vuestra reverencia por meras conjeturas.

—No son meras conjeturas—repuso fray Antonio.—Aunque por mis pecados nunca he sido digno de tener revelaciones sobrenaturales, lo que es naturales las tengo con frecuencia, y tal es el caso de ahora. Aquí estamos solos y puedo hablar con libertad, confiando en el indispensable sigilo.

Fray Domingo hizo señal de que no descubriría

lo que se le dijese y fray Antonio continuó en voz misteriosa y baja:

– El duende que visita á doña Eulalia se ha franqueado conmigo y me lo ha explicado todo. Harto se comprende que sea yo estimado, querido y familiar entre los duendes, á quienes he defendido de las injurias y calumnias que propala contra ellos el vulgo ignorante. Yo he demostrado que no son diablos, ni almas en pena, sino criaturas sutilísimas é invisibles, casi siempre traviesas y alegres, que se engendran en lo más delgado del aire. Agradecidos los duendes, ¿qué tiene de particular que acudan á conversar conmigo? Además, que mis estudios y meditaciones sobre todos los secretos de la madre Naturaleza y mi asídua investigación acerca de los seres más menudos y casi incorpóreos, han aguzado de tal suerte mis sentidos, que veo, toco y oigo lo que por ingénita y grosera dureza del sentir no notan ni descubren los otros mortales. Perdóneseme la jactancia: yo descubro, al tender mi penetrante mirada por el universo, cien veces más vida y más inteligencia que la que ve la inmensa mayoría de los hombres. En suma, y contrayéndonos al presente singular caso, el duende, hará cerca de diez años, desde que doña Eulalia cumplió quince, hasta dentro de tres días, que cumplirá veinticinco, se entiende con ella, la aparta de la convivencia de la gente y la hace arisca y

zahareña: pero me ha predicho que desaparecerá dentro de los indicados tres días, y hasta que antes se dejará ver bajo la figura de un gallardo mancebo. Doña Eulalia quedará libre entonces de toda molestia, y aunque siempre recatada, honestísima y decorosa, depondrá sus desdenes, dejará de ser huraña y se hará para todo el mundo conversable y mansa.

Con acento irónico, aunque templado ó velado por el respeto, exclamó entonces fray Domingo:

—Sin duda que á fin de que la revelación no haya sido á medias, el duende habrá pronosticado á vuestra reverencia el punto y la hora de su desaparición y de la aparición del mancebo.

—Sí que me lo ha pronosticado—respondió fray Antonio.—Ello ha de ser á media noche, en la propia habitación de Doña Eulalia, á donde hemos de acudir, recatadamente y sin que doña Eulalia ni nadie se entere, el padre de ella, desarmado para evitar un funesto rapto de ira, vuestra reverencia con sus exorcismos y yo pertrechado de mi ciencia *duendina*. Tengo la más perfecta seguridad de que todo tendrá allí desenlace dichoso.

II.

En la noche y hora prefijadas, de concierto ya D. César con los dos reverendos, acudieron en

misterioso silencio y de puntillas á la puerta de la habitación de doña Eulalia, armado fray Domingo del libro de los exorcismos y de un hisopo; armado fray Antonio de un turibulo donde quemaba hierbas mágicas, esparciendo el humo; y armado D. César de paciencia, después de haberse comprometido solemnemente á no perderla y á no enfurecerse, ocurriera lo que ocurriera.

Celebrados ya sus ritos y evocaciones, fray Antonio y fray Domingo prescribieron á D. César que llamase con brío á la puerta de la habitación de Doña Eulalia, cerrada con llave y que ordenase que se abriera de par en par, inmediatamente, sin excusa ni pretexto alguno.

No hubo modo de evitarlo ni de retardarlo, y la puerta se abrió de par en par y de súbito. En medio de ella, como magnífico retrato de Claudio Coello, encerrado en su marco, apareció un galán muy bizarro y apuesto, con traje é insignias de capitán, larga espada al cinto, airosas plumas en el sombrero que llevaba en la diestra, rica cadena de oro y veneras que en su pecho brillaban y espuelas, de oro también, asidas á sus amplias botas de camino.

D. César, que era muy violento y celoso de su honra, no hubiera sabido contenerse y hubiera caído sobre el forastero, si ambos frailes, cada uno de un lado, no le contienen.

El galán, con voz reposada y serena dijo entonces:

—Sosiéguese mi Sr. D. César y no tome á mal que me presente tan á deshora. Yo soy el capitán D. Pedro González de la Rivera, de cuya renta y condiciones ha escrito á su señoría mi amigo el banquero genovés Jusepe Salvago, y de cuyos altos hechos de armas en Portugal, en Flandes, en Italia y en el remoto Oriente le han dado noticias otras varias personas muy respetables. Aspiro á la mano de Doña Eulalia; ella me ha dado prueba de que me quiere para esposo; y sólo nos falta el consentimiento paterno y después la bendición del reverendo Padre fray Antonio, que está presente y que espero no ha de negarse á bendecirnos.

—Todo eso estaría bien—respondió D. César con mal reprimida cólera—si vuesa merced no lo pidiese, después de ofender mis canas, hollar mi casa y atropellar todo respeto.

—Yo, Sr. D. César—replicó el capitán sonriendo—tenía que vengar con esta aparente injuria otra nada aparente que vuestra merced me hizo hace diez años, cuando me sorprendió en este mismo sitio en dulces coloquios con mi señora Doña Eulalia, que aún no había cumplido quince años. Yo era entonces un rapazuelo de dieciséis, y vuesa merced me arrojó de aquí á empellones

nada paternales. Por amor de Doña Eulalia, lo sufrí todo y mayor afrenta hubiera sufrido á ser posible mayor afrenta. Harto he demostrado después mi valor. Acrisolada está mi honra. La fortuna además me ha favorecido. La satisfacción que espero y pido para los pasados agravios es que vuesa merced me acepte como yerno.

En este punto apareció Doña Eulalia al lado del galán. Estaba linda en extremo, muy elegante y ricamente engalanada con magníficas joyas, y manifestando en el rostro juvenil y ruboroso gran satisfacción y contento. ¿Qué había de hacer don César? Consintió en todo y abrazó cariñosamente á sus hijos, no sin exclamar, mirando al capitán detenidamente:

—Válgame Dios, muchacho, ¡y cómo has crecido y embarnecido en este decenio! ¿Quién al pronto había de reconocer en tí al rubio y travieso monaguillo de Capuchinos que repicaba tan bien las campanas?

III.

No bastó la respetuosa consideración que fray Antonio inspiraba al padre guardián, para que éste se callase y no dijese claro que, si no había habido demonio, tampoco había habido duende, y que todo había sido farsa.

Fray Antonio quiso entonces justificarse, y antes de volver á Madrid, donde habitualmente residía, habló al padre guardián como sigue:

—No sólo ha habido duende, sino uno de los duendes más poéticos que en este mundo sublunar puede darse. Era ella tan pura, tan cándida y tan ignorante de lo malo, que á los quince años parecía ángel y no mujer. Él era bueno y sencillo como ella. Ambos se amaban con la más ardiente efusión de las almas, sin la menor malicia, sin que la dormida sensualidad en ellos despertase. Anhelaban unirse en estrecho y santo lazo: vivir unidos hasta la muerte, como en unión castísima habían vivido desde la infancia. Á esto se oponía el desnivel de posición social. Menester era que Periquito ganase posición, nombre, gloria y bienes de fortuna. Al separarse para irse él á dar cima á su empresa, sin estímulo vicioso, con inocencia de niños y con fervoroso amor del cielo, se unieron sus bocas en un beso prolongadísimo. Sin duda se interpuso entre labios y labios una levísima chispa de éter, átomo indivisible, germen de inteligencia y de vida. El fuego abrasador de ambas almas enamoradas penetró en el átomo, le dió brillantez y tersura, y cuanto hay de hermoso y de noble en el mundo, vino á reflejarse en él como en espejo encantado que lo purifica y lo sublima todo. Los santos anhelos de amor de él y de ella,

se fundieron en uno; y sin desprenderse enteramente de ambas almas, tuvieron en la misteriosa unión ser singular y substancial suyo y algo á modo de vaga, indecisa y propia conciencia. Se separaron los amantes. El fué muy lejos; peregrinó y combatió. Durante diez años, no supieron ella de él, ni él de ella, por los medios ordinarios y vulgares. Pero el unificado deseo de ambos, el duende que nació del beso, con pintadas alas de mariposa y con la rapidez del rayo, volaba de un extremo á otro de la tierra: y ya se posaba en ella, ya en él, y hacía que se estrechasen como presentes, y renovaba el casto beso de que había nacido, no como recuerdo vano, sino como si nuevamente y con la misma ó con mayor vehemencia ellos se besaran. No dude, pues, vuestra reverencia de que el tal duende existe ó ha existido. ¿Cómo explicar sin él la tenaz persistencia, durante diez años, de los mismos amores? El deseo no era sólo de ella. El deseo no era sólo de él. En ambos estaba, pero, al unirse, se separó de ambos, creando la unión un ser distinto. Este ser no tiene ya razón de ser: desaparece, pero no muere. No debe decirse que ha muerto ó que va á morir la chispa inteligente, enriquecida con la viva representación de toda la hermosura de la tierra y del cielo, cuando, cumplida la misión para que fué creada, se diluye en el inmenso mar de la inteligencia y del sentimien-

to, que presta vigor armónico, y crea la luz y hace palpitar la vida en la indefinida multitud de mundos que llenan la amplitud del éter.

Fray Domingo oyó con atención todo esto y mucho más que dijo fray Antonio, y acabó por convencerse de que había duendes; unos prosaicos, otros poéticos, como el de D. Pedro y doña Eulalia, sin que la teoría de fray Antonio pugnase en manera alguna con la verdad católica, pues redundaba en mayor gloria de Dios, hasta donde alcanza á concebirla el limitado entendimiento humano.

Madrid 1897.

EL ÚLTIMO PECADO



EL ÚLTIMO PECADO

(NOVELA CORTA)

I.

El Sr. D. Emilio Cotarelo es un erudito de notable ingenio y de muy buen gusto, á quien debemos estar agradecidos y dar grandes alabanzas los aficionados á la amena literatura y á todas las artes de la palabra. Sus libros nos maravillan por la diligencia y el tino con que el autor ha sabido recoger noticias. Sus libros enseñan mucho y deleitan más. Natural es que sean leídos, comprados y celebrados.

Los ha compuesto ya el Sr. Cotarelo sobre don Enrique de Villena, sobre el conde de Villamediana y sobre el gran poeta Tirso. Pero lo que ahora me mueve á hablar de este escritor es la serie de estudios que está publicando sobre actores y actrices del siglo pasado. Ya han salido á luz la vida de la divina María Ladvenant, y más recientemente la vida de *La Tirana*. Ambas obras tienen mayor interés que las novelas, y más que novelas pa-

recen intrincadas selvas de aventuras, lances y casos raros. Al leerlos, no podemos menos de exclamar casi con envidia: ¡Vamos, vamos, no dejaban de divertirse nuestros morigerados abuelos!

Y lo que es para mí el mayor mérito que tienen los libros de que voy hablando, es ser muy *sugestivos*. El autor no cuenta ni afirma nada sin probar su exacta verdad con documentos fehacientes. Quedan, pues, por contar ó apenas indicados entre renglones, mil sucesos importantes y ocultos, los cuales explican ó pueden explicar otros cuyas causas no vislumbramos, porque el Sr. Cotarelo, como historiador severísimo y veraz, tiene que dejarnos á media miel, sin decir como cierto lo que no está evidentemente demostrado, aunque se presuma y haya acerca de ello rastros é indicios. Siguiéndolos, voy á permitirme yo poner aquí algo muy importante de la vida de *La Caramba,* que el señor Cotarelo, por virtud de su severidad histórica, no ha podido menos de dejarse en el tintero, tal vez á pesar suyo.

II.

El 8 de Septiembre de 1785, día en que celebra la iglesia la Natividad de la Virgen Santísima Nuestra Señora, en vez de acudir al templo á rezar sus devociones, la desenfadada María Antonia Fernán-

dez bajó á pasear en el Prado, á provocar á los galanes y á escandalizar, según tenía de costumbre. Estaba en lo mejor de su edad, como sol que culmina en el meridiano; famosa por sus conquistas y celebrada por su gracia, por su primor en el vestir, por su gallardo cuerpo, por su andar airoso y por su marcial y bulliciosa desenvoltura. Iba aquel día bizarramente ataviada: brial de raso azul, justillo recamado de seda y oro y bien peinada la negra y undosa mata de pelo, sujeta en rodete en lo alto de la gentil cabeza por rascamoño de oro, lleno de piedras preciosas.

Completaban su tocado el lindo adorno que ella inventó y al que dió su nombre de guerra, llamándole *La Caramba,* y una mantilla blanca de preciosa y ligera blonda de Almagro.

De repente se obscureció el cielo; se levantó terrible tempestad; el aire silbaba y formaba remolinos; deslumbraban los relámpagos, y los truenos espantosos ensordecían y aterraban. Se abrieron luego las nubes y abundante lluvia, un verdadero diluvio empezó á caer sobre la tierra. No había coche ni silla de manos en que irse, y María Antonia Fernández, alias *La Caramba,* se refugió en la iglesia de Capuchinos del Prado, donde se celebraba en aquel momento una solemne función religiosa. Predicaba fray Atanasio, predicador tan elocuente como severo. El horror de la tempestad,

que continuaba y crecía, las frases tremendas con que el padre fustigaba los vicios y con que describía las penas eternas que Dios justiciero les impone y tal vez asimismo el devoto cuadro de Lucas Jordán, que en aquella iglesia se parecía, representando á la Magdalena á los pies de Cristo, todo compungió por tal arte á la bella pecadora, penetrando en sus entrañas como agudas saetas de fuego, que se llenó de atrición y aun de contrición, sintió que el Altísimo la llamaba á sí y como por milagro quedó convertida.

María Antonia Fernández no volvió á pisar las tablas; hizo desde aquel punto vida retirada y ejemplar; y la amargura de su arrepentimiento tardío, las duras mortificaciones con que se castigó ella misma y la vergüenza y el profundo pesar que el recuerdo de sus pecados le causaba, acabaron pronto con la salud de su cuerpo, concediéndole en cambio la salud del alma.

Todo esto es perfectamente histórico, notorio y sabido entonces en Madrid, y recordado ahora con puntualidad por el Sr. Cotarelo. Lo que yo voy á referir como apéndice es lo que generalmente se ignora.

III.

Cualquier pecado mortal es abominable, pero cuando el pecado no contamina á ningún sujeto

inocente y puro y no le aparta de la senda de la virtud, su malicia es mucho menor que cuando extiende su pernicioso influjo sobre criaturas humanas, y cuando todo lo inficiona y corrompe. María Antonia Fernández, aunque arrepentida y llorosa, tenía el consuelo de no haber pecado nunca en este segundo sentido. Cuantos habían caído en sus redes y habían sido con ella pecadores, estaban pervertidos muy de antemano, de modo que ella no agostó ninguna virtud en flor, ni remedando al demonio robó ángeles al cielo para llevárselos consigo. Á María Antonia no remordía la conciencia, sino de su propia perdición y no de haber procurado la ajena.

Sólo en una ocasión se mostró ella propicia á cometer tan doble y feo delito, pero se frustró y quedó en conato, gracias á la entereza de un sujeto, y sobre todo, gracias á la misericordia divina. Con horror recordaba *La Caramba* aquel caso.

El duque de Campoverde, á quien llamo así para ocultar su verdadero título, protegía y albergaba en su casa á un sobrino suyo, tan ilustre como pobre, llamado D. Jacinto de la Mota, gallardo mancebo en la florida edad de veinticuatro años, elegantísimo, discreto y agradable por todo extremo. Y lo más singular y raro que en él había era su espiritual é inmaculada limpieza. No pocas damas desaforadas tenían el descoco de reir y bur-

lar sobre su condición arisca, apellidándole el nuevo Hipólito y tal vez sintiendo el prurito de remedar á Fedra con mejor éxito y ventura.

El duque, viejo alegre y algo librepensador, y dos amigos suyos, muy curtidos y versados en aventuras ligeras y galantes, mortificaban de continuo á D. Jacinto, ridiculizando su honesto recato y urdiendo tramas y buscando ocasiones peligrosas en que de todo punto le perdiese.

Conjurados para tan inicuo fin, buscaron el poderoso auxilio de *La Caramba*. Hubo una cena, á la que asistió D. Jacinto, ignorando lo que iba á haber en ella, y le sentaron al lado de la seductora actriz, bella como nunca aquella noche, con leves y casi transparentes vestiduras, y adornados sus brazos y su desnuda y cándida garganta con ricos brazaletes y espléndido collar de perlas.

Pasaré aquí de largo, á fin de que nadie tilde de licencioso este escrito, sobre las infernales artes con que *La Caramba,* industriada por los tres libertinos, excitado su amor propio, anhelante de la victoria, y prendada además de la gallardía é inocencia del casto mozo, se esforzó por avasallarle y rendirle á todo su talante. Don Jacinto estuvo más firme que una roca; eclipsó casi la memoria del hijo predilecto del patriarca Jacob, todo ello con tal dignidad y tan sin melindres ni remilgos, que la risa y la chacota que el tío y sus dos amigos

empezaron á mostrar, hubo pronto de trocarse en admiración y respeto. Desde entonces dejaron tranquilo al mozo, sin fastidiarle y sin embromarle más con disolutas disertaciones é impuras acechanzas.

Lo que resultó de este frustrado delito, del que no pudo menos de tener noticia la sociedad elegante y aristocrática de Madrid, fué la fama casi de santidad con que resplandeció D. Jacinto, á quien se dieron á reverenciar las señoronas devotas, citándole como modelo. Y resultó también, y este fué más profundo resultado, un alto aprecio, una amistad sublime y una extraordinaria gratitud en el generoso corazón de la mujer desdeñada. Porque el mozo, al rechazarla con energía, no faltó en lo más mínimo á cuanto cumple á todo cortés caballero, y nada dijo ni hizo que exacerbase el desdén y que pudiera ser considerado como injuria. Antes bien, con dulces y piadosas palabras suavizó lo agrio del desvío, y vertió en la herida que acababa de abrir bálsamo celestial de consuelo.

Con tal eficacia penetraron en el centro íntimo del alma de María Antonia Fernández estos sentimientos delicados, que me atrevo á sospechar que predispusieron á aquella mujer para que á poco, estimulada por la tempestad, por el sermón elocuentísimo del padre Atanasio, y hasta por la pintura de la Magdalena, se obrase de súbito su con-

versión milagrosa. Aquellos nobles sentimientos fueron como abejas, que empezaron por clavar sus punzantes aguijones en el pecho de *La Caramba*, y después labraron en su centro panal suave de místicas flores.

Lo cierto es que María Antonia y D. Jacinto quedaron amigos y que la amistad hubo de estrecharse no bien se convirtió María Antonia. Nadie la veía ni en paseos, ni en teatros, ni en toros, ni en verbenas y veladas. Iba sólo á las iglesias, humildemente vestida con basquiña y negro manto de beata. Sólo un hombre, además de su confesor, hablaba ya en ocasiones con ella. Este hombre era D. Jacinto. Ora se hablaban en la misma iglesia de Capuchinos, donde fué la conversión de ella y donde ambos solían asistir; ora acudía él á casa de la actriz, si bien con prudente recato para evitar la maledicencia.

No podía ésta tener el menor fundamento, pero la malicia humana levanta en el aire castillos de torpes embustes, y conviene evitar que la malicia los levante y se haga fuerte en ellos.

María Antonia Fernández, se sentía atraída hacia D. Jacinto por un afecto angelical y todo del espíritu, y se lisonjeaba, además, de que afecto no menos puro impulsaba á D. Jacinto á venir á visitarla.

Sus pláticas eran edificantes y propendían á lo

místico, pero María Antonia distaba mucho de caer ni de tropezar siquiera en el error de los *alumbrados*. Para precaverse, leía con frecuencia los *Desengaños*, del Padre Arbiol. Y por otra parte, si algo había en su mente y en su corazón de que, después de examinarlo, su conciencia pudiera tener escrúpulos, era un leve asomo de complacencia al imaginar ó al notar que, si no había triunfado pecaminosamente de aquel mozo por los sentidos, había logrado elevar su alma ya purificada hasta el alma de él, enlazándolas con amistoso y casto lazo.

Aquel nuevo género de vida daba al espíritu de María Antonia grata paz y regalo; pero la austera crueldad con que trataba ella su cuerpo, los ayunos, las largas vigilias, el cilicio con que maceraba su carne, y acaso la dura disciplina con que se atormentaba en su más secreto retiro, quebrantaron tanto su salud, que cayó gravemente enferma, y estuvo, durante tres meses, postrada en el lecho y á punto de exhalar el último suspiro.

La ciencia de un buen médico y el cuidadoso esmero de su criada Juana, lograron conservar su vida y devolverle la salud.

Durante la enfermedad y más aún en la convalecencia, en voz baja, al oído, tiñéndose sus pálidas mejillas de leve color de rosa, preguntaba ella con frecuencia á Juana:

—¿Ha venido á saber cómo estoy? ¿No le has visto? ¿No ha hablado contigo?

Contrariada y afligida Juana, tenía que confesar que D. Jacinto no había parecido por aquella casa; no había enviado, al menos á un criado, á informarse de cómo estaba la enferma.

Por último, *La Caramba* supo una novedad imprevista. La marquesa viuda de Montefrío, prendada de las virtudes de D. Jacinto, y después de oir los consejos é informes del Padre Atanasio, su confesor, había decidido tomar á D. Jacinto para yerno, casándole con su hija, la marquesita, heredada ya y señora de una renta anual de más de veinte mil ducados. Se afirmaba que la marquesita era fea y tonta; pero prevaleció la razón de estado; todo se concertó pronto y bien, y D. Jacinto de la Mota era ya rico y marqués de Montefrío.

IV.

Honda melancolía se apoderó del alma de María Antonia. Y sin embargo, ella se esforzaba por disculpar á su amigo. El matrimonio, pensaba, no es para santificar por medio del Sacramento el deleite y la satisfacción de una pasión amorosa: es, en todos los que le contraen, para cumplir con una obligación y servir á Dios en aquel estado: y es, además, en los nobles, para conservar y perpetuar

el lustre y decoro de sus familias, y sus apellidos y títulos, gloria y ejemplo de la patria é inmediato sostén de las bien concertadas monarquías. Así se explicaba María Antonia que D. Jacinto, severamente, sin amor y en cumplimiento de deberes impuestos por su nobleza, se hubiese al fin casado.

Esto discurría para disculpar á su amigo, pero se afligía de no verle, de no conversar con él y de la soledad y del abandono en que la había dejado.

En medio de su pena, pudo tanto aún la briosa mocedad de María Antonia, fortalecida por el modo de vivir, menos duro y penitente que su larga convalecencia le había impuesto, que vino al cabo á encontrarse de nuevo sana y hermosa.

Vehemente deseo de volver á ver á D. Jacinto dominó entonces su alma. Sin dejar su humilde traje de beata, pero, con extremada, pulcra é inconsciente diligencia, peinado el undoso cabello y acicalada toda su gentil persona, *La Caramba* acudió de diario á rezar en la iglesia de Capuchinos y á pasar allí largas horas.

No se lo confesaba, no quería confesárselo; pero tal vez recelaba con miedo que no era sólo la devoción la que allí le llevaba, sino también la esperanza de volver á ver á D. Jacinto.

Y la esperanza se cumplió. María Antonia volvió á verle; mas ¡ay! ¡cuán diferente del que antes era!

Había descendido de un coche lujoso y llevaba al lado á la señora marquesa, su mujer, muy engalanada y muy fea.

María Antonia cerró involuntariamente los ojos para no ver aquello; y para no ser vista, se echó muy á la cara el manto y se arrimó á la pared en el lugar del templo que le pareció más sombrío.

María Antonia volvió, no obstante, á la iglesia de Capuchinos. No deseaba ya ver á D. Jacinto en compañía de la marquesa. Deseaba verle solo y hablarle. Tardó en cumplirse su deseo, mas se cumplió por último.

Don Jacinto, saliendo de la sacristía, atravesó el templo. Ella le vió y salió antes que él y le aguardó á la puerta, entre varios mendigos que pedían limosna. La palidez limpia y mate de su rostro tenía soberano hechizo y sus negros y rasgados ojos brillaban como dos soles de luto.

Iba tan distraído el flamante marqués que no reparó en ella, hasta que al ir á pasar la tocó con el hombro. Vióla entonces y se paró encarnado como la grana.

—¡Ingrato!—exclamó ella—te aguardaba aquí para cerciorarme de que no me has olvidado del todo y para pedirte la limosna de una mirada y el favor y la honra de que te dignes hablarme todavía.

—Estoy casado—dijo él, y en el tono con que

pronunció aquellas palabras, se mostraba el temor de que alguien le viese con ella.

Don Jacinto, con todo, parecía más mundano y menos timorato que de soltero. Se diría, y ella lo sospechó de repente, que D. Jacinto casi había desechado su mogigatería, logrado ya el fin principal que le había movido á tenerla. Maria Antonia, por primera vez después de su conversación y olvidada de su conversión, le dirigió entonces una mirada larga, fogosa, dulce y llena de promesas. Aproximando luego su rostro al de él, hasta el punto de que penetró por su boca y por sus narices el aliento de ella, dijo ella quedito y con desmayada dulzura:

—Ven de noche á casa. Nadie te verá y no lo sabrá nadie.

En seguida María Antonia le volvió la espalda y se apartó de aquel sitio.

V.

Salieron á relucir las galas y las joyas que se custodiaban en el fondo del arca. María Antonia no parecía ya la penitente. Estaba vestida, harto ligeramente vestida, como en la noche de la tentación y de la cena. Había vuelto la espalda á Dios, y dádose de nuevo al diablo. Estaba perfumada su estancia, y lucían en ellas los primorosos presentes

de sus antiguos amadores y el lujo de la plata labrada.

Don Jacinto no dejó de acudir á la cita. Era ya otro hombre. Había desechado la máscara del misticismo. Hasta el recuerdo de la fealdad y de la tontería de su consorte estimulaba su liviano deseo. Para disculpar su ingratitud, brotaron de sus labios entrecortadas frases. Después pronunció ardientes palabras de amor, y roto ya el freno de su bien utilizada hipocresía, se abalanzó á María Antonia, que le atraía con los ojos y le embelesaba con blanda risa, medio abierta la húmeda boca y dejando ver los iguales y apretados dientes, que parecían dos hilos de perlas.

Él la estrechó frenéticamente entre sus brazos y buscó los labios de ella con sus labios.

Con ambas manos, María Antonia le rechazó tan violentamente, que faltó poco para que le derribase por el suelo. No parecía mujer, sino furibunda leona. No era la lánguida y complaciente enamorada: ni era tampoco la penitente mística; era la maja de rompe y rasga, insolente y soberbia, capaz de herir con groseros y ponzoñosos insultos, y capaz de matar con la llama fulmínea de sus ojos, cuando no con puñales.

– Vete, huye, – exclamó – apártate de mi presencia. No pienses que la amistad y la admiración que me infundiste con tus embustes, se ha trocado en

amor lascivo. Se ha trocado en asco. Si continúas aquí corres peligro de que te asesine. Sólo muriendo á mis manos y no gozándome conseguirás ya arrojarme en el infierno. Vete, repito; es un hurto ruín el que intentas, dándome tu alma y tu cuerpo vendidos ya para siempre y sin rescate á ese espantajo de mujer que te da título y dinero.

Don Jacinto pensó que *La Caramba* se había vuelto loca. Si no de su material violencia, tuvo miedo del alboroto, del escándalo y de la resonancia ridícula que podía tener aquella escena, si se prolongaba. Huyó, pues, casi despavorido. Y como era hombre que entendía bien su interés y su conveniencia, pero que de almas sabía poco, jamás llegó á comprender ni á darse cuenta de las singulares transformaciones del alma de María Antonia, convertida de súbito de libre cortesana en austera penitente, y de austera penitente en algo á modo de vengadora y aterradora Furia.

Cuando María Antonia se vió libre de la presencia de D. Jacinto, quedó inmóvil y de pie por algunos instantes: rompió luego en insana risa y en descompuesta y nerviosa carcajada; y por último, se arrojó al suelo, retorciéndose, derramando un mar de lágrimas y balbuceando entre dientes el *yo, pecadora*.

De allí en adelante no volvió á pecar María Antonia, ni en pensamiento ni en acto. Persistió en

sus rezos, redobló sus vigilias, ayunos y mortificaciones y logró, pocos meses después, temprano y dichoso tránsito á mejor vida.

Madrid, 1897.

EL SAN VICENTE FERRER
DE TALLA



EL SAN VICENTE FERRER DE TALLA

(PALINODIA)

En la capilla de la hermosa quinta que posee el Marqués de Montefico en las cercanías de Valencia, hay una devota y diminuta imagen de San Vicente Ferrer, esculpida en madera y bien pintada luego. Se debe esta obra al ilustre escultor don Manuel Alvarez, á quien sus contemporáneos llamaron *el griego*, por su habilidad para imitar los grandes modelos que del arte de Fidias nos dejó la antigüedad clásica. Elegante ornato del Prado es aún la fuente del Apolo y de las cuatro estaciones, trabajo del escultor susodicho; pero mayor talento é inspiración mostró en el San Vicente de que voy hablando y que pocos conocen. El santo está representado muy joven aún. Su cabeza es hermosísima y tiene noble expresión de triunfante alegría, como si acabase de alcanzar una gran vic-

toria. En el rostro de esta efigie, alta toda ella de poco más de veinte centímetros, se diría que Alvarez ha procurado reproducir el júbilo orgulloso del Apolo de Belvedere, después de haber dado muerte con sus flechas á la serpiente monstruosa, si bien la humildad cristiana refrena el orgullo y calma el júbilo del santo con la consideración de que él no ha vencido por su mérito propio, sino por la gracia y el favor del cielo. Asimismo se nota en el rostro del santo cierto vergonzoso rubor, por donde se barrunta que la victoria que ha ganado ha sido en combate espiritual contra el tercer enemigo del alma, según lo refiere el Padre Rivadeneira, hablando de aquella hembra insolentísima, que quiso tentar y rendir al santo y dió ocasión para que se le llamase *el que no se quemó en medio del fuego* y para que se le comparase á los tres mancebos del horno de Babilonia, de quienes habla Daniel profeta.

La efigie, en suma, sobre poseer muy notable valer artístico, es digna de consideración por causas nada comunes. En el pecho, en el sitio bajo el cual debe estar el corazón, lleva clavado un puñalito de fuerte acero y agudísima punta. Todo él, menos la empuñadura de oro, ha penetrado en la madera, impulsado por mano sacrílega. Y cuenta la gente piadosa que todavía á principios de este siglo se realizaba en la mencionada efigie un sin-

gular milagro. Todos los años, el 8 de Septiembre, día de la Natividad de la Virgen Nuestra Señora, una gotita de color rojo, á modo de sangre, manaba de la herida. No ha de extrañarse que el prodigio no se realice hoy, porque no merecen verle los que de fe carecen.

Como quiera que ello sea, la linda efigie atrae mucho la atención, y más cuando llega á saberse que entre los documentos existentes en el archivo de la casa del Marqués hay un escrito de don Melchor de la Mota, tío del Marqués actual y cuarto hijo del abuelo de éste, D. Jacinto, donde se refiere la historia de la imagen y se explica el suceso de la herida que lleva en el pecho. El escrito que pongo aquí, ya copiando y ya extractando ó saltando no pocos párrafos, es como sigue:

La admirable escultura de D. Manuel Alvarez, que representa á San Vicente Ferrer, vino á poder de mi madre en el año 1801. Se la legó al morir el reverendo padre capuchino fray Atanasio, que la custodiaba en su celda desde el año de 1785. Mi madre, que era discreta y callada, ó no sabía ó aparentaba no saber del San Vicente sino el nombre del autor, su mérito como objeto de arte y la inmediata procedencia por donde llegó á sus manos. De sobra reconocía además, y no lo disimulaba, que el artista había tomado para modelo de su santo el bello y noble rostro del Marqués, ma-

rido de ella, y le había retratado con fidelidad pasmosa.

En varias conversaciones que tuve con el Padre Atanasio, ya muy viejo y que me estimaba y quería mucho, logré entender y rehacer en mi mente la historia toda de la imagen y de cuanto á ella se refiere. Y como es curioso y no redunda en perjuicio, sino más bien en honra de mi padre, voy á dejarlo consignado por escrito en el archivo de nuestra casa.

D. Jacinto de la Mota jamás fué hipócrita ni falso en sus devociones ni en la austeridad de su vida. Educado severamente, muy correcto en todo y guiado por el santo temor de Dios, cumplía con sus deberes, sin el menor asomo de jactancia. Así como no le arredraban las burlas que de él pudieran hacer los libertinos, tampoco calculó jamás la honra y el provecho mundanos que su recato y demás virtudes pudieran acarrearle. Cuando se libró de los lazos que el Duque de Campoverde y otros amigos le tendieron, valiéndose de María Antonia Fernández, alias *la Caramba,* hizo lo que hizo por su delicadeza de sentimientos y por repugnancia á toda sensual grosería, sin pensar en la buena fama que ganaba.

Tan convencida quedó *la Caramba* de la sinceridad de D. Jacinto y tan prendada de las dulces palabras con que él mitigó la amargura de su des-

dén, que el vicioso prurito con que ella acudió á seducirle se transformó en verdadera y profunda pasión amorosa.

Por aquel tiempo el escultor D. Manuel Alvarez, que visitaba con frecuencia al Duque de Campoverde, oyó contar á éste lo que había pasado entre D. Jacinto y *la Caramba,* é inspirado en aquel suceso hizo la diminuta imagen de San Vicente, poniéndole por rostro el de D. Jacinto, que acertó á retratar fielmente de memoria.

Hubo de saber María Antonia Fernández que D. Manuel Alvarez había terminado tan linda obra y resolvió adquirirla á toda costa para sí, como lo realizó en efecto, pagándosela bien al escultor, el cual no quiso ni pudo negarse á ello.

La Caramba, aunque ya sublimemente enamorada de D. Jacinto, distaba mucho aún de haberse convertido. Como no pocas mujeres aventureras y de vida muy rota, estaba llena de extravagantes supersticiones. Creía amar y amaba con frenesí á D. Jacinto y aspiraba á ser amada de él por cualquier medio. Su amor adquiría á veces la condición del odio y á veces tomaba el aspecto de la abnegación y del sacrificio. *La Caramba,* ya quería matarle, ya quería morir ella por amor de él; pero de todos modos ansiaba ser amada.

Consultó á una famosa gitana hechicera, que había entonces en Madrid, y esta gitana le vendió el

puñalito con puño de oro para que le clavase en el corazón de la efigie, como *la Caramba* lo hizo. No por eso conquistó ella el vivo y verdadero corazón de D. Jacinto. Y movida, poco tiempo después, de sus pasiones y desengaños, y de un muy elocuente sermón que oyó por acaso al padre Atanasio, en el convento de Capuchinos, abandonó la desastrada vida que hasta entonces había seguido y se volvió á Dios de todas veras.

Pronto llegaron á oídos de D. Jacinto las nuevas de conversión tan ejemplar y milagrosa, y de aquí nació la mayor falta que en su vida cometió D. Jacinto, estimulado, sin duda, por el demonio del orgullo, el cual demonio hubo de prevalerse de sentimientos, muy otros, llenos de caridad y misericordia.

Consistió el orgullo en no tener miedo de caer en la tentación y en atreverse á arrostrar los peligros, y consistió la caridad misericordiosa en admirarse del cambio repentino de aquella mujer pecadora, en compadecer el dolor agudo y tremendo que para la conversión la había apercibido, y en la irresistible simpatía de que se dejó vencer, yendo á tratar con ella de cosas del espíritu y á darle amistad pura y grato consuelo.

Don Jacinto se alucinó de tal suerte, que ni por un instante pensó que en esto pecaba; pero un día habló de ello al padre Atanasio, su confesor, y

habló, no como revelándole una culpa suya, sino para ponderar la virtud penitente de *la Caramba* y para tratar de que el padre Atanasio la conociese y admirase.

Entonces fué cuando el padre Atanasio pintó ante los ojos de su alma y con colores muy vivos, el peligro espantoso de caer en pecado mortal á que él y María Antonia Fernández se exponían, y le prohibió resuelta y terminantemente que volviese á visitarla y á tratar con ella.

Obedeció D. Jacinto, no sin combatir enérgica y dolorosamente contra la amistad y contra la pura simpatía que María Antonia Fernández le había inspirado.

Nada más natural; nada con menos premeditación y malicia que lo ocurrido después de esto.

La envidia calumniaba á la joven marquesita de Montefrío, sin otra razón que la de ser ella rica é ilustre. Educada con el mayor recogimiento, tímida y silenciosa, sin el menor esmero en trajes y tocados de moda y sin desenfado alguno en sus ademanes y conversaciones, la marquesita fué declarada harto injustamente tonta y fea. No era ni lo uno ni lo otro. No avergonzarse, sino bien podía envanecerse quien llegase á tenerla por suya. Y de cierto había entonces, en esta villa y corte de Madrid, no pocas damas de alto copete, cuyo talento y cuya hermosura eran muy inferiores á los de la

marquesita, pero que completaban con el desenfado la carencia ó la escasez de tan altas cualidades, é infundían vehementes pasiones y eran heroínas de mil galantes aventuras.

El casamiento, cristianamente considerado, no presupone historia amorosa, por muy delicada y limpia que sea. Es más bien un contrato, purificado, santificado y sancionado por la religión, cuyo fin principal es la fundación de las familias, la educación de los hijos y la conservación de los linajes. Tan cumplir con un deber es casarse como entrar en religión. Esto prueba que puede la persona honrada y piadosa servir á Dios en cualquier estado. Así lo entendió D. Jacinto. Respetables individuos de su familia y de la familia de la marquesita concertaron la boda de ambos. Apenas se vieron ellos y apenas se hablaron tres ó cuatro veces: lo bastante para reconocer que no había motivo para que ellos se repugnasen el uno al otro, sino que, por el contrario, el mutuo agrado, la satisfacción vanidosa de tener por consorte á una persona de gentil presencia y el pleno convencimiento de la inmaculada reputación de esta persona, todo coincidía con la conveniencia de intereses y de miras que había en el proyectado casamiento, en cuyos conciertos intervino más que nadie el padre Atanasio.

En suma, D. Jacinto se casó con la marquesita y

de pobre hidalgo que era se transformó en rico señor titulado; pero en cierto modo pudo seguir llamándose pobre de espíritu, porque poseyó la riqueza como si no la poseyese; cuidó de los bienes cuantiosos de su mujer, más como celoso administrador que como propietario y dueño de ellos; y á su muerte, que no fué tardía, porque murió á los trece años después de la boda, había acrecentado de tal manera el caudal de la casa con su tino y su economía, que de la parte de gananciales que á él tocaba pudo dejar y dejó cerca de tres mil ducados de renta á cada uno de sus cuatro hijos.

Yo, que redacto estos apuntes, soy el menor de ellos. Nada digo de mí porque nada merezco; pero sí diré de mis tres hermanos que todos son muy guapos, entendidos y capaces para la profesión que siguen; y que mi hermana es el encanto y la gala de la corte, á quien ponderan y ensalzan todos por su apacible y honesto trato, por su discreción y hermosura, honrando y glorificando así la noble casa donde como cabeza y madre de familia entró hace años.

Bastaría mirar sin prevención todo esto, aunque se careciese de otras pruebas, para entender que el marqués y la marquesa se amaron de verdad; porque del enlace frío y por mero cumplimiento de un deber, no nace jamás tan lucida y generosa prole.

Asegurado esto, voy á declarar y á explicar aquí cuál fué la conducta del Marqués en sus relaciones con María Antonia Fernández y cómo esta conducta, si bien en ciertos puntos digna de censura, sólo en un momento de vergonzoso extravío no dejó de conciliarse con el respeto y con el verdadero y santo amor que consagró á su mujer la Marquesa. Por lo demás, la culpa del Marqués fué castigada severamente por el cielo, siendo el mismo Marqués con sus remordimientos y profundo y secreto pesar instrumento de aquel castigo.

Mucho le amargaban y atormentaban las injuriosas frases, justas con él é injustas con la Marquesa, con que *la Caramba* le arrojó de su casa; pero más le compungió y más honda herida hizo en su corazón lastimado un escrito que le dirigió *la Caramba,* arrepentida de las injurias.

La Caramba redactó aquel escrito poco antes de morir, y legándole además el San Vicente Ferrer de talla, se lo confió todo al padre Atanasio. Este consideró conveniente que el Marqués tuviese noticia del escrito, pero no se le comunicó y le guardó entre sus papeles. El padre Atanasio consintió en que yo le leyera y en que sacase de él la copia exacta que aquí traslado.

„Ilustre Sr. Marqués, á quien ya no me atrevo á llamar amigo: Creo cumplir con un deber de conciencia dirigiéndome á usía para pedirle per-

dón de las muchas faltas que he cometido en su daño. Ni remotamente tenía yo derecho á imaginar que las caritativas visitas que usía me hizo después de mi conversión, más aparente que real, le enlazaban conmigo por ningún estilo y le ponían en la obligación de consagrarse á mi persona con amistad exclusiva y única y de ser constante compañero mío en la penitencia, cuando nunca lo fué en el pecado. Mi extraña conversión y el refinamiento vicioso de quien, sin caer en ello, era aún enamorada pecadora, me inducían á deleitarme con aquellas visitas, á aliñarlas con el sabor picante de un falso misticismo y con las mortificaciones y castigos que yo imponía á mi cuerpo, y á saborearlas regalándome y alimentándome con la dulzura de ellas, como si usía fuese mi Dios y no el que está en el cielo.

„De aquí mi descompuesta furia y mi loca desesperación cuando usía, advertido á tiempo del peligro, dejó con razón de visitarme. Mi enojo fué mayor aún cuando supe que usía se había casado; enojo absurdo, porque usía ni me había prometido ni podía prometerme no casarse para ser fiel á las relaciones indefinibles en que soñé yo que estábamos. De aquí que, rabiosa yo, maldijese de la Marquesa, y ciega con mis celos me la figurase un monstruo.

„Y de aquí, por último, que olvidando y echan-

do á rodar todas mis penitencias, mis cilicios, ayunos y disciplina, me entregase yo de nuevo al demonio, cuya esclava y servidora había sido durante mucho tiempo. Y el demonio me prestó, sin duda, el poder sobrenatural y los medios de seducción casi irresistibles, con los cuales tendí á usía mis infernales redes, donde por vez primera logré que usía cayese para insultarle y maltratarle luego con infamia. Y más vale así, porque peor hubiera sido que hubiésemos caído ambos en más honda sima y en pecado más grave.

„No me arrepiento, pues, de haber rechazado á usía; de lo que me arrepiento es de haberle atraído con inaudita perfidia para rechazarle luego. Cuando en esto pienso me doy á cavilar y á recelar que tal vez al principio no hubo en mí perfidia, sino que me movió otra pasión, cuando no peor, más peligrosa. ¿Me movió tal vez amor frenético y desesperado? ¿Fué repentino y súbito el cambio en odio de este amor cuando le ví triunfante? El corazón de la mujer es un abismo de malvadas inconsecuencias. Para abrazarme á mi ídolo le derribé del altar, y cuando le ví por tierra me llené de orgullo y la adoración se trocó en desprecio, y le pisoteé en lugar de recibir con júbilo y con vehemente gratitud su beso.

„En fin, más vale que haya sucedido todo como ha sucedido. Dios tenga piedad de mí y perdone

mis culpas. Conozco que se acerca la hora en que me llamará Dios á su tremendo tribunal. Aun así, no puedo menos de pensar en usía y de anhelar que usía me perdone. Yo he sido su ángel malo, y me arrepiento de ello y lo deploro. Compadézcame usía; pero no me llore, porque descansaré con la muerte. Y no permita el cielo que la paz del alma de usía se turbe y que se obscurezca su luz al pensar usía en mi último pecado y en el único, sin duda, que usía cometió por mi causa é instigado por mí y por todos los espíritus del Averno que me auxiliaban entonces."

Así terminaba el escrito de *la Caramba.*

En cuanto al Marqués, sólo el padre Atanasio, su confesor, supo lo que padecía, recordando su fea, aunque momentánea falta, y pensando, ya en el misterioso afecto que *la Caramba* le había inspirado, ya en la singular pasión que tuvo por él aquella mujer, pasión que fué tomando diversas formas y condiciones, que sin duda no extinguió el desengaño ni la penitencia, y que no se desprendió del ser de ella hasta que se desprendió de ella el alma al exhalar el postrer suspiro.

Madrid, 1897.



EL CAUTIVO DE DOÑA MENCÍA



EL CAUTIVO DE DOÑA MENCÍA

I.

Pocos días ha recibí el prospecto de un libro muy curioso que va á publicarse en Córdoba. Contendrá la historia de las ciudades, villas y fortalezas de aquel antiguo reino. Me hizo esto recordar ciertos sucesos, que me contó mi amigo D. Juan Fresco, como ocurridos hace ya cuatrocientos treinta años en el castillo de la población en que él vive. Ignoro si dichos sucesos serán todo ficción, ó si tendrán algún fundamento histórico. Ya se encargarán de dilucidarlo los que escriban el mencionado libro, ora consultando otros antiguos que deben de andar impresos, ora en vista de Memorias y demás documentos manuscritos que ha de haber en abundancia. Yo no quiero meterme en semejantes honduras. Me inclino, sin embargo, á creer que en mi historia, si hay alguna ficción, hay también mucho de verdad en que la

ficción se funda: el grave testimonio de mi querido y erudito amigo D. Aureliano Fernández-Guerra, á quien oí referir no pequeña parte de los sucesos cuya narración me complazco en dedicar ahora á su inolvidable espíritu.

D. Aureliano tenía hacienda de olivar y viña en el cercano lugar de Zuheros; iba á menudo por allí, y se preciaba de saber, y había investigado y de seguro sabía, todo cuanto desde muchos siglos atrás había acontecido en aquella comarca. Á pesar de todo, desisto de averiguar, para no comprometerme, lo que hay de verdad y lo que hay de mentira en el cuento, y voy á referirle aquí como me le contó mi tocayo.

Los fuertes muros y las ocho altas torres están hoy como en el día en que se edificaron. No falta ni una almena. Dentro de aquel recinto pueden alojarse bien doscientos peones y más de ochenta caballos. De la cómoda vivienda señorial no queda ni rastro. Han venido á sustituirla un molino aceitero con alfarge, trojes y prensas, que durante la vendimia sirven también de lagar, un grande alambique con agua corriente, y extensas bodegas para aceite, aguardiente, vinagre y vino.

Allá por los años de 1470 era todo aquello muy distinto. Extraordinaria importancia estratégica tenía la fortaleza, como construída en una altura, sobre enormes peñascos, que en gran parte le ser-

vían de cimiento. En el centro había cómoda habitación, casi un palacio, donde se albergaba el alcaide ó señor que mandaba la hueste. Veinte años hacía que dicho alcaide, lleno de ardor juvenil, había salido en imprudente expedición contra los moros de Granada. Pasando por Alcalá la Real, había entrado en la Vega por Pinos de la Puente, causando mucho daño, talando algunos plantíos y sembrados, y cobrando no poco botín en cortijadas y alquerías. Pero al volver rico y triunfante para su castillo, en los agrios cerros y en el espeso bosque de encinas que hay entre Pinos y Alcalá, cayó en una celada que los moros, más de mil en número, le habían preparado, y allí murió combatiendo heroicamente contra ellos.

La viuda de D. Jaime, que así se llamaba el muerto adalid, quedó como única señora y alcaidesa del castillo.

Era su nombre doña Mencía. Sobrina del Conde de Cabra, se había criado en la casa de aquel ilustre prócer. Apasionadamente enamorada del gentil caballero D. Jaime, venido de Aragón á ponerse al servicio del Conde, y muy señalado ya por su habilidad y su brío en todos los ejercicios caballerescos, por sus notables proezas y hasta por su talento y maestría en el gay saber, el Conde no tuvo que oponer razón alguna contra la boda, y consintió en que D. Jaime y doña Mencía se casasen,

dando en dote á la doncella el dominio y la alcaidía del castillo de que voy hablando.

Sin duda para mostrarse más digno de su encumbramiento, D. Jaime acometió la arriesgadísima empresa que causó su muerte. Diecisiete años acababa de cumplir doña Mencía cuando se quedó viuda. Amarga y desconsoladamente lloró la muerte de su gentil é idolatrado esposo. Vistió severísimo luto, hizo una vida retirada, y en los veinte años que se siguieron hasta el día en que empieza esta historia, no salió del castillo sino para dar solitarios paseos.

En aquellos tiempos, las tierras todas del Rey de Castilla estaban llenas de discordias y alborotos. No había paz ni seguridad en parte alguna, sino robos, sangrientos combates, muertes y estragos. Los grandes señores, por particulares rencillas y opuestos intereses, se hacían cruda guerra unos á otros. El reino, además, estaba dividido en dos opuestos y principales bandos. Fiel uno al rey don Enrique, pugnaba por sostenerse en el trono. El otro le había negado la obediencia, le había depuesto en Ávila con cruel é infamante ceremonia, y reconocía como soberano al príncipe D. Alfonso, hermano menor del rey. El reino de Córdoba ardía en disensiones, como todo el resto del país. Rara prudencia y singular entereza supo mostrar doña Mencía para conservarse en cierto modo

neutral estando tan divididos los ánimos, sin dejar de ser fiel y sin faltar al pleito homenaje que á los de su casa y familia les era debido.

Todos respetaban á doña Mencía, la cual, gracias á su austeridad y recogimiento, estaba en opinión de santa. La hacía aún más respetable, prestándole algo de misterioso y sobrenatural, el que hubiese pocas personas que se jactasen de haberla visto, ni menos hablado. Se aseguraba, no obstante, que era hermosísima mujer, de treinta y siete años, pero que parecía mucho más joven por la esbeltez, elevación y gallardía de su cuerpo. Se decía que sus cabellos eran negros como la endrina, que sus ojos brillaban como dos soles, que tenía manos muy bellas y señoriles, y que la palidez mate de su terso y blanco rostro estaba suavemente mitigada por el sonrosado y vago matiz que arrebolaba sus frescas mejillas. Doña Mencía apenas conversaba con más personas que con el padre Atanasio su capellán, con Nuño, su escudero y maestresala, y con la hija de Nuño, Leonor, que era su íntima servidora y confidenta.

Mucho lamentaba doña Mencía, en sus conversaciones con el padre Atanasio, los escándalos y las civiles contiendas que asolaban el país y tenían á sus hombres de más valer armados unos contra otros.

Doña Mencía había deplorado la violenta reso-

lución tomada por D. Alonso de Aguilar de prender en la misma casa del Ayuntamiento de Córdoba al mariscal D. Diego, primo de ella, y de tenerle encerrado durante algunas semanas en el castillo de Cañete; pero más deploraba aún el desafuero de D. Diego desafiando á D. Alonso, contra la expresa voluntad y orden del Rey, que quería paz entre ellos, y de llevar adelante el desafío bajo el amparo del Rey moro, que le dió campo y palenque en la vega de Granada. Allí citó y aguardó don Diego á D. Alonso; y como éste no acudiese al desafío, D. Diego, declarado vencedor por el Rey moro, ató á la cola de su caballo un cartelón donde iba escrito el nombre de D. Alonso de Aguilar con la calificación de alevoso, y le arrastró por el suelo con ignominia. Terrible fué la afrenta; pero D. Alonso la sufrió con paciencia magnánima, reservando su valor para más patrióticos y altos empeños, según supo mostrarlo en el resto de su vida y en su muy gloriosa y trágica muerte.

II.

La soledad y la monotonía de la existencia de la alcaidesa no habían tenido la menor alteración á pesar de una extraña novedad que había en el castillo desde hacía una semana. Doña Mencía custodiaba en él á un huésped, ó, mejor dicho, á un pri-

sionero. Su primo D. Diego había exigido que le custodiase, imponiéndole además como un deber el abstenerse de preguntar el nombre del huésped, el cual, por su parte, había prometido también no revelar su nombre. Don Diego tenía grande interés en que no se supiese el nombre de su prisionero, y hasta en que se ignorase que tenía prisionero alguno. Por eso no quiso llevarle ni á Cabra ni á Baena, y le llevó al castillo de doña Mencía, donde no había más gente que la guarnición, y bajo cuyo amparo no se había fundado aún la villa que hoy existe. Doña Mencía tuvo que ceder á la imposición de su primo; pero gustaba tanto de la soledad, y era tan poco lo que le importaban los sucesos del mundo, que no quiso ver al cautivo que su primo le trajo, y le confió á Nuño, para que éste le vigilase, alojase y cuidase con esmero, como á persona principal, y según D. Diego quería.

La dama del castillo supo sólo que su huésped ó prisionero era un rapaz imberbe, que tendría dieciséis años á lo más, y del que D. Diego se había apoderado, sorprendiéndole sin armas y en compañía de otros rapaces cazando pajarillos con red y con liga, cimbel y reclamos, en las orillas de un arroyo no lejos de Monturque.

En su estrado estaba doña Mencía, sola y entregada á sus rezos, en una hermosa mañana del mes de Abril, cuando su doncella Leonor entró preci-

pitadamente, asustada y llorosa, y se echó á sus pies pidiendo perdón y refugio.

—Yo no tengo la culpa, señora; yo no tengo la culpa. Mi padre se enoja contra mí, y quiere matarme sin justo motivo. El rapaz que está prisionero es el más descomedido é insolente de los rapaces. Me sorprendió al pasar yo sola por la galería, me requebró con desenvoltura, me asió luego entre sus brazos, y á pesar de mi resistencia y de mis gritos, me dió muchos besos. No sé cuántos, porque me los dió tan de prisa que no tuve tiempo para contarlos. Llegó en esto mi padre y agarró al rapaz de una oreja, tratando de castigarle; pero el rapaz, que debe de ser fuerte y ágil, le echó la zancadilla, le derribó por tierra y se largó con risa. Mi padre se levantó renqueando, y, ansioso de vengar el agravio recibido, vino furioso contra mí. Yo, señora, me refugio aquí, y me pongo bajo tu amparo. Defiéndeme, señora; mira que soy inocente.

La grave doña Mencía frunció el entrecejo al oir la narración de aquel lance; pero en la cara, en el acento y en las frases de Leonor reconoció su sinceridad y que no era culpada; la levantó del suelo en que estaba de hinojos y le aseguró que la defendería. Toda su cólera estalló con vehemencia contra el atrevido rapaz, que con tan liviano desacato ofendía su casa. Llamó á Nuño, le exigió que

absolviese á su hija de culpas que en realidad no tenía, y le ordenó que, sin entrar en nueva lucha con el rapaz, y sin acudir tampoco á otras personas para que no se enterase nadie de lo ocurrido, trajese al rapaz á su presencia para que ella le reprendiese duramente, como él merecía.

Cumplió Nuño las órdenes, y pocos instantes después compareció el rapaz ante la hermosa dama, que le recibió, como juez severísimo, con imponente autoridad y compostura. Nuño y Leonor se retiraron á una señal de la dama. Esta quedó sentada en un sillón de brazos, como si fuera tribunal ó trono. El rapaz estaba de pie enfrente de ella, con ademán muy respetuoso por cierto, pero en manera alguna temeroso ni turbado. Con enérgicas palabras la dama le echó en cara su fea conducta, le amonestó para que se corrigiese, y le exigió que pidiera perdón de su culpa. Él contestó de esta suerte:

—Yo, señora mía, me confieso culpado, y estoy dispuesto á pedirte humildemente perdón, de rodillas delante de tí. Si alguna disculpa tengo, válganme como tal mis verdes mocedades y mi completa inexperiencia de las cosas del mundo. Yo me figuré, señora, que me hallaba en la cumbre de una montaña, y muy cerca de una nube que parecía de carmín y de oro, por lo cual gusté tanto de ella que me atreví á abrazarla y aun á besarla; pero

la nube se me desvaneció y deshizo, y entonces apareció el sol que la nube me ocultaba, y cuyos divinos reflejos eran los que habían dado á la nube los brillantes matices que me enamoraron, me sedujeron y me hicieron incurrir en la falta, que como tal deploro, si bien, por otra parte, casi me alegro de haberla cometido. Cometiéndola he apartado la nube y he logrado al fin ver el sol, que desde hace una semana anhelaba yo ver y que ahora extasiado contemplo.

Colorada como la grana, en parte de ira y en parte de gustosa sorpresa, se puso doña Mencía al oir el desenfadado discurso de aquel audaz muchacho. Á pesar de su austeridad, tan probada y acendrada durante veinte años, sintió que en el fondo de su pecho pugnaba por salir y le retozaba la risa al notar tanta juvenil desvergüenza; pero al fin triunfó la condición austera de la egregia dama, y despidió al mancebo, diciéndole:

—Está bien, niño; pero mejor estaría si tu maestro ó tu ayo te hubiera enseñado menos retórica y más comedimiento y circunspección para no faltar al respeto que á una ilustre dama se debe, y que se debe también á su casa y á su servidumbre. Vete y corrígete, y haz de modo que no tenga yo que apelar á dolorosos extremos para poner coto á la audaz conducta de que parece que te jactas en vez de arrepentirte.

Quiso replicar el rapaz, pero la dama hizo tan imperioso gesto de desagrado y despedida, y fulminó contra él tan terrible mirada de sus negros ojos, que le hizo enmudecer y que le arrojó de la estancia como si lo hiciera á materiales empellones.

III.

Escarmentado el joven cautivo y acaso más cautivo aún de su propia cortesía y de la veneración y del afecto que le había inspirado la dama con sólo verla, se condujo durante los diez días que se siguieron con la corrección más cumplida, mostrando paciencia ejemplar para sufrir sin quejas su triste y enojoso cautiverio. La severa doña Mencía advirtió entretanto que atormentaba á veces su alma cierto arrepentimiento de haber empleado con el rapaz severidad sobrada. Allá á sus solas pensaba en él casi de continuo, y se complacía en saber lo mucho que su reprimenda había valido, y cuán juiciosamente se conducía el mozo. Luego recordaba su rostro y toda su gentil figura, que no había dejado de examinar cuando le tuvo delante de ella. Y por virtud de este recuerdo vino á nacer en su alma la más singular alucinación, la más curiosa y rara fantasía que puede soñarse. En balde procuraba apartar de su mente aquel ensue-

ño peligroso. El ensueño volvía con tenacidad sobre ella, y ni dormida ni despierta la dejaba en libertad y en sosiego. Imaginó que el insolente rapaz á quien había reprendido era el vivo retrato de D. Jaime, su difunto esposo; y yendo más adelante en aquellas cavilaciones, se dió á recelar ó á sospechar que las hadas benéficas, ó algunos otros seres ó genios sobrenaturales, para premiar sus largos años de rígida viudez, le devolvían con vida al esposo á quien habían tenido durante todo aquel tiempo encantado y oculto en un mágico submarino alcázar, no ya conservándole joven, sino poniéndole más joven y más gallardo de lo que antes era. Y como las imaginaciones no vienen solas, sino que nacen unas de otras, enredándose y trabándose como áurea cadena, doña Mencía no se contentó con fingir pasado lo que se acaba de decir, sino que se creyó conocedora y zahorí de lo presente y aun inspirada profetisa para ver á las claras las cosas futuras. Así dió por cierto que el rapaz, su cautivo, llevaba en la frente la marca y el sello de un genio casi sobrehumano, y que delante de él se abrían luminosos horizontes de gloria y largo camino de triunfos y de grandezas.

Como quiera que fuese, doña Mencía no pudo resistir á la tentación de volver á ver al rapaz. Para cohonestarla, antes de caer en ella, se le ofrecían tres razonables motivos. Era el primero que,

en virtud de la buena conducta del joven, debía ella endulzar lo amargo de su reprimenda llamándole y dándole su absolución. Era el segundo que, por la gran diferencia de edad que entre ambos mediaba, el afecto de ella hacia él tenía mucho de maternal y muy poco ó nada de pecaminoso. Y era el tercero, que el recordar es siempre mil y mil veces más poético que el mirar, por donde tal vez cuando ella mirase de nuevo al muchacho, caería en la cuenta de que no se parecía á su difunto esposo, de que ni él estaba encantado ni la encantaba á ella, y de que eran sueños vanos y sin sustancia todos los pronósticos en que prestaba al rapaz las grandezas y los triunfos que expresados quedan. En suma, doña Mencía se humanó, se apiadó del aislamiento de su cautivo, y, en vez de dejarle comer solo en la torre en que vivía, le convidó á comer á su mesa.

IV.

Con este trato familiar y diario, doña Mencía dió por seguro que pronto acabarían por desvanecerse las ilusiones algo malsanas que había concebido; pero, por desgracia, aconteció muy al revés de su buen propósito y honradísimo intento.

Don Juan Fresco pasa aquí como sobre ascuas, sin aclarar ni determinar nada. Yo no he de ser más explícito y terminante que mi tocayo. Diré sólo que, pocos días después, doña Mencía apareció más bella y remozada, iluminando su rostro una alegría dulce y mucha satisfacción y contento, vistiéndose con más primor y saliendo á caballo á dar largos paseos, por los más solitarios y ásperos caminos, acompañada sólo del mancebo cautivo y del anciano Nuño, á quien el mozo había ganado la voluntad y con quien estaba muy bien avenido. Nuño tenía además la más completa convicción de que el mancebo no perseguía ya ni inquietaba á Leonor, cuya honestidad estaba segura.

Harto había notado Nuño la fina devoción y el acendrado rendimiento con que el mancebo cautivo miraba y servía á su señora; pero no se atrevía á sospechar que ella pagase con amor tan delicados extremos, si bien advertía que á veces, bajo la ardiente mirada del joven, doña Mencía bajaba suave y lánguidamente los ojos, y tal vez se ponía encarnada como las amapolas, y aun creyó percibir en ocasiones, por entre los párpados y sedosas pestañas de ella, asomar una lágrima, que más que amarga parecía ser de ternura.

Tales observaciones daban vigor á sus sospechas; pero no tardaba en disiparlas la consideración de que el padre Atanasio, grave y reverendo

siervo de Dios, comía siempre en la misma mesa con doña Mencía y el mancebo y terciaba al parecer en todos sus coloquios.

Por otra parte, no cabía en la imaginación ni en el pensamiento de Nuño que doña Mencía olvidase á su esposo D. Jaime y fuese infiel á su memoria.

La desproporción de edad hacía, por último, inverosímiles las relaciones amorosas. Doña Mencía hubiera podido ser holgadamente madre de aquel lindo muchacho.

De aquí que Nuño desechase siempre como suposición maliciosa la idea que á veces se le presentaba de que doña Mencía tuviese amores. Lo que tenía era afecto casi maternal, y algo de satisfacción de amor propio y mucho de gratitud al considerarse querida. De esto sí que no dudaba Nuño. La admiración entusiasta y el vehemente enamoramiento del mozo estaban harto poco disimulados y eran patentes á todos los ojos.

Los guerreros de la hueste lo veían claro. Y muchos de ellos, menos respetuosos que Nuño, y con muchísima menos fe en la probada austeridad y virtud de la alcaidesa, afirmaban, con más malicia que respeto, que aquella ilustre dama no desdeñaba las pretensiones del misterioso cautivo casi adolescente.

Provino de todo ello un germen de disturbio

que hubiera podido terminar en escándalo, si la prudencia de Nuño no le hubiera sofocado al nacer.

Juan Moreno Güeto, uno de los cabos de la hueste, favorito de Nuño y aspirante á la mano de su hija Leonor, á quien requería de amores, era asimismo respetuoso y ferviente admirador de doña Mencía. Y como oyese en cierta ocasión, en boca de algunos compañeros de armas, groseros chistes en ofensa de su señora, no pudo contenerse y se decidió á castigarlos de palabras y aun de obras. Por dicha, Nuño acudió á tiempo y pudo evitar la inminente lucha, calmando los ánimos, restableciendo la paz y procurando que no se divulgase lo que había ocurrido.

Doña Mencía, no obstante, hubo de entrever algo del caso y de sentirse lastimada y avergonzada de andar en lenguas de sus vasallos, y de ver que empezaba á perderse la inmaculada reputación que ella tan justamente había adquirido en veinte años de la vida más ejemplar y de las más severas costumbres.

Fuesen como fuesen sus relaciones con el rapaz misterioso, doña Mencía comprendió que daban harto pábulo á la maledicencia.

Sin duda el padre Atanasio, que era su director espiritual, y, según hemos dicho, grave y severísimo, la amonestó ó la reprendió, ora por el peligro

á que se exponía ó por la ocasión que daba á que la censurasen, si no había pecado, ora por el pecado mismo si, dejándose ella caer en la tentación, había cometido alguno.

En resolución, las causas por lo pronto permanecieron ocultas, y cuando menos podía preverse hubo un suceso inesperado.

Revestido con las armas del difunto D. Jaime, que parecían expresamente forjadas á la medida del mancebo cautivo, apareció éste á la puerta del castillo en una hermosa mañana del mes de Mayo, acompañado de Nuño y de Juan Moreno Güeto, los tres en sendos caballos; tomaron el camino de Cabra, y no tardaron mucho en salvar la cima de los cercanos alcores, perdiéndose de vista.

Alguien aseguró después que, hasta que de vista se perdieron, doña Mencía estuvo en el balcón de su estancia, que se elevaba sobre el muro, y desde donde se oteaba el circunstante paisaje, mirando á los que partían, y dando al mancebo cautivo un postrer adiós con el blanco pañizuelo de holanda que hacía ondear su diestra, cuando no se le llevaba á los ojos para enjugarse el llanto delator que los humedecía.

Á la caída de la tarde del día siguiente, Nuño y Juan Moreno Güeto volvieron al castillo, pero volvieron solos. Del mancebo nada se supo después. Nuño y Juan Moreno Güeto no quisieron satisfa-

cer nunca la curiosidaad de la gente de la guarnición diciendo dónde le habían dejado.

V.

Seis días pasaron después del suceso que acabamos de referir, durante los cuales vivió doña Mencía en el más completo retraimiento. No salía de sus apartadas estancias, y sólo la veían y hablaban con ella el padre Atanasio, Leonor y Nuño.

Un domingo por la mañana ocurrió algo que allí podría pasar por novedad, ya que sólo de tarde en tarde recibía la alcaidesa visitas de sus parientes.

No se sabe si llamado por ella ó por iniciativa propia, vino el mariscal D. Diego desde el castillo de Baena á visitar á su prima. De todos modos, D. Diego no sabía, ó aparentó no saber, que el mancebo cautivo había recobrado su libertad. Preguntó por él á doña Mencía y mostró deseo de verle.

Doña Mencía contestó entonces:

—No es posible que ahora le veas. Aborrezco el disimulo y el engaño. No sólo le he dejado ir libre, sino que le he absuelto del compromiso que contrajo y de la palabra que dió de permanecer en cautiverio. Él no se hubiera ido si yo no le hubiera obligado á que se fuese, mandándoselo y des-

pidiéndole. Échame á mí toda la culpa; toda la culpa es mía.

D. Diego no pudo reprimir su enojo, y exclamó con airado acento:

—¡Vive Dios, prima, que te has conducido con fea deslealtad y te has mostrado harto ingrata á los beneficios que á mi casa y familia debes!

—Vuestras quejas—replicó ella—son harto infundadas, Sr. D. Diego, y son, además, muy ofensivas para mí. Yo he dado libertad al joven por respeto al honor de vuestra casa y familia, y para no ser cómplice de un delito que la denigraba. El rapaz no ha sido maltratado en este castillo; pero había sido robado y secuestrado por nosotros, como si fuésemos bandidos. Yo no podía consentir largo tiempo en esto y coadyuvar á vuestros planes. Supe que el ilustre hermano del cautivo le buscaba inquieto y desolado, indagaba en balde su paradero y hasta lamentaba y lloraba su por él imaginada temprana muerte. Lo mejor que podía yo hacer, y eso he hecho, es enviarle á Montilla, á que tranquilice y aquiete á su hermano, exigiéndole, como le he exigido, y él cumplirá su promesa, no revelar nunca á su hermano quién le robó y le tuvo prisionero. Mi deseo es que se restablezca la concordia entre vuestra casa y la de ellos, y sería nuevo inconveniente para que mi deseo se lograse que D. Alonso supiera que el mariscal don

Diego, de quien tantos agravios ha recibido, le había agraviado también siendo el raptor de su hermano, á quien quiere con toda su alma.

–No es de maravillar ese cariño—dijo D. Diego,–porque el joven posee extraordinarios atractivos, se gana la voluntad de las personas á quien trata, aunque sean muy adustas, y si á él le roban toma represalias terribles, y según parece, roba los corazones, y los trastorna y los hechiza por tal arte, que les hace olvidar los más sagrados deberes y el conveniente decoro.

Subió la sangre al rostro de doña Mencía y le tiñó de rojo al escuchar aquellas palabras; pero con serenidad y calma, para que lo que había resuelto no se atribuyese á momentáneo arrebato, sino á resolución premeditada é irrevocable, dijo á don Diego de esta suerte:

–No hubiera yo presumido ni creído nunca, Sr. D. Diego, que faltando á nuestro parentesco, á nuestra amistad de toda la vida y á cuanto un caballero cortés y bien nacido debe de respeto á una dama, hubierais vos venido á mi propia habitación y estrado á insultarme con injuriosas reticencias. De nadie dependo, y sólo á Dios tengo que dar cuenta de mi conducta. Aunque fuese mala, no tenéis derecho para afrentarme ni para acusarme, siquiera sea en términos embozados y ambiguos. Respetad á una mujer como á vuestra hidalguía

conviene. Y ya que juzgáis que yo me he conducido mal en lo que importa al servicio de vuestra casa y familia, yo me extraño desde este instante de dicho servicio. Por lo pronto, os ruego, dije mal, os exijo, que salgáis de mi presencia. No tardaré yo en evacuar el castillo y fortaleza cuya custodia me habíais confiado. El alférez Calixto de Vargas quedará mandando la hueste, y dentro de veinticuatro horas os hará entrega de todo. Yo me extraño, como acabo de deciros. Mañana mismo saldré de aquí, llevando en mi compañía á Nuño, á su hija Leonor y á Juan Moreno Güeto. El mayor favor que podéis hacerme es no volver á acordaros de mí, y no empeñaros en averiguar ni adónde voy, ni cuáles serán en lo futuro mis propósitos y las andanzas de mi vida.

Aunque harto sabía D. Diego que era irrevocable toda resolución que tomaba su prima, y que su carácter era más firme que la roca en que descansaba el castillo á que ella había dado su nombre, todavía D. Diego hubiera querido contestar á aquel discurso y procurar amansar á la dama; pero ella lo estorbó retirándose de súbito á su habitación más reservada y cerrando la puerta de golpe.

No se atrevió el Mariscal á seguirla; no quiso tampoco enterar á nadie de los términos poco amistosos con que aquella entrevista había terminado, y así, aparentando reposo y sin dejar

traslucir lo que pasaba, salió del castillo con los escuderos que le habían acompañado, y se volvió á Baena.

VI.

Cruel y deshecha tempestad de encontrados sentimientos hubo de agitar aquella noche el alma de doña Mencía. Durmió poco y se levantó del lecho apenas rayaba la aurora.

Como si le quedasen pocas horas de vida y estuviese á punto de desaparecer de sobre el haz de la tierra, dispuso de todos sus bienes, haciendo donación de las joyas, de los más ricos vestidos y de parte de sus cuantiosos ahorros á favor de Leonor, su fiel camarera.

Hallándose presente ésta, así como también el padre Atanasio, hizo venir á Juan Moreno Güeto y le indujo á contraer con Leonor solemnes esponsales, que autorizó el padre Atanasio, prometiendo, por su parte, ser pronto el ministro que santificase por la virtud del sacramento la unión de los novios.

Confió doña Mencía al padre Atanasio una respetable suma de dinero para que la repartiera con juicioso tino entre los soldados de la hueste y los campesinos pobres de las cercanías.

Y reservó, por último, buena porción de su caudal para entregarla á la Superiora del convento de Santa Clara en Córdoba, antigua fundación del rey D. Alonso *el Sabio* y de su mujer la reina doña Violante, hija de D. Jaime de Aragón, el que ganó á los moros la ciudad de Valencia. En aquel convento había determinado doña Mencía encerrarse para siempre y acabar su vida.

A fin de cumplir tan devota determinación, de que sólo dió noticia entonces al padre Atanasio, se despidió de la hueste como si tratase de hacer una breve ausencia, y acompañada solamente del mencionado padre, de Nuño y del futuro yerno de éste salió para Córdoba aquel mismo día.

Como los cuatro iban en sendos caballos, ligeros y briosos, pudieron llegar, y llegaron, antes de anochecer á la antigua capital del califato.

Doña Mencía tardó poco en cumplir su propósito. Abandonó el mundo, y se retiró al convento de Santa Clara. El padre Atanasio y Juan Moreno Güeto volvieron al castillo inmediatamente. Nuño tardó algo más en volver, pues tuvo antes que llevar un mensaje á Montilla, cumpliendo las órdenes de su señora y el último de sus encargos, en relación y enlace con personas y cosas de esta vida mortal, del siglo y de la tierra que nos sustenta. Nuño llevó á Montilla, y entregó recatada y secretamente al hermano menor de D. Alonso de Agui-

lar una extensa carta, escrita por doña Mencía, y que decía de esta suerte:

VII.

„Cuando te despedí pocos días há desde el castillo, devolviéndote la libertad y mandándote y exigiéndote que la recobrases, no tuve valor aún para despedirme también de la esperanza de volverte á ver en este mundo, ¡oh, mi dulce y joven amigo! Tomada estaba ya y escondida en el centro de mi alma la firme resolución de no volver á verte nunca; pero no quise decírtelo hasta ahora. Ahora que te lo digo, ahora que por última vez voy á hacer que mi palabra llegue hasta tí, aunque sea desde lejos, Dios habrá de perdonarme si me complazco en recordar mi extravío, no ya para llorarle y lamentarle arrepentida, sino para deleitarme y glorificarme con su recuerdo. Toda la austeridad de mi vida durante veinte años, todo mi primer amor, suavemente conservado en la memoria con afán religioso y puro como rescoldo del fuego sagrado entre las cenizas del ara, y mi orgullo y el respeto debido al nombre que llevo y á mi decoro de honrada y casta matrona, todo se desvaneció y falleció en mi alma al ver tu rostro y al oir tus palabras, acaso desde la vez primera que me hablastes. No creas que me ofusqué, que me

cegué y que no comprendí desde el primer momento la intensidad y la fealdad de mi delito y el casi irresistible impulso que á cometerle me llevaba. Claro apareció en mi conciencia el amor que me habías inspirado, y cuán abominable lo hacía la gran diferencia de nuestra edad, más propia que para convertirme en amiga ó en esposa tuya para prestarme, con relación á tí, por manera espiritual, el casto y limpio carácter de madre.

„Yo, con todo, no supe resistirme. Fué mi pasión tan vehemente que, no ya inútil, necia y vulgar me pareció la resistencia. Hasta en la misma tardanza ví yo algo de mezquino y grosero que aparecía en mi mente como frío artificio y estudiado melindre de mujer que anhela vender más caras sus finezas y realzar más de lo justo el precio y valer de sus favores retardando el concederlos. No extrañes, pues, que, vencida y rendida yo, cayese desde luego en tus brazos sin defenderme y te diese mi corazón y fuese toda tuya.

„Había yo querido antes cohonestar la inclinación que hacia tí había sentido, imaginándote vivo retrato del hombre á quien yo había amado en mis primeras mocedades, y á quien había llorado largos años después de muerto. Pero no tardé en desechar este pensamiento, considerándole cobarde hipocresía con que mi entendimiento, más mentiroso que sutil, trataba de atenuar el poderoso

conato de mi voluntad viciosa. No; no me pareciste semejante á D. Jaime, sino mil y mil veces mejor que él. Su imagen, grabada en mi alma, se borró y desapareció no bien vino tu imagen á estamparse en ella como sello y marca de esclavitud que la hace tuya para siempre. Ni el temor de la maledicencia, ni el odioso pensamiento de que hasta tú mismo pudieras menospreciarme y tenerme por liviana, nada me contuvo. La fuerza, no obstante, que no bastó para detenerme al borde del abismo y para salvarme de la caída, me ha valido luego para romper materialmente el lazo para huir de tí, para levantarme lastimada y penitente y refugiarme en este retiro. Yo no podía ser legítimamente tuya. Vivir de otra suerte á tu lado hubiera sido escándalo, ignominia y vergüenza. Los sabios consejos de mi confesor, á quien dominando el rubor que encendía y quemaba mi rostro, mostré la herida de mi alma para que la curase y el bálsamo de nuestra santa religión que él vertió en la herida me prestaron aliento y brío para desbaratar las cadenas en que me tuviste aprisionada, para apartarte de mí y para tomar luego la determinación que he tomado.

„Dios, en su infinita misericordia, habrá de perdonármelo. No acierto á que así no sea. Ahora que me dirijo á tí acuden á mi mente, la turban y la llenan de amargo deleite aquellos momentos de

embriaguez amorosa y de completo abandono en que toda yo fuí para tí y creí que eras tú todo mío.

„Resuelta estoy á restaurar con plegarias, cristianas meditaciones y dura penitencia la espantosa ruina en que mi virtud se deshizo. Humillada y contrita estoy, y con todo no noto en mí el arrepentimiento. A mi mente acuden en tropel ideas y razones, si no para justificar, para disculpar en parte mi pecado, y cuando no para absolverme, para mitigar la sentencia que me condena.

„A los indiferentes parecerá locura lo que voy á decirte. A pesar de tu modestia, tú debes creerme. Algo de sobrenatural, del cielo sin duda en su origen, aunque torcido y maleado después por el infierno, ha sido el móvil principal de mi enamoramiento y de mi súbita flaqueza. He sentido, al verte y al oirte, no atino á explicar qué extraño modo de profética revelación, qué profundo convencimiento, qué fe y qué segura esperanza en tus futuros y soberanos destinos. Sí, yo no he amado sólo en tu persona al gallardo y floreciente mancebo en toda la frescura y lozanía de su edad primera. Yo he amado y prefigurado en tí al héroe en flor, gloria y grandeza de la patria, al que contribuirá más que nadie á que Castilla, disuelta hoy en bandos y asolada por guerras civiles, con España toda unida á Castilla, sea la primera de las naciones. Yo, no sólo veía en tus ojos la llama del

amor, sino la luz refulgente y el fuego del entusiasmo con que un numen inspirador encendía tu alma. Yo veía lucir en tu frente la estrella de la inmortalidad, y su resplandor me cegaba: tus sienes se me mostraban circundadas de un nimbo luminoso.

„Así explico yo y así disculpo mi inevitable rendimiento; así explico yo y así disculpo también el valor cruel que he tenido para echarte lejos de mí y para apartarme de tí, después y por siempre. Reteniéndote en mis brazos me hubiera rebelado yo contra los designios y decretos del cielo. La gloria te quiere para sí, y yo no quiero ni puedo ser rival de la gloria. Básteme la que alcanzo con haber poseído tu corazón y con que me hayas tributado las primicias de tu amoroso y juvenil afecto. Básteme, sobre todo, la gloria de haber sido acaso el primer ser humano que ha visto con toda claridad en tu frente el signo que Dios puso en ella, señalándote así para que honres, prosperes y ensalces á tu pueblo y para que venzas y domines á los otros.

„Adiós. No me llores por desventurada. ¿Por qué no confesártelo? Estoy orgullosa y soy dichosa por mi propia falta. La única obligación tuya, lo único que me debes es el cumplimiento de mi esperanza y de la fe que puse en tí. No desmayes. Lánzate valerosamente en el sendero de la vida. Sé

grande, sé glorioso, como yo te he soñado, y paga así con usura todo el amor que te tuve y que te tengo todavía, y cuantos sacrificios hice á ese amor justificado por tu maravilloso valer y harto premiado por el deleite supremo que logré al ser tu amada.

„No quiero yo que me olvides, dueño mío. Tuya soy yo, toda yo y por toda la vida. Recuérdame, pero más con ternura que con pena. Y adiós de nuevo y para siempre".

Cuatro años después de escrita esta carta, doña Mencía, apartada del mundo y de todo trato de gentes, salvo el de sus hermanas las religiosas, se consumió como si un fuego interior la devorase, se marchitó como rosa aromática en el ardor del estío, y entregó á Dios su alma en el convento de Santa Clara de Córdoba, edificando con su resignada, ejemplar y cristiana muerte á las pocas personas que por entonces la trataban.

VIII.

Más de cuarenta años habían transcurrido desde la muerte de doña Mencía.

Gonzalo Fernández de Córdoba se hallaba de paso para Granada en la ciudad que se honra con darle su nombre por apellido.

Todos los ensueños de doña Mencía se habían realizado. Estaba él cubierto de gloria, era llamado el Gran Capitán. Su nombre se pronunciaba y se oía con respeto en todas las regiones de Europa. De él había dicho el más discreto y perfecto caballero cortesano que en aquella edad tuvo Italia, que „en paz y en guerra fué tan señalado, que si la fama no es muy ingrata, siempre el mundo publicará sus loores y mostrará claramente que en nuestros días pocos reyes ó señores grandes hemos visto que en grandeza de ánimo, en saber y en toda virtud no hayan quedado bajos en comparación de él“. Él había combatido á los portugueses en Toro, á los muslimes en Granada, en las Alpujarras á los moriscos rebeldes, en Ostia al más feroz de los piratas, al turco en Cefalonia, y en Italia á los franceses, desbaratando sus ejércitos, venciendo á sus reyes y más ilustres caudillos y ganando para España lo más hermoso de aquella península. Había adquirido y prodigado inmensas riquezas, había ganado como trofeo de sus victorias más de doscientas banderas y dos estandartes reales, y había conseguido que le celebrasen y admirasen en toda España, así en Aragón como en Castilla.

Víctima ya de la suspicacia, y tal vez de la envidia del Rey, se retiraba harto desengañado á sus dominios de Loja, después de haber visto arrasada la fortaleza de Montilla, que fué su cuna, y cas-

tigados con dureza no pocos de sus parientes y amigos.

Se cuenta que Gonzalo visitó un día á su anciana parienta doña Beatriz Enríquez, que había sido amiga del ya difunto almirante D. Cristóbal Colón, á quien retuvo largo tiempo en España á pesar de los desdenes de la Corte.

Contra la sentencia del Dante, tan á menudo citada, no siempre es doloroso, sino sabroso y dulce, el recuerdo de la edad feliz, de los amores juveniles y de los triunfos y venturas que entonces se lograron. Doña Beatriz, en su vejez y en su aislamiento, se sintió consolada al ver y al hablar á su glorioso deudo. Animada fué la conversación que con él tuvo.

Doña Beatriz se mostró expansiva y acabó por estar justamente jactanciosa. Declaró con orgullo que tenía por gloria suya el haber amado al aventurero genovés, el haber descubierto y reconocido todo el valer de su espíritu y el haber creído y esperado en la alta misión que le habían confiado los cielos, cuando todavía eran muy pocos los hombres que no le desdeñaban.

—Por mí—dijo—se quedó en España aquel hombre enviado de Dios. En gran parte me debe España la gloria de haber roto ella el misterioso secreto de los mares y de haber descubierto islas florecientes y extensa tierra firme, rica en perlas y

en oro, que todavía se pone como valladar para impedirnos llegar á Cipango, al Catay y al imperio del preste Juan, por donde ya penetran los portugueses, siguiendo opuestos caminos y navegando hacia las regiones donde se pensaba que tenía su tálamo la Aurora.

El Gran Capitán comprendió y aplaudió el orgullo de su parienta; pero su mismo aplauso hizo brotar en su alma otro orgullo muy parecido. Gonzalo Fernández de Córdoba no supo contenerse, y dijo á doña Beatriz:

—Yo admiro la perspicacia de vidente y la fe profunda y la esperanza certera con que amaste y detuviste al inspirado piloto. Pero perdona mi vanidad. No has sido tú en esta época la única cordobesa á quien hizo el amor profetisa. Otra hubo antes que tú, que compitió en esto contigo. No merece tanto, porque el hombre cuyo valer futuro descubrió ella en su amorosa visión profética, vale mil y mil veces menos que el que por esfuerzo de su reveladora inteligencia y de su enérgica voluntad ha duplicado ó triplicado la grandeza del mundo conocido, y ha magnificado el concepto de la creación en toda mente humana. Comparada á la gloria de ese hombre, vale poco la que se alcanza derrotando ejércitos, conquistando reinos y avasallando y humillando á los príncipes más poderosos. Merece, sin embargo, más que tú esta mujer de

que te hablo, porque tú no revelaste á Colón mismo lo que él ya sabía de su propio valer. Tú le prestaste crédito, aliento y esperanza y confianza en los hombres y en su fortuna; pero esta mujer de que te hablo, en su exaltación de amor hacia mí, porque fué mi enamorada, no se limitó á darme crédito, aliento y esperanza, sino que hizo patente á mi alma la por ella soñada grandeza que mi alma tenía, me infundió la fe que en mí puso, convirtió mi ambición en deber de gratitud hacia ella, y me obligó á ser grande para que ella no fuese, ni motejada de ligera, ni tenida por mentirosa.

El Gran Capitán no supo callar entonces. Contó á doña Beatriz los fugitivos amores de su mocedad primera. Y hasta hay quien dice que le citó, asomando el llanto á sus ojos, algo de la carta que le había escrito doña Mencía, y que él conservaba piadosamente en la memoria.

Gonzalo dijo por último:

—Quiero confesarte, con el debido sigilo, que después he amado á otras mujeres y he sido amado por ellas. Ninguna, sin embargo, ha derribado y arrojado del santuario de mi alma la venerada imagen, puesta allí sobre todo lo terrenal y caduco, de la mujer que me reveló á mí mismo mi ser propio: que tal vez con la virtud creadora de su amor sembró en mi espíritu el germen de todo lo

bueno y de todo lo noble que he podido hacer en mi vida.

Al referir esta historia que me contó D. Juan Fresco, y cuya certidumbre confirmó, hasta cierto punto, mi querido amigo D. Aureliano, no puedo menos de recordar un estudio que escribió y publicó, años há, Rosa Cleveland, hermana del que fué Presidente de los estados Unidos. El estudio se titula *Fe altruista,* y procura demostrar que la capital misión de la mujer es la de revelar al hombre sus altos destinos, alentarle en la lucha é inspirarle el brío y la confianza que son menester para alcanzarlos.

Madrid, 1897.

EL MAESTRO RAIMUNDICO



EL MAESTRO RAIMUNDICO

I.

En varios tratados de Economía política he visto yo una cuenta, de la que resulta que la industria de los zapateros en Francia ha producido desde el descubrimiento de América hasta hoy seis ó siete veces más riqueza que todo el oro y la plata que han venido á Europa desde aquel nuevo é inmenso continente. Esto me anima, sin recelo de pasar por inventor de inverosímiles tramoyas, á hablar aquí del maestro Raimundico.

Haciendo zapatos empezó á ser rico; acrecentó luego su riqueza, dando dinero á premio, aunque por ser hombre concienzudo, temeroso de Dios y muy caritativo, nunca llevó más de 10 por 100 al año; después fundó y abrió una tienda ó bazar, donde se vendía cuanto hay que vender, azúcar,

café, judías, bacalao, barajas, devocionarios, libros para los niños de la escuela y toda clase de tejidos y de adornos para la vestimenta de hombres y mujeres. El maestro se fué quedando también con no pocas fincas de sus deudores, y llegó á ser propietario de viñas, olivares, huertas y cortijos.

Ya no esgrimía la lezna, ni se ponía el tirapié, ni se ensuciaba los dedos con cerote; pero fiel á su origen, conservaba la zapatería, donde trabajaban expertos oficiales, discípulos suyos. El magnífico bazar estaba contiguo. Y junto á la zapatería y al bazar podía contemplarse la revocada y hermosa fachada de su casa, situada en la calle más ancha y central del pueblo. A espaldas de esta casa y en no interrumpida sucesión había patios, corrales, caballerizas, tinados, bodegas, graneros, lagar, molino de aceite, y en suma, todo cuanto puede poseer y posee un acaudalado labrador y propietario de Andalucía. La puerta falsa, que daba ingreso á estas dependencias agrícolas, pudiera decirse que estaba extramuros del pueblo, si el pueblo tuviera muros, mientras que la puerta principal, según queda dicho, estaba en el centro.

El maestro Raimundico nunca había querido comprometerse ni mezclarse en política; pero de súbito acababa de cambiar. Se había hecho fusionista y había consentido en ser jefe de aquel partido político y alcalde en Villalegre.

Era viudo hacía ya quince años. Y hacía cerca de siete que tenía á su único hijo, D. Raimundo Roldán de Cadenas, estudiando ó paseando y holgando en Madrid, pues sobre este punto difieren no poco los autores. Difieren asimismo sobre la causa de la larga y no interrumpida ausencia del hijo, atribuyéndola unos á la viudez más alegre que recoleta del padre, para la cual hubiera sido estorbo ó escándalo la presencia del hijo, y atribuyéndola otros al despego y á la soberbia de éste que vivía en Madrid como caballerito muy elegante é ilustre, que hablaba de su casa solariega y que repugnaba volver al lugar á ver la plebeya ordinariez de su padre y la primitiva y fundamental zapatería tenazmente conservada.

Como quiera que ello fuese, D. Raimundo se daba en Madrid tono de muy hidalgo, y su gentil presencia, su elegancia en el vestir y el dinero que solía gastar con rumbo, prestaban á su hidalguía no corto crédito. Él era además robusto y ágil en todos los ejercicios del cuerpo, gran tirador de pistola, florete y sable, buen jinete, mejor bailarín y muy divertido, ocurrente y chistoso. Tenía multitud de amigos y estaba en Madrid como el pez en el agua.

Hacía muy poco que se había graduado de Doctor en Jurisprudencia, y había enviado á su padre la tesis doctoral. El padre leyó con suma atención

las cuatro ó cinco primeras páginas, pero no entendió palabra, se mareó y dejó la lectura. Y como era muy escamón, se puso á cavilar entonces sobre si el no entender aquello sería culpa de su ignorancia, ó si sería, según frase de Cánovas, que hasta aquel lugar había llegado porque su hijo era un tonto adulterado por el estudio, ó si sería porque no había habido tal estudio ni tal adulteración, sino porque el chico había estudiado poquísimo, y para disimularlo había llenado su discurso de frases huecas, fiado en su audacia y en la simplicidad de muchas personas que lo que no entienden es lo que más admiran.

De todos modos, corregido ya el maestro Raimundico, morigerado por la ancianidad, reverdeciendo en su corazón el amor paternal sobre los restos de otros ya muertos y menos santos amores, y tal vez proyectando que el muchacho, que había cumplido veinticinco años, ganase popularidad y simpatías en el distrito para que fuese elegido diputado, le mandó llamar con términos harto imperativos y hasta dejando de enviarle dinero, que era el medio más eficaz de que podía valerse.

D. Raimundo, pues, no pudo menos de obedecer. Complació á su padre, vino á Villalegre y se halló en Villalegre muy á gusto.

Para que se vea la sinceridad de su contento y el placer y la satisfacción que en el lugar tenía,

vamos á poner aquí una circunstanciada carta que al mes de estar en Villalegre escribió D. Raimundo á su mejor amigo de Madrid. La carta decía como sigue:

II.

„Mi querido Pepe: Muy á despecho mío vine por aquí para no rebelarme contra los mandatos de mi señor padre; pero te declaro con franqueza que ahora me alegro en el alma de haber venido. Este lugar es lindísimo; los fértiles campos que le rodean hacen un paraíso de sus cercanías, y sus habitantes son amenos y regocijados. Yo aquí me divierto la mar. Y no sólo me divierto, sino que, ¿por qué no he de confesártelo? me siento como nunca me sentí en Madrid, perdidamente enamorado de una mujer. Pero ¡qué mujer, chico! Es un encanto, un prodigio de bonita. Y no sé decir si por desgracia ó por fortuna, de la más pasmosa severidad de costumbres. La llaman el Sol de Tarifa, porque de aquella ciudad salió ella como el sol por oriente. Tal es su apodo significativo. Su verdadero nombre es doña Marcela Gutiérrez de los Olivares, por ser viuda del teniente de la clase de sargentos, del mismo apellido, muerto en Cuba un año há, á manos de los insurrectos. Llora ella aún á su difunto marido, con cuya tía, doña Pepa, vive en este lugar en ejemplar recogimiento, y des-

deña y rechaza al enjambre de galanes que la pretende. Tremendo es uno de ellos por su obstinación y ferocidad. Es su nombre Currito el Guapo, y es hermano de la estanquera, mujer también de notable mérito, muy joven aún y famosa por su hermosura y gallardía. Currito, tan celoso de su honra como los galanes de Calderón en las comedias de capa y espada, no consiente que nadie requiebre á la estanquera si no viene con la buena fin. Y aplicando este modo de proceder de su casa á la ajena y de su hermana á su pretendida novia, no consiente tampoco que nadie se acerque á doña Marcela, ni le diga chicoleos, celándola de suerte, que ella vive aislada, porque Currito tiene metidos en un puño á casi todos los mozos del lugar. Navaja en mano es tremendo, y ya que no quiera por piedad abrir á nadie una gatera en el vientre, lo que es para pintar un jabeque en la cara al propio lucero del alba, no tiene el menor escrúpulo si se enoja. D.ª Marcela está con esto que trina, porque gusta de ser desdeñosa sin que el desdén parezca forzado, y porque no acepta la tutela, ó mejor dicho, el cautiverio en que galán tan crudo la tiene.

„Á fuerza de oir tales cosas, pues no es otro el principal asunto de las más frecuentes conversaciones de por aquí, pronto comenzó á hervirme la sangre contra la insolencia de Currito el Guapo. Me entraron ganas de libertar de su cautiverio á

doña Marcela. Y crecieron mis ganas y se hicieron irresistibles cuando ví, primero en la iglesia y después en la feria, á la recatada y joven viuda, con quien quise *timarme,* como decimos por ahí; pero, por lo pronto fué en balde mi conato, porque, sin duda, no lo consentían la modestia y la honestidad de la dama. ¿Qué no logran, sin embargo, la terquedad y la audacia de un mozo como yo, curtido en toda clase de aventuras y acostumbrado á los más peligrosos lances de amor y fortuna? Doña Marcela me miró al fin con mal disimulada complacencia; yo le hablé, valiéndome de la tía Pepa que desde niño me conoce, y, al fin logré, que en una de estas últimas noches, que fué de las más calurosas del verano, doña Marcela saliese á la ventana á tomar el fresco.

„Me hice como por casualidad el encontradizo y me puse á hablar con ella. No vayas á creer que es ninguna palurda. Culta y discretísima es su conversación. Y no sólo habla buen castellano si bien con un gracioso dejo tarifeño, sino que se explica corrientemente en inglés, por haber estado algún tiempo en Gibraltar, cuando era ella mocita soltera, acompañando á su padre, que iba allí para asuntos de comercio. Pero aquí entra lo trágico. Embelesado y engolfado estaba yo charlando con doña Marcela, á ratos en andaluz y á ratos en inglés, cuando la temerosa aparición de Currito

el Guapo, vino á interrumpir nuestro palique.

„—¡Huya usted, por Dios!—exclamó ella con voz trémula y llena de susto.—Ahí viene ese monstruo que sin que yo le haya dado motivo es en este lugar el tirano de mi vida. Sálvese usted, caballero. Currito viene navaja en mano y puede escabechar á usted en un santiamén. Como es loco frenético no repara en nada. No es cobardía sino prudencia, escapar de ese foragido.

„Ya te harás cargo Pepe de que yo no hice caso ninguno de aquellas medrosas exhortaciones. Me enredé la capa en el brazo izquierdo y saqué de la vaina una larga y recta espada de caballería que llevaba á prevención conmigo. Currito no se arredró por eso, sino que cayó sobre mí, ora agachándose, ora dando brincos, ora acometiéndome por un lado, ora por otro. Por dicha, y si he de decir la verdad, yo sospecho que él no tenía gana de herirme, sino de asustarme. Y como yo también tenía más ganas de asustarle que de herirle, aquella á modo de danza, duraba ya demasiado y se hubiera hecho interminable, á no ser por los gritos que daba doña Marcela pidiendo socorro.

„Los gritos no fueron inútiles. Aunque ya era tarde, acudieron muchos vecinos y bastantes mozos que andaban de ronda, y Currito y yo nos vimos forzados á poner término á nuestro descomunal combate, envainando yo la espada sin ensan-

grentar todavía, y doblando él su truculenta navaja, que era de virola y golpetillo, y produjo al cerrarse ruido muy temeroso.

„Allí intervinieron y mediaron en nuestra contienda las personas de más respeto, que habían acudido y que en torno nuestro formaban corro, y casi nos obligaron á echar pelillos á la mar, á hacer las amistades y á convertir las casi homicidas manos en cariñosas, enlazándolas y apretándolas generosamente.

„Desde entonces veo y hablo por la reja á doña Marcela todas las noches, sin que Currito me perturbe. Y doña Marcela se me muestra agradecidísima por haberla yo libertado de aquel espantajo ó bú que sin querer ella la defendía como el dragón en *Las tres toronjas del Vergel de amor* y en otros cuentos de hadas.

„No imagines por eso que estoy más adelantado en mis pretensiones. La virtud de doña Marcela es más firme que una roca, aunque para mi amor más que roca es *lata*. Erre que erre está ella siempre, volviendo por su honor, también como las damas calderonianas, por donde me temo que voy á sufrir constantemente el suplicio de Tántalo, ó voy á tener que hacer la barbaridad ó digamos la *plancha* de acudir al cura. Porque eso sí, doña Marcela tiene poquísimo dinero, pero lo que es en punto á conducta, ni las lenguas más maldicien-

tes, y no son pocas las de este lugar, se atreven á decır nada contra ella ni á empañar con ponzoñoso aliento el terso y limpio espejo de su fama.“

Este era el contenido de la epístola, salvo los saludos y cumplimientos de costumbre que en obsequio de la brevedad se omiten.

III.

Se cuenta que el maestro Raimundico era escéptico por naturaleza, dudaba mucho de todo y apenas se decidía á formar juicios, sin examinar antes detenidamente las cosas y enterarse bien de ellas. Sobre su hijo hacía tiempo que tenía su juicio en suspenso, sin decidir si el chico era discreto ó tonto. Tratar de ponerlo en claro era uno de los propósitos que tuvo al llamarle al lugar. Desde que estaba en él, le espiaba, le estudiaba y le seguía recatadamente los pasos. Prevalido además de su posición de alcalde, interceptó la carta que acabamos de poner aquí, la abrió y la leyó. El maestro se desconsoló con aquella lectura é imaginó que al chico le faltaban por lo menos dos ó tres tornillos en la cabeza. Doña Ramona, hermana del maestro y viuda del pellejero, quería mucho al chico, de quien había cuidado en la niñez, y sostenía que su candor no debía calificarse de simplicidad, sino de

exceso de imaginación poética. Una vez cortados los vuelos de esta imaginación, el chico, según doña Ramona, sería apto para todo, se abriría camino y subiría como la espuma.

—Cortemos, pues, los vuelos de la imaginación del chico, dijo para sí el maestro, y mostrémosle la realidad tal cual es.

Después de haber recapacitado, formado su plan, y hecho los convenientes preparativos para realizarle, el maestro, á solas una noche con su hijo, en la principal sala alta de la casa, al toque de ánimas, le habló de este modo:

—Mira, Raimundo; tú eres hijo de un zapatero y no puedes ni debes presumir de aristócrata; pero no conviene tampoco que por seguir ciertas opiniones, muy de moda en nuestros dias, te des á creer que las almas heroicas, el semillero de las virtudes y de las proezas y los corazones donde brota el germen de los más nobles sentimientos, se hallan en las tabernas y en los presidios, y que la educación esmerada más bien agosta y comprime que desenvuelve tan excelentes facultades. Quien piensa así es lo contrario de progresista, ya que debe entender que nada conduce mejor á la virtud que retroceder al estado selvático. Tu padre, con su zapatería hubiera entonces contribuido no poco á la corrupción humana, porque los hombres calzados deben de ser mil veces más perver-

sos que los descalzos. Pero no quiero aturrullarme. Ya no sé lo que te digo. Discursos, pues, á un lado. Y así, en vez de abrir los oidos para oirme, abre bien los ojos para ver lo que ocurra en la tertulia que voy á tener aquí, echando una cana al aire y renovando esta noche, por extraordinario, mis retozonas costumbres de otros días.

Doña Ramona, hermana del alcalde y viuda como él, fué la primera que se presentó en la sala. Tres años hacía que había muerto su esposo el pellejero, pero la fabricación, la recomposición y el despacho de corambres, seguían más florecientes que nunca, si bien en aquellos últimos meses había surgido y continuaba una crisis en los asuntos de doña Ramona. Currito el Guapo, su más aventajado oficial, hábil como nadie en remendar y zurcir cueros y sobre todo en poner botanas, se había despedido de casa de la maestra, y se había lanzado en la vida heroica del jaque, buscando aventuras y aterrando á toda la gente pacífica de la población. Naturalmente la pellejería de doña Ramona se resentía ya y empezaba á perder crédito y marchantes con la retirada de Currito.

Las malas lenguas del lugar daban por causa de esta retirada el sobrado empeño de Currito en vigilar y celar á doña Ramona, aislándola de todo pretendiente, y el amor de ésta á la libertad y su indómito aborrecimiento á todo linaje de tutela.

Currito salió, pues, de su casa, como de estampía; y, según hemos visto, se puso á ejercer su misión avasalladora y morigeradora de mujeres, en defensa y custodia de su hermana la estanquera y del resplandeciente Sol de Tarifa, de quien estaba ó aparentaba estar enamorado. Se sonaba, no obstante, en el lugar que el verdadero objeto del amor de Currito era la maestra doña Ramona, la cual no había cumplido aún cuarenta años, estaba colorada y sana, y por los bríos y robustez de sus frescas y apretadas carnes era una bendición de Dios y daba gloria verla. Recelaba la gente que los amores de Currito por el Sol de Tarifa eran fingidos ó por lo menos fruto de anterior despecho amoroso y que estos amores ponían la mira, más ó menos conscientemente, en dar picón á doña Ramona.

La segunda persona que acudió á la tertulia fué el ciego organista, D. Antonio, á par que gran músico y maestro en el órgano, hábil tocador de guitarra, así rasgueando como de punteo.

El Sol de Tarifa entró poco después en la sala, seguida de la tía Pepa. Y vinieron, por último, y según vulgarmente se dice, con este melón se llenó el serón, Currito el Guapo, acompañado de Rosita la estanquera, su linda hermana.

No había ni vinieron más convidados, porque el alcalde quiso que su tertulia fuese aquella no-

che de lo más íntimo, selecto y *cremoso* que en el lugar podía imaginarse. La sala, sin embargo, resplandecía como un ascua de oro, porque estaba iluminada con tres magníficos velones de Lucena de á cuatro mecheros cada uno y con algunas velas de cera que ardían en los candeleros de media docena de hermosas cornucopias, colgadas en las paredes sobre el rojo damasco que las tapizaba.

El maestro Raimundico sabía vivir y vivía con todo el boato y la pompa que conviene á un señor lugareño. Y ya se presentía por ciertos indicios y hasta se olfateaba y casi se mascaba, merced al grato tufillo y á los vapores crasos que al través de pasadizos llegaban desde la cocina á la sala, que aquella noche iba á haber allí pavo en arrope, y no sólo *refrescanda,* sino *papandina* también, y de lo más delicado y costoso.

IV.

El maestro Raimundico había leído no pocos periódicos y algunos libros, iniciándose en varias ciencias morales y políticas, y sobre todo en una novísima, que las comprende casi todas, y que se llama Sociología. Mas no por eso presumía de orador, de sabio ó de hombre de consejos. Su orgullo se cifraba en ser hombre de acción y com-

pletamente práctico. No aseguraré yo que él hubiese leído los *Ensayos* de Lord Macaulay, aunque me parece que hay de ellos versión castellana; pero, si no los había leído, su mérito era mayor, pues coincidía con el positivista noble Lord en uno de sus más singulares pensamientos. Séneca había compuesto un elocuentísimo discurso contra la ira, lo cual de nada sirvió, ya que no se sabe de sujeto alguno que haya dejado de ponerse iracundo y de hacer mil barbaridades, convencido y corregido por los razonamientos de Séneca. Y como no se sabe que nadie haya ido con zapatos sin que los haya hecho algún zapatero, así el Lord como el maestro Raimundico inferían, con juiciosa dialéctica, que es más útil que Séneca, en toda sociedad humana, el más humilde de los zapateros. El maestro Raimundico, por consiguiente, como era ó había sido zapatero y como nunca había sido humilde, se estimaba en mucho más que Séneca, sobre todo en lo tocante á utilidad y arte de la vida.

Despreciaba ó aparentaba despreciar la oratoria; pero, sin darse cuenta de ello, y dejándose arrebatar de sus convicciones, echaba á menudo discursos, si bien más que floridos, enérgicos y breves.

Veamos ahora lo que dijo á Currito el Guapo, hallándose presentes las demás personas que hemos enumerado:

—Tu modo de proceder, amigo Currito, me tiene ya harto, y como soy alcalde no he de consentir que siga. Nadie te ha dado el encargo de vigilar y de celar á las muchachas y de hacer el papel, navaja en mano, de Catón censorino. Ya sabes tú que yo pertenezco al partido liberal, que gusta ahora de la autonomía y la concede á varias provincias de Ultramar. Considera, pues, si no quieres enojarme, á tu hermana Rosita y á mi señora doña Marcela, y déjalas autónomas, ó sea en completa libertad de hacer cuanto se les antoje. Sólo así y no por violencia, miedo ó tutela constante, tendrá verdadero mérito que resplandezcan en ellas la entereza y la persistencia con que mantienen su inmaculada virtud, defendiéndola de todos los ataques y asechanzas de los galanes seductores. Si ellas quieren de verdad que no entre en sus dominios contrabando ni matute, no es menester que tú asustes ni que mates á los contrabandistas y matuteros. Y si ellas quieren contrabando ó matute le habrá aunque mates á docenas á los matuteros y contrabandistas. No puede ser el guardar á una mujer, ha dicho no sé qué sabio, y con sobrada razón á lo que entiendo. En suma, aunque el sabio no tuviera razón ni yo tampoco, yo tengo aquí la autoridad y la fuerza, que para el caso importan más que la razón, y te declaro que si continúas amedrentando á la gente, á mí no me ame-

drentas, y te empapelo, y si me empeño te envío á Ceuta ó á Melilla para que allí luzcas tu valor matando moros. Si eres tan animoso, ¿por qué no te vas á Cuba ó á Filipinas á espantar y á vencer á los rebeldes en vez de espantar al pacífico vecindario que yo gobierno ahora?

—Yo, maestro, me hallo bien en este lugar, y maldita la gana que tengo de ir á Cuba ó á Filipinas. Con que así no me amenace usted, que ya procuraré enmendarme. De todos mis furores tiene la culpa la penilla negra, y de la penilla negra que hay en mi corazón, bien me sé yo quién tiene la culpa.

—Aquí intervino doña Ramona y dijo:

—Ea, hermano, déjate de sermones, que aquí no hemos venido á sermonear sino á divertirnos. Ya se enmenderá Curro y se pondrá más suave que un guante. D. Antonio, rasguee usted esa guitarra y que bailen el fandango estas niñas. Currito tiene buena voz y mejor estilo y cantará las coplas.

No fué menester decir más. El organista tocó un fandango estrepitoso.

Doña Marcela y Rosita bailaron con gracia y primor, repiqueteando las castañuelas.

El maestro Raimundico, la tía Pepa y doña Ramona batieron palmas. Fué tal el estruendo que armaron que no parecía que hubiese allí siete sino setecientas personas.

Cuando las palmas y las castañuelas cesaron y sólo sonó la guitarra, Currito cantó con voz sentimental y suave la copla siguiente:

Atame con un cabello
á los palos de tu cama,
y aunque el cabello se rompa
no hay miedo que yo me vaya.

Mostró Currito al cantar inspiración tan amorosa y miró con ojos tan de carnero á medio morir á doña Ramona, que estaba sentada cerca de él, que doña Ramona no acertó á dominarse por más tiempo; sintió que se derretía y hasta que se evaporaba el hielo de sus desdenes; y, desechando sus propósitos de resistencia y echando á rodar hasta cierto punto su señoril ó *magistral* recato, dijo dirigiéndose á Currito:

—Vamos, hombre, si al fin ha de ser, no quiero molestarte más. Mejor es vergüenza en rostro que mancilla en corazón. No te ataré con un cabello, pero voy á atarte con este hilo, de la lana con que, sin que tú lo supieses, te estaba haciendo calcetines y pensando en tí, ¡ingratón, prófugo, arrastrado!

Doña Ramona sacó entonces de la faltriquera de su delantal un enorme ovillo de lana parda, que allí tenía, desenvolvió un par de metros, hizo un lazo corredizo y se le echó á Currito cogiéndole por el pezcuezo y teniéndole por el otro extremo á modo de brida.

Aplaudieron todos que al fin se hubiera humanado la maestra y aplaudieron más aún que, en virtud de nuevas declaraciones y promesas de Currito, se reconociese y se proclamase allí la autonomía de Rosita y de doña Marcela. Para solemnizarla, ambas niñas bailaron unas sevillanas con notable garbo y maestría.

Tres doncellas, de la servidumbre del maestro Raimundico, las tres muy aseadas y graciosas, sirvieron luego la cena en el comedor contiguo.

En Villalegre se vive aún á la antigua usanza. Todos los vecinos acomodados comían la sopa y el puchero á las dos de la tarde. No se ha de extrañar, por consiguiente, que los asistentes en la tertulia tuviesen voraz apetito á eso de las once de la noche en que se sirvió la cena.

En ella hubo lomo de cerdo en adobo, conservado en manteca, semejante á líquidos rubíes por el color rojo que le prestaba el aliño. Hubo también pavo asado y boquerones; exquisito vino de los Moriles; y, para postres, frutas y piñonate. Por último, como apéndice y complemento de festín tan opíparo, chocolate con hojaldres, mostachones y bizcotelas.

El festín fué todavía más regocijado y alegre que suculento, prolongándose hasta las dos de la madrugada.

Como despedida, quiso el maestro Raimundico

poner el sello y dar la conveniente firmeza á lo que allí se había concertado. Impuso silencio y habló de esta suerte:

—Yo tengo en Chinchón un excelente amigo, llamado D. Arturo González, el cual es tan profundo sociólogo como hábil fabricante ó cosechero de aguardiente de anís doble. De este producto suyo me ha enviado algunas botellas, en cuyo marbete, que hoy se llama *etiqueta,* se lee con asombro: *Espíritu-Sociológico ó líquido altruista.* Yo he querido competir con mi amigo D. Arturo, y sin robarle su *marca registrada* he hecho aguardiente de anís doble también, que es tan altruista y tiene un espíritu tan sociológico como el suyo. Estas muchachas traerán en sendas bandejas copas y aguardiente de Villalegre y de Chinchón. Cada uno de nosotros se beberá dos copitas, una de cada clase, dirá cuál le parece mejor, y brindará luego, así por el futuro consorcio de mi hermana y de Currito el Guapo, como por la gloriosa autonomía y plena libertad de Rosita y de doña Marcela.

En efecto, trajeron el aguardiente, y cada uno bebió dos copas. Los pareceres se dividieron. Hubo quien votó por Chinchón, y hubo quien votó por Villalegre; pero, como cada cual bebió por lo menos segunda copa del aguardiente que le pareció mejor, el resultado vino á ser que salieron á tres ó cuatro copas por barba.

Todo fué luego regocijo y afecto mutuo, y quedó demostrado que ambos aguardientes eran altruistas y estaban dotados de igual espíritu sociológico.

Entonces el cortesano D. Raimundo, merced á varios evidentes indicios, no tardó en convencerse de que la virtud de doña Marcela no era cosa del otro jueves, ni con autonomía, ni sin autonomía.

Pocos días después se volvió D. Raimundo á la corte, convencido ya de que los inocentes idilios no son más fáciles que en ella en los más rústicos y apartados lugares. En la corte se olvidó pronto de doña Marcela, puso la mira en distinguirse como personaje político, logró salir diputado, y hay quien asegura que es hombre de gran porvenir, que llegará á ser Director General, Embajador ó Ministro, y que al cabo el Gobierno español, ó cuando no el pontificio, le concederá el título de Conde de Cartabón ó de Hormabella.

Doña Marcela, reconociendo que Villalegre es mezquino recinto para sus expansiones y propósitos, se ha ido á Tarifa, su patria, y desde Tarifa ha pasado á Gibraltar, cuya reconquista tal vez haga. Lo cierto es que así como á los Escipiones y á otros héroes de la antigua Roma, los apellidaron el Africano, el Numantino, el Británico y el Germánico, según la ciudad de que se habían apoderado ó según la nación que habían subyugado, á

ella, sin dejar de ser nunca el Sol de Tarifa, la apellidan la Gibraltareña, y como tal es famosa y celebrada en las cinco partes del mundo.

Rosita se ha distinguido y ha prosperado menos desde que es autómata; pero tampoco se duerme en las pajas. Sigue con el estanco, y por comprarle tabaco, hasta los que antes no fumaban, ya fuman, y la Tacacalera hace en Villalegre doble ó triple negocio. Por comprarle sellos de correos no hay villalegrino que no escriba hoy más cartas de las que solía escribir. Y por último, Rosita vende tanto papel sellado que es una maravilla. Para explicarla racionalmente, hay quien da por seguro que ella no recibe ni acepta declaración alguna amorosa si no viene escrita en folios de á peseta.

Entretanto doña Ramona y Currito, convertido ya en maestro, son cada día más venturosos y prosperan mucho haciendo y vendiendo corambres. No sabemos cómo se las compone Currito, pero es el caso que nunca sabe á pez el vino que se echa en sus odres; que hace botas lindísimas; y que también construye otra clase de cueros muy apropósito para llevar en ellos aceite á las Alpujarras, porque los *mangurrinos*, que así llaman en Villalegre á los alpujarreños, no producen aceite. En cambio producen miel de caña ó de prima, de la cual miel llenan los arrieros los odres en que lle

varon el aceite, y la traen á la provincia de Córdoba. Esta miel hace las delicias de las golosas lugareñas cordobesas, que la sacan del plato á pulso empapando en ella pedacitos de pan, y luciendo así las lindas manos con los deditos engarabitados en forma de cresta de gallo.

No acierto á decidir qué lección moral pueda sacarse, ni qué tesis pueda probarse, en vista de los sucesos que he referido. Diré, pues, sencillamente, que cada cual saque la lección moral ó pruebe la tesis que se le antoje, ó no saque lección moral ni pruebe tesis alguna, con tal de que no se fastidie demasiado leyéndome.

Madrid, 1898.

GARUDA Ó LA CIGÜEÑA BLANCA



GARUDA Ó LA CIGÜEÑA BLANCA

I.

En las fértiles orillas del azul y caudaloso Danubio, no muy lejos de la gran ciudad de Viena vivía, hace ya cerca de medio siglo, la Condesa viuda de Liebestein, nobilísima y fecundísima señora. Al morir el Conde, su marido, le había dejado en herencia muchos pergaminos, poquísimo dinero, escasas rentas, abundantes deudas, y once hijos, entre varones y hembras, el mayor de dieciocho años.

La Condesa, con admirable economía, fué poco á poco pagando todas las deudas del Conde, y halló además recursos para dar carrera á sus hijos varones, que fueron militares, unos al servicio de Prusia, otros al de Austria, y otros al de Baviera. Casó además con caballeros de su clase, que todos eran Condes, y el que menos tenía dieciséis cuarteles, á cuatro de sus hijas, condesas también desde su nacimiento.

Conseguido tan difícil triunfo, la Condesa viuda vivía tranquila y retirada en el castillo ó mansión señorial que le había dejado en usufructo y de por vida su difunto esposo.

Las hijas casadas se habían ido con sus respectivos consortes. Los hijos, militares, andaban por los campamentos, ó de guarnición, ó asistiendo y sirviendo en distintas residencias imperiales y regias.

La Condesa se hubiera quedado sola con su servidumbre, si el cielo no hubiera dispuesto que el más alegre y entendido de sus hijos, cuando apenas tenía doce años, hiciese la travesura de montar en un potro cerril, que se despeñó y rodó con él por un barranco, dejándole lisiado para siempre, y tan cojo, que difícilmente podía salir de casa, á no tomar muletas, en vez de tomar las armas. El conde Enrique vivía en el castillo; acompañaba á su madre, y, pensador y estudioso, se iba haciendo gran sabio y leía mucho, porque en el castillo daba pábulo á su afición una copiosa y escogida biblioteca, fundada hacía siglos por sus antepasados y acrecentada de continuo.

No pequeña parte del castillo estaba muy cómoda, elegante y hasta ricamente amueblada aún, gracias al esmero cuidadoso de la Condesa viuda. Tapices flamencos cubrían las paredes de dos amplios salones. Los antiguos muebles se hallaban en

perfecto estado de conservación. En las alcobas había camas de roble primorosamente esculpido y con colgaduras de damasco. Varios retratos de familia, de pomposas damas y de caballeros armados, prestaban autoridad á las habitaciones y les ponían muy aristocrático sello. Durante los fríos y las nieves invernales se estaba allí muy á gusto, gracias á enormes chimeneas donde podían arder troncos enteros de encina y á colosales estufas de loza vidriada que había también en no pocos cuartos. Pero el edificio era vastísimo, y proporcionalmente era pequeña la porción de él que se conservaba amueblada y habitada. Largas y desiertas galerías, salas sin muebles, pasadizos misteriosos y estrechas y torcidas escaleras que bajaban á los profundos sótanos ó subían hasta lo más alto de las torres, prestaban al conjunto del edificio muy medroso aspecto y á la imaginación fértil y extenso espacio donde crear fantasmas y sobrenaturales prodigios.

Acostumbrada y encariñada la Condesa viuda con su antigua vivienda, nada, sin embargo, temía. Al contrario, tal vez se hubiera complacido ella en ver con los ojos de su cuerpo mortal y en hablar y en oir hablar á varias almas en pena de los progenitores de su marido, las cuales almas, según afirmaba el vulgo, solían aparecerse durante la noche, y andaban vagando por los más recónditos

camaranchones y obscuros escondrijos de aquel laberinto arquitectónico.

Tampoco el conde Enrique, algo descreído y volteriano, tenía miedo de lo sobrenatural. Casi sobrenatural se consideraba él mismo. Vivía artificialmente, merced á un severo régimen y á la atinadísima ciencia de su médico. En su primera mocedad, y, á pesar de su cojera, había gozado de mejor salud relativa, y había podido pasar largas temporadas en Viena, asistiendo á las aulas y dedicándose al estudio. Empeoró después su salud y se encerró tan obstinadamente en el castillo, que nunca salía de él y acompañaba siempre á su madre. Por su carácter era un ángel, y por su facha, á no ser tan bondadoso, hubiera parecido un demonio, aunque por lo feo y pequeñuelo no dejaba de parecer un duende.

El ser que iluminaba el castillo con esplendores de poética hermosura, era la gentil Poldy, única hija de la Condesa viuda, que permanecía soltera, aunque frisaba ya en los veintiocho años.

Como era muy distraída y muy corta de vista, y tenía, si es lícito valernos de una expresión gráfica aunque harto vulgar, grandes humos aristocráticos, apenas había tratado ni fijado siquiera la mirada en individuo alguno de la humanidad circunstante, como no tuviese por lo menos dieciséis cuarteles de nobleza. A los criados, á los campesi-

nos y á los desvalidos y pobres, sí los miraba, pero los miraba para protegerlos y ampararlos hasta donde alcanzaban sus medios y recursos. Lo que es de igual á igual, la condesa Poldy no trataba á nadie ni fijaba su atención en nadie como no fuera de su clase. Para excitar su caridad, para pedir consejo ó auxilio, toda criatura humana, por miserable y desvalida que fuese, podía llegar hasta ella, segura de que ella le tendería sin repugnancia sus blancas y piadosas manos, como las de Santa Isabel, reina de Hungría, sobre la inmunda cabeza del tiñoso; pero, si Poldy había de recibir á una persona en su estrado y conversar familiarmente con ella, esta persona necesitaba contar, entre sus ascendientes, héroes y príncipes, y ser además por sí atildado, culto y perfecto dechado de cortesía, de discreción, y de otras mil raras prendas.

Alguien calificará tal vez á esta señorita de engreída, fastidiosa y hasta inaguantable. Yo ni la defiendo ni la injurio. La pinto como ella fué, sin quitar ni poner nada. Su orgullo, á la verdad, aunque es falta que no merece disculpa, no carecía de fundamento, porque, sobre ser Poldy de nobilísima estirpe y contar entre sus ascendientes á un héroe que peleó en Legnano, al lado de Federico Barba-roja, contra el ejército de la liga lombarda, y á otro que estuvo de cruzado en Palestina, con el impío Emperador Federico II, era ella

de por sí hermosa y discreta y de tan fino temple de carácter y de tales bríos, que parecía una reina y avasallaba todas las voluntades.

Habían bastado sus breves apariciones en Viena, en casa de una tía suya, para que se llevase á las gentes tras de sí y la proclamasen *hauptcomtesse* ó como si dijéramos Condesa capital ó princesa y capitana de las Condesas todas.

Es evidente que, siendo ella así, no había carecido de novios, entre los señores de su clase; pero, como era tan descontentadiza y dificultosa de gusto, ningún pretendiente le agradaba ni le satisfacía. Uno le parecía tonto, otro ordinario, otro feo y otro vulgar. En suma, ninguno la enamoró, y, repugnando casarse por casarse, sin estar enamorada, permaneció soltera.

Vivía casi siempre retraída en el castillo, donde no veía ni hablaba á nadie más que á su madre, á su hermano y á las gentes que los servían.

Á fin de gozar, no obstante, de cierta libertad y de poder ir de vez en cuando á Viena sin otra custodia que la de su doncella, á los veintidós años se había hecho *stiftsdame* ó sea canonesa. Ningún voto perpetuo la ligaba, apenas tenía obligación de vivir algunos días en comunidad, y alcanzaba en cambio no cortos privilegios, exenciones y autorizada consideración.

Á pesar de estas facilidades y ventajas, hacía ya

tiempo que la condesa Poldy se había aficionado tanto á la soledad, que no iba á Viena, ni salía del castillo y de sus rústicas cercanías.

Su conversación con el conde Enrique acabó por infundir en su espíritu idéntica curiosidad, igual afán de saber y no menos decidida afición á toda clase de estudios. En ella, sin embargo, predominaba el amor á la poesía, sobre todo, cuando tenía por objeto el examen de lo íntimo del alma propia para sondear sus misteriosos abismos y buscar y hallar luego en el lenguaje humano la expresión adecuada de sus ensueños, anhelos y vagas creencias y esperanzas.

El misticismo algo panteísta que llenaba y colmaba su espíritu, rebosaba y trascendía á lo exterior convertido en hondo sentimiento de la naturaleza y en arrobo contemplativo y extático de las remotas estrellas del cielo y de las flores y plantas del intrincado y frondoso bosque que casi rodeaba el castillo.

Durante el invierno, la Condesa Poldy, retenida en el castillo por las lluvias y los hielos, no daba tan largos paseos ni eran sus excursiones tan reposadas y contemplativas como en la primavera y en el verano. Pero, durante la primavera, se desquitaba bien de su forzada reclusión permaneciendo largas horas en el bosque. Ya se paraba á meditar, ya iba con lentitud y sin dirección deter-

minada, y ya se detenía, ó bien mirando una flor, una mariposa, una libélula, ó los caprichosos efectos de la luz al través de las verdes ramas, ó bien oyendo cantar los pájaros, ó el murmullo del agua del arroyo al quebrarse en las guijas, ó el manso susurrar del aura entre las verdes y tempranas hojas.

Cuando la condesa Poldy daba estos paseos meditabundos, cuando salía, como solía ella decir, á caza de impresiones poéticas, no gustaba de que nadie la acompañase; siempre iba sola.

II.

En un hermoso día de los últimos del mes de Mayo, la condesa Poldy se hallaba sola, en lo más intrincado del bosque, entre diez y once de la mañana. Sencilla y elegantemente vestida, llevaba en la airosa cabeza un gracioso sombrero de paja de Italia y pendiente del brazo izquierdo un ligero canastillo de mimbre. Aquel día no eran la meditación y la contemplación de las bellezas naturales el único propósito de su paseo. Tenía otro más práctico. Iba ella á coger fresas silvestres, de las muy delicadas que en abundancia producía aquel bosque, y á coger también cierta florida hierbecilla, llamada *waldmeister*, que se pone y conque se

perfuma y sazona el *maitrank,* deliciosa bebida propia de aquella estación y de la que gustaba muchísimo la Condesa viuda.

Buscando fresas y *waldmeister,* Poldy se había alejado del castillo y penetrado en la profundidad del bosque, harto más de lo que solía. Así vino á encontrarse en sitio muy solitario y agreste, donde, rota la espesura que los apiñados árboles formaban con su denso follaje, había una pequeña laguna. En la orilla opuesta de aquella á la que Poldy se había acercado, se alzaba un obscuro y ruinoso torreón. Todo el terreno que circundaba la laguna era húmedo y vicioso. Las emanaciones palúdicas habían ahuyentado las aves de aquel sitio. Las aves no le alegraban con sus trinos y gorjeos como hacían en otros lugares del mismo bosque. Casi hundidas las raíces en el agua se veían á trechos espadañas y junços en muy pobladas matas. Sobre el haz del agua dormida, que no rizaba entonces el más ligero soplo de viento, se extendían la verde lama y las redondas y anchas hojas de nenufar, cuyas blancas flores se levantaban en el aire tranquilo. Los pies de Poldy se hundían en la hierba que había crecido muy alta. Cada vez que fijaba en el suelo uno de sus menudos pies, se espantaban las ranas que entre la hierbas se hallaban ocultas y daban estupendos brincos, zambulléndose en el agua estancada. El ruido

que hacía el agua, al chapuzar en ella las ranas, era lo único que interrumpía el maravilloso silencio que reinaba en torno.

Poldy, por irreflexivo y curioso instinto, siguió andando por la margen de la laguna hacia el sitio donde el torreón se parecía. Y estando ya muy cerca de él, vió de improviso un objeto que, si bien ella no era tímida, le produjo un sacudimiento nervioso, por mostrarse tan de repente y cuando menos lo recelaba. Era una corpulenta cigüeña blanca, que salió de detrás del torreón, y que sin el menor espanto, sino mansa y serena, se vino hacia Poldy con paso lento, grave y majestuoso. De vez en cuando movía la cabeza á un lado y á otro con graciosa coquetería. Cuando estuvo más cerca, dió algunos saltitos, extendió y batió las largas alas como en señal de júbilo, y abriendo y cerrando repetidas veces el rojo pico, produjo un son muy semejante al de las castañuelas. Volviendo luego á andar con mayor lentitud y con cierta vacilación, como si el respeto le contuviera, siguió el pájaro peregrino caminando hacia Poldy, y parándose á cada dos ó tres pasos como si aguardase el permiso de llegar hasta ella.

Comprendió Poldy la intención del pájaro; no temió nada porque le consideró inofensivo, pero extrañó que se le mostrase tan cariñoso y que tan resueltamente y á largos trancos de sus zancas en-

jutas viniese hacia ella como si fuese un antiguo amigo suyo. ¿Le habría conocido y tratado antes y no lo recordaría entonces? Poldy buscaba en balde por todos los más hondos y olvidados senos de su memoria algún vago recuerdo de aquel conocimiento y trato. No hallaba el menor rastro ni la más ligera huella de haberlos tenido jamás. La misma cigüeña dejaba ver que nunca había conocido á Poldy, pues aunque no atinaba á expresarse en ningún idioma humano, sino sólo con los resonantes castañetazos de su pico, la lentitud de su marcha, sus paradas frecuentes y cada una de las miradas que sus pardos ojos dirigían á Poldy parecían significar interrogación y súplica, como si dijesen: graciosa Condesa, ¿me permite V. E. que me aproxime y la trate? Había además en la cigüeña un no sabemos qué de exótico: cierto raro modo de ser, bastante parecido al que se nota en un viajero de distinción, venido de muy remotos paises con quien por dicha tropezamos y entablamos conversación sin pensarlo ni pretenderlo y solamente á causa de súbita y misteriosa simpatía.

Poldy, sin duda, simpatizó con la cigüeña. Le cayeron en gracia y le ganaron la voluntad el respetuoso acatamiento y la amistosa dulzura conque la cigüeña la miraba. Confesó, allá en sus adentros, que la cigüeña sabía tratar á las gentes como merecían, y que, naturalmente, estaba dotada de

exquisita buena crianza, aunque por ser crianza no aprendida, más bien debiera llamarse soltura fina ó refinado tacto de mundo.

En fin, Poldy se allanó á tratar á la cigüeña sin que nadie se la presentase y sin saber quién era ni cuántos cuarteles tenía; dió también hacia ella algunos pasos, y extendió la mano y le tocó regaladamente la cabeza. La cigüeña se dejó acariciar y mostró la satisfacción y el gusto que aquellas nobles caricias le causaban, entornando los párpados como si se adormeciese y restregando suavemente el largo cuello sobre la vestidura de la linda dama.

Pasó ésta la mano por el cuello de la cigüeña, bajándola hasta el ancho buche, cubierto todo de abundantes y blancas plumas. Entonces advirtió con sorpresa que la cigüeña tenía allí, suspendido de listón muy sutil, un pequeño retazo de tela de seda, que, flexible y apiñada, formaba poquísimo bulto.

Poldy no pudo resistir la curiosidad ni vencer el deseo de apoderarse de aquella prenda. Pronto desató el lazo conque por medio del listón colgaba la prenda del cuello del pájaro y se quedó con la prenda en las manos.

No se sabe si espantada entonces la cigüeña ó enojada del que pudo considerar despojo, se apartó bruscamente de la dama, extendió las alas, salió

volando, se remontó en los aires y acabó por perderse de vista.

Avergonzada quedó Poldy como si hubiese cometido un hurto villano, pero, al fin, desechó los escrúpulos, pensando que no había ella tenido la intención de quedarse con la prenda y que estaba dispuesta á devolvérsela al pájaro, si el pájaro acudía de nuevo á ella y de algún modo la reclamaba.

Desenredó luego Poldy más de un metro de listón que estaba devanado en la tela de seda, dándole forma de ovillo, y desenvuelta la tela, que era del color de los albaricoques, vió escritos en ella con muy negra tinta varios renglones en extrañas y menudas letras. Ella las miró y las remiró, pero en vano, porque no conocía una sola. Y aunque era medianamente sabia y aprovechada discípula de su hermano el conde Enrique, no acertaba á determinar con fijeza á qué alfabeto y lengua aquellos signos y palabras pertenecían. Sospechó, no obstante, que las inscripciones de la tela de seda estaban en sanscrito, lengua que estudiaba con asiduidad y provecho su hermano el conde Enrique.

III.

Volvió Poldy al castillo aguijoneada por la curiosidad y deseosa de que le descifrase su herma-

no lo que la tela decía. Almorzó con muy buen apetito, y luego, mientras que la Condesa viuda dormía después del almuerzo, como tenía de costumbre, se fué á la biblioteca con su hermano Enrique, le contó su encuentro con el pájaro zancudo, le enseñó la tela de seda y le rogó que tradujese lo que en ella había escrito.

El conde Enrique confesó que no estaba bastante versado en la lengua de Valmiki para traducir de repente los versos, pues indudablemente eran versos los que había en la tela; pero pidió tiempo y prometió á su hermana presentarle una exacta traducción de todo en aquel mismo día.

En efecto; pocas horas después buscó el Conde á Poldy, la llevó de nuevo á la bilioteca, y con aire de triunfo le mostró los versos ya traducidos.

—No sé qué pensar, dijo á su hermana. A veces imagino que la cigüeña vino de la India, donde pasó el invierno, y que los versos son obra de algún brahman, rajá ó nababo muy ilustrado, y á veces sospecho que bien puede ser algún erudito compatriota nuestro quien compuso los versos y quien colgó la tela al cuello de la cigüeña para embromar al que la encontrase.

—¿Qué fin—contestó Poldy,—había de proponerse algún compatriota nuestro con ese engaño? Yo no conozco aún los versos, pero doy por seguro que su autor vive en las orillas del Indo ó del

Ganges, y no en las del Rhin ó del Danubio. A ver... lee.

—Ya verás y notarás en los versos cierta inspiración más europea que asiática. Las composiciones son tres: dos muy breves, y una de estas dos parece calcada sobre cuatro versos del *Prólogo en el cielo* del *Fausto*. La coincidencia es inverosímil. Y aunque no es imposible, yo encuentro raro y sospechoso que un brahman lea á Goëthe y le imite.

—Vamos, lee los versos sin más prólogo.

—Los versos dicen:

Pido al cielo su estrella más brillante;
Pido al suelo su dicha más completa;
Y ni cercano amor, ni amor distante
Mi conmovido corazón aquieta.

—Es verdad—dijo Poldy,—los versos son muy semejantes á los de Goëthe, salvo que el poeta dice de sí mismo lo que dice Mefistófeles de Fausto.

—Pues oye estos otros que tienen no sé qué dejo de metafísica cristiana; de misticismo por el estilo del de Tauler ó del del maestro Eckart:

Sin alas y sin luz la mente humana
En balde en pos de lo ideal se lanza;
Pero la voluntad recorre ufana
La eterna inmensidad de la esperanza.

—Eso es verdad,—exclamó Poldy,—y lo mismo se le puede ocurrir á un indio que á un cristiano. En la India hay desde muy antiguo, según he oído decir, místicos tan profundos como los de Alemania. Además, en todos los países ha de haber habido pensadores y poetas que imaginaran y expresaran que se podía penetrar y subir con el amor á donde nunca sube y penetra el raciocinio por sutil y elevado que sea.

—No quiero discutir. Convengo en que un brahman puede haber compuesto la copla que acabo de decirte traducida. Tal vez yo en la traducción le he prestado una apariencia europea que en el original no tiene. Oye ahora la última composición. El poeta desciende en ella de las elevaciones místicas y se abate y se humana como cualquier enamorado con el amor terrenal y sensual que las mujeres inspiran. Algo, no obstante, queda aún en esta composición del misticismo de las otras. Es como un pequeño fragmento de *El cantar de los cantares*, ó mejor diré del *Gita-govinda*, cuyos requiebros, ternuras y descripciones materiales pueden interpretarse por estilo ultramundano y trascendente. La composición además tiene en este caso una singularidad que no tiene ni el idilio erótico de los hebreos ni el de los indios. Salomón y Crishna veían, oían y tocaban á sus bellas y enamoradas amigas, pero este poeta ni toca, ni

ve, ni oye á la suya, si no se la imagina con indecisa vaguedad, y de tal suerte, que lo mismo puede vivir en este planeta que en otro remotísimo, y lo mismo puede ser nuestra contemporánea, que haber nacido hace cuarenta siglos ó que estar aguardando aún otros cuarenta en el mundo de las ideas antes de que llegue el día de su encarnación y de su aparición entre los seres de nuestra casta.

—Muy curioso es lo que me cuentas, pero no es original ni nuevo. ¡Es tan difícil ser nuevo y original! ¿No se enamora Fausto de Elena, que vivió dos mil quinientos años antes de que él naciese? ¿No hay un cuento árabe ó persa, donde un príncipe musulmán, que vivió doscientos ó trescientos años después de Mahoma, está perdidamente enamorado de cierta reina ó infanta de Serendib ó de Sabá, que floreció en tiempo de Salomón y fué rival de la Sulamita?

—Todo eso es así, pero aun es más vaga é indeterminada la señora de los pensamientos de nuestro poeta indio. El príncipe musulmán, enamorado de la rival de Sulamita, había hallado y admirado el retrato de ella en el tesoro de su padre, mientras que no hay retrato ni hay el menor indicio por donde pueda entrever ó tener alguna idea ó noción de su dama el autor de los versos que he traducido. Óyelos con atención:

—Soy toda oídos:

El conde Enrique leyó de esta suerte:

¿Dónde te escondes, hermosa mía,
que no consiguen verte mis ojos,
Como te sueña mi fantasía,
Llena de gracia, libre de enojos?

Ven do el kokila dulce gorjea,
Do presta el loto su aroma al viento,
Ven, que mi anhelo verte desea
Y comprenderte mi entendimiento.

No eres ensueño, realidad eres;
No finge el alma hechizos tales,
Aunque más bella que las mujeres
Suya te llamen los inmortales.

En la luz pura de tu mirada
Amor enciende sus dardos de oro,
Y son tus labios urna sellada
De tus deleites fuente y tesoro.

Ora residas lejos del suelo
Ora aparezcas en otra edad,
Por los tres mundos en raudo vuelo
Irá buscándote mi voluntad.

Perla brillante, aunque escondida
En lo profundo del mar estés,
Yo sabré hallarte, bien de mi vida,
Para que excelso premio me des.

Poldy oyó atentamente los versos y habló de ellos con su hermano, y hasta los juzgó con aparente frialdad crítica, concediéndoles algún mérito y señalando sus muchos defectos. Lo que ella disimuló, y no reveló ni á su hermano ni á nadie, fué el enjambre de suposiciones y de ensueños que los versos suscitaron en su fantasía. Ya se figuraba ver escribiéndolos á un elegantísimo y joven brahman, no lejos de su magnífica quinta, bajo verde enramada, en las fértiles orillas del Kausikí, ya que los componía en su propio alcázar el príncipe heredero de Ayosia, de Cachemira ó de cualquiera otro de los reinos y países que describen las antiguas epopeyas. Pero el autor de los versos era contemporáneo de ella y se parecía á ella en extremo por la dolencia y la pasión que le atormentaban. Amaba, ó mejor dicho, deseaba amar; nada veía en torno suyo digno de su amor, y buscaba lejos, á ciegas y sin guía el raro y precioso objeto que merecía ser amado.

En lo más íntimo de su alma caviló mucho Poldy sobre todo esto, y urdió y tejió infinidad de historias, en su sentir bellísimas, con las que ella se deleitaba en secreto sin comunicárselas á nadie, ni siquiera á la anciana institutriz Justina, que era su confidente.

IV.

Engolfadísimo en sus estudios, el Conde Enrique no tenía voluntad ni entendimiento sino para continuarlos. En las demás cosas de la vida estaba sometido siempre al entendimiento y á la voluntad de su hermana Poldy, á quien él amaba en extremo. Prohibióle ésta que hablase con nadie del encuentro de la cigüeña, de los versos y de la traducción, y el Conde Enrique obedeció y se lo calló todo.

No quería Poldy que su madre se enterase de nada. La Condesa viuda era una señora dotada de un espíritu tan prosaicamente positivo, que sin duda hubiera destruído con sus discursos todo el caramillo de suposiciones poéticas que Poldy había levantado y que en manera alguna quería ella que nadie derribase.

La Condesa viuda acusaba además y zahería con frecuencia á su hija, calificándola de extravagante, de soñadora, de alucinada, de acérrima enemiga de lo juicioso y de lo razonable y de temeraria perseguidora de ideales inasequibles y absurdos. Si la Condesa viuda pensaba así de Poldy ignorando el suceso de la cigüeña, ¿qué no pensaría y qué no diría si lo supiese?

Poldy no volvió, pues, á hablar de él ni con su

mismo hermano, como si su mismo hermano lo ignorara, ó como si ella tuviese la pretensión de que él lo olvidase.

Á solas, pues, y en toda libertad, Poldy se figuraba á medida de su deseo al autor de las tres poesías. Ya le suponía en Benarés, ya en Delhi, ya en Calcuta, ya en otros lugares de la India, pero siempre noble, joven y hermoso, y *chatria* ó brahman cuando no príncipe.

El incógnito personaje padecía una enfermedad mental semejante á la de Poldy. Eran sus síntomas el desdén y el hastío de cuanto le rodeaba y la vaga aspiración á un bien remoto, confusamente trazado y medio desvanecido entre las nieblas y vapores de mil ensueños.

Poldy desechaba por vulgar y necia la creencia de su hermano de que un erudito alemán hubiese compuesto los versos sanscritos para entretenerse ó para mostrar su pericia. Para ella no cabía la menor duda: los versos eran obra de un ilustre y joven señor de la India.

Poldy iba á menudo más adelante en sus atrevidas imaginaciones. No creía ella que el pájaro zancudo que se le había aparecido tuviese la menor semejanza ni con el cisne de Leda ni con el toro blanco de la gallarda hija de Agenor; pero, ¿no podría la cigüeña ser instrumento de algún gran sabio, acaso de un genio ó de una hada, cu-

yas poderosas sugestiones hubiese obedecido al venir á visitarla? ¿Quién se atreverá á limitar la extensión de lo posible? Si no fuésemos á creer sino lo que comprendemos, apenas creeríamos nada.

Acudía á veces á la memoria de Poldy un cuento de las *Mil y una noches,* y se deleitaba en presumir que lo que á ella le pasaba tenía algún parecido con dicho cuento. En las más elevadas regiones del aire se encontraron una noche un hada y un genio que iban volando en opuestas direcciones. Allí se hablaron y se confiaron que el hada venía de visitar y dejar dormido al más hermoso príncipe que había en el mundo, y que el genio, procedente del otro extremo de la tierra, venía de contemplar y de admirar también á una maravillosa princesa dormida en su lecho virginal allá, en el más recóndito, elegante y perfumado camarín de su magnífico palacio. Genio y hada se proponen que príncipe y princesa se conozcan, se enamoren y se casen, y los medios á que recurren para lograrlo constituyen el enredo de la mencionada historia. Poldy, aunque suavizando mucho lo sobrenatural, así por modestia como por el escepticismo que es tan propio del siglo presente, se dió á sospechar que en todo lo sucedido podría muy bien, y casi naturalmente haber algo que con el cuento oriental coincidiera.

Ella había oído decir, y hasta había leído en obras recientes que tratan de Teosofía, que hay en la India ciertos sabios llamados *mahatmas*, que á fuerza de introinspección y de asiduo examen en las honduras del propio ser adquieren poder estupendo y descubren raros secretos de la naturaleza, por cuya virtud realizan acciones que tienen apariencia de milagrosas, aunque no lo sean. ¿No sería quizás el autor de las tres poesías alguno de esos hábiles *mahatmas* que había adivinado á Poldy, que la había entrevisto mentalmente, que se había prendado de ella y que para comunicarle sus impresiones y enviarle sus versos sin infundirle mucho asombro se había valido del medio naturalísimo del pájaro zancudo, cuya condición propia le lleva, sin nada de brujerías ni de otras malas artes, á pasar el verano en Austria y el invierno en la India?

De esta suerte cavilaba Poldy, forjando y desbaratando casos fantásticos. Era como el niño que se entretiene en levantar con esmero y conservando bien el equilibrio un alto y complicado castillo de naipes, y luego le derriba para divertirse y jugar levantando otros.

En suma: Poldy no sabía á qué atenerse ni por qué decidirse. No se declaraba á sí misma cuál de los castillos por ella levantados era el que más le agradaba. Lo que no podía menos de reconocer

era que la faena de levantarlos y de derribarlos la deleitaba no poco.

V.

Poldy buscaba la soledad entonces más que nunca. En las conversaciones con su hermano, con su madre y con su aya, se mostraba distraída. Y esquivando á menudo toda compañía, iba á dar por el bosque solitarios paseos.

Aunque sea ordinaria comparación, así como puede conjeturarse y preverse que el sitio más apropósito de hallar á un goloso es una buena confitería, así Poldy conjeturaba que de seguro volvería á hallar á la cigüeña á orillas de la laguna donde la halló por vez primera. Había allí tal abundancia de ranas, lagartos, sapos, escuerzos y otras sabandijas, que era la tierra de promisión para aquel pájaro zancudo, el cual, por su gran tamaño y por la extraordinaria longitud de sus alas, cubiertas en los extremos de lustrosas y negras plumas, dejaba conocer que era del género masculino. Lo que Poldy no acertaba á determinar era si el pájaro estaba casado ó soltero. Poldy le veía siempre solo y como no entendía su lenguaje, no le preguntaba si era casado, como en España solemos preguntar á los loros, que responden á la pregunta.

Era también un misterio para Poldy el lugar donde anidaba la cigüeña.

La veía á orillas de la laguna. El pájaro la saludaba con sonoros castañetazos, dando saltitos y batiendo las alas, que abiertas abarcaban más de dos metros y medio. Era en su especie un individuo de notabilísimo mérito.

Parecía meditabundo y pensativo, pero debía callarse muy buenas cosas. En vano esperaba Poldy y hasta fantaseaba el milagro de que la cigüeña hablase, pero la elocuencia de la cigüeña jamás iba más allá de los castañetazos de costumbre y de algunos roncos y desentonados silbos, que eran todo su lenguaje.

Con esto nada podía ponerse en claro.

La cigüeña se mostraba muy amiga y muy mansa con la joven Condesa. No le guardaba rencor porque le hubiese quitado la tela de los versos. Restregaba la cabeza y el cuello contra la vestidura de la linda dama, y parecía gustar de que ella le pasase la mano por el largo cuello y por las alas, y le alisase las plumas.

Estas mudas conferencias, que tenían lugar dos ó tres veces cada semana, duraban poco y no se puede decir que fuesen muy amenas. Por lo demás, la cigüeña tenía el instinto de no aburrir, y siempre terminaba las conferencias pronto y de un modo brusco, lanzándose repentinamente en el

aire, trazando graciosas espirales en su sereno vuelo y al cabo perdiéndose de vista.

Pasó la primavera, pasó el verano, vino luego el otoño, como sucede siempre, y empezó por último á aparecer el invierno. Poldy tuvo entonces barruntos de que la cigüeña iba á emigrar y á volver sin duda al soñado palacio, á la ciudad oriental, al templo ó la quinta, donde el autor de los versos moraba.

Irresistible fué la tentación que sintió de escribirle. ¿Porqué no había de hacerlo por estilo prudente y decoroso que no la comprometiera?

Poldy pensó además que, si bien no era inverosímil que por ministerio de los genios ó de las hadas ó por virtud de la ciencia de los *mahatmas,* el autor de los versos hubiera logrado tener clara visión de ella, nunca estaría de sobra enviarle un buen retrato suyo en fotografía. En nuestros tiempos no implica esto muy decidido favor. Cualquier sujeto, el más plebeyo de los mortales, podía comprar por un florín el retrato de Poldy, expuesto en los escaparates de muchas tiendas de Viena, entre las bellezas de la corte y del teatro, entre princesas, actrices y bailarinas. Si cualquier pelafustán compatriota de Poldy podía poseer su imagen, ¿qué atrevimiento ni qué falta de decoro habría en enviársela por medio del pájaro zancudo al poeta incógnito, que no podía menos de ser príncipe, na-

babo, brahaman ó *chatria,* allá en la tierra de Rama y de Sita, de Nal y de Damayanti?

Hechas estas reflexiones y otras por el mismo orden, que, se omiten aquí para evitar prolijidad, Poldy, escribió una extensa carta, en papel muy fino para que abultase poco; tomó un retrato suyo, sin cartón, en el cual retrato estaba ella descotada y lindísima en su elegante traje de baile; lo incluyó todo en un sobre con fuerte forro de tela que cerró y selló con lacre; escribió encima: *al incógnito poeta indio*; agujereó la carta con un punzón; pasó una fuerte cinta al través del agujero; y así preparado todo, lo colgó al cuello de la cigüeña como si fuese la insignia de comendador de cualquiera ilustre Orden.

La cigüeña se estuvo muy quieta, aguardando que Poldy sujetase bien la cinta á su cuello para que no se desatase y para que la carta no se cayese. Y apenas comprendió que estaba ya bien condecorada, dió un tremendo salto, alzó el vuelo, se remontó en el aire y voló con tanto brío como si se largase ya á la India sin parar en rama.

Dejémosla ir en paz, mientras nosotros, que estamos en todos los secretos, nos adelantamos á copiar aquí lo que Poldy había escrito, que era como sigue:

"Irresistible impulso me lleva á escribiros sin conoceros. Sé que me expongo á que me juzguéis

poco circunspecta, muy atrevida y harto libre. Ignoro vuestra condición en el mundo, vuestro linaje, vuestras creencias religiosas, vuestra edad y vuestra patria. Mi espíritu, no obstante, se siente arrebatado hacia donde vuestro espíritu se halla y se cree unido á él por el estrecho y fuerte lazo de los mismos sentimientos y de las mismas ideas. En torno mío todo me es indiferente, todo me parece rastrero y mezquino. No es extraño, pues, que busque yo como vos, en apartadas regiones, un alma que simpatice con la mía, aunque sea sólo por sentirse atormentada de la misma dolencia. No acierto á explicarme el fin que pueda tener yo enviándoos estos renglones y hasta enviándoos mi retrato. Lo hago sin propósito, fatal é irreflexivamente. Mi único anhelo es acaso que sepáis que pienso y siento como vos, que ardiente sed de tiernos afectos agita y quema mi corazón sin que la satisfaga ser alguno de cuantos miro cerca de mí. La clara nitidez del cielo poblado de estrellas, el silencioso apartamiento del bosque, la belleza y la gala de los campos floridos, todo embelesa mi alma, todo hasta cierto grado la enamora, pero todo deja en ella inmenso vacío, que sólo otra inteligencia y otra voluntad, humanas ó divinas, iguales ó superiores á mi voluntad y á mi inteligencia, pueden llenar si me acuden; si prueban el afán que yo pruebo y si logran infundirse en el abismo de

mi pensamiento, compenetrándole, fundiéndose con él y haciéndose con él uno solo. No os conozco: no sé si sois vos á quien yo busco. Por esto mismo declaro sin ruborizarme mi extraña pasión, de la que en realidad no sois objeto. Criatura mortal sois sin duda como yo lo soy. En esta vida terrenal, que vivimos ahora, únicamente podría yo amaros si se cumpliesen determinadas condiciones de criatura mortal que en vos tal vez no se cumplan. Tal vez las que yo poseo no respondan á vuestra aspiración tampoco. Y sin embargo yo soy joven, de nobilísima extirpe, y muy alabada de hermosa, aunque por modestia debiera callarlo. Os confieso lo más íntimo, lo más oculto y delicado de mi sentir y de mi pensar. Os declaro quien soy, dónde vivo y cómo me llamo. La confesión y la declaración van dirigidas á un ser que yo me finjo: á un ser que mi imaginación ha forjado. ¿Queréis vos y podréis vos demostrar que convenís sustancialmente con lo imaginado por mí; que sois la forma material y visible del espectro etéreo por quien estoy obsesa, y el astro luminoso cuyos matinales resplandores columbro, y el ansiado aliento de primavera, que al venir el alba despierta y mueve á cantar á las aves, y separa y extiende los pétalos de las flores para recoger su aroma y darles en pago su rocío? Yo explico aquí mi sueño. Si tiene algún fundamento real, á vos os toca ma-

nifestarlo. Si no estáis muy seguro de la existencia de tal fundamento, lo mejor es que calléis. Respondiéndome, sólo conseguiríais disipar la más bella de mis ilusiones, reemplazándola con una realidad ruín y triste y con el consiguiente desengaño. Pero si estáis seguro de que mi sueño no carece de fundamento, respondedme, decidme quién sois, venid á mí y mostraos. A orillas del azul y caudaloso Danubio, en el castillo de Liebestein, os espera

POLDY".

VI.

Apresuradamente por el temor de que la cigüeña se fuese á la India sin llevar prenda suya, y con vehemente exaltación, sublimada por la soledad y como destilada en el encendido alambique de sus ocultas cavilaciones, escribió Poldy la apasionada carta que acabamos de transcribir; mas no bien voló la cigüeña, llevándosela colgada en el cuello, Poldy se arrepintió y aun se avergonzó de haber escrito la carta, mostrándose tan tierna y tan afectuosa con un desconocido. La suerte, sin embargo, estaba echada. El mal no tenía ya remedio. Menester era resignarse y callar. ¿Quién, desde la India, por poco sigiloso y por muy jactancioso que fuese, había de tener el capricho de hacer saber en

Viena que Poldy, la orgullosa, la siempre esquiva con condes, con príncipes y hasta con archiduques, se había humillado á escribirle cosas de amor, sin saber quién era é ignorando hasta su nombre?

Poldy esperaba que permaneciese secreto su impremeditado desliz; el mal paso que había dado y que por lo menos calificaba ya de imprudente locura.

Por otra parte, en ocasiones en que su humor era menos negro, Poldy se juzgaba con alguna indulgencia y hasta llegaba á absolverse de su culpa, dado que la hubiese. Porque si el autor de los versos era un joven y hermoso príncipe oriental ó algo por el estilo, era muy cruel para el príncipe y para ella no llevar adelante tan poética y misteriosa aventura y destruir las vagas esperanzas de ambos, como quien arranca de bien cultivado terreno una planta lozana á punto ya de cubrirse de flores.

Como quiera que fuese, Poldy volvió en adelante muy retraída y melancólica.

Aquel año fué el invierno muy crudo. Ni una vez sola, ni por muy breves días, fué Poldy aquel invierno á Viena.

Penoso y terrible cuidado vino á aumentar las causas de su retraimiento. La condesa viuda, su anciana madre, agobiada, más que por el peso de la edad, por las penas, los desengaños y hasta por

las miserias y los apuros económicos, enfermó gravemente.

Hizo Poldy cerca de ella el oficio de la más vigilante, devota y cariñosa enfermera; pero ni sus desvelos, ni sus fervientes oraciones, ni la docta asistencia de un sabio médico, amigo de la casa, fueron bastantes á retardar el cumplimiento de las inexorables leyes de la naturaleza que tenía marcado el término de aquella trabajada vida. La condesa viuda, llena de santa y dulce resignación, tuvo pronto una muerte ejemplar y cristiana.

Durante algunos días reinó muy lúgubre animación en el castillo. A recoger los últimos suspiros de la egregia dama había acudido la mayor parte de sus hijos, yernos y nueras.

Pronto, no obstante, volvieron todos á sus respectivos destinos y residencias, y el castillo quedó en abandono y en más honda soledad y silencio.

El conde Enrique, Poldy, su aya y tres criados, fueron ya los únicos moradores del castillo. Poldy sintió profundamente la irreparable pérdida que había tenido. Y sin que refrenase su dolor la inquebrantable fe religiosa que daba vigor á su alma, la joven condesa lloró durante meses á su difunta madre sin hallar consuelo, y olvidada casi de cuantos devaneos, ilusiones y esperanzas habían poetizado su solitaria existencia en aquellos últimos tiempos.

Poldy, sin embargo, aunque no se consoló, hubo al cabo de serenarse y calmarse. Apacible tristeza endulzó el manantial de sus lágrimas y luego logró represarle.

Pesares de condición harto menos noble y mil preocupaciones de un orden tan rastrero como práctico invadieron y ocuparon el corazón de Poldy, como cuadrilla de desalmados é impíos bandoleros que entran á saco, profanan y destrozan un augusto santuario.

Dos meses hacía ya que había muerto la condesa viuda. Eran los primeros días del mes de Febrero. El frío era intensísimo. Un manto de nieve cubría en torno la tierra y coronaba á trechos con blancos penachos las erguidas y sombrías copas de robles, abetos y pinos. Rara vez abandonaba Poldy la abrigada habitación del castillo, donde apenas tenía más persona con quien conversar que su hermano el conde Enrique.

El y ella, habían quedado morando allí provisionalmente, pero pronto tendrían que abandonar su antigua vivienda de la que era propietario y había tomado ya posesión el hermano mayor de ambos.

Poldy, pues, cavilaba con tristeza y desesperanza sobre su suerte futura.

Su hermano Enrique, que gozaba de alta y merecida reputación de sabio, muy versado en varias

disciplinas, estaba llamado á ser profesor en una Universidad, donde su ciencia y su trabajo habrían de remediar la escasez de su patrimonio, dándole para vivir honrada y decorosamente, si bien con sobrada estrechez.

Pero ¿cómo Poldy, que era pobre y desvalida también, había de irse con su hermano y serle constantemente gravosa? Esto no era posible. A Poldy además le dolía en el alma tener que abandonar aquellos lugares, tan llenos para ella de dulces y misteriosos recuerdos.

Por otra parte, Poldy, que amaba la soledad, sentía invencible repugnancia á irse á vivir vida conventual, entre otras canonesas, en la casa de su instituto. Para vivir sola, según su clase, ya en Viena, ya en otra ciudad, sus rentas eran insuficientes. Y por último, contra lo que más se sublevaba era contra agregarse á la familia de cualquiera de sus hermanos ó hermanas y hacer allí el triste papel de huésped perpetua, de tía y de acompañanta, viviendo en algo á modo de poco airosa dependencia y de mal disimulada servidumbre.

Horror causaba á Poldy cualquiera de estos planes en que trazaba y representaba su porvenir. Aun tenía delante de sí todo aquel año que empezaba entonces, y durante el cual ella y el conde Enrique habían concertado ya con su hermano

mayor permanecer en el castillo, mientras duraba el riguroso luto y acababa de hacerse el deslinde y las particiones de la muy corta hacienda, en la que todavía muy poco les tocaba.

Pasado el mencionado plazo, Poldy consideraba inevitable su salida del castillo, así como tomar decidida resolución para vivir á su gusto y con independencia y decoro.

Tal era la desengañada posición de Poldy. Sólo negras nubes, que presagiaban tempestad, columbraba, al mirar en todas direcciones, en el horizonte de la vida. Sólo una luz incierta, vaga, errante, que bien podía ser una estrella, pero que tenía más trazas de engañoso fuego fatuo, iluminaba de vez en cuando el vacío y obscuro espacio de su cielo. Poldy acababa además de cumplir veintinueve años. Estaba en el apogeo de su belleza, en el mejor y más glorioso momento de su mocedad briosa, y con la imaginación rica de ensueños y la voluntad movida y solevantada por poderosos impulsos de ternura.

VII.

Pronto desaparecieron las nieves; se oyó el canto de la alondra; calentó más el sol y vertió luz más clara; discurrió por el bosque que circundaba el castillo un aura vital y fecunda; se tapizó el sue-

lo de nueva y menuda yerba, y en los sotos y umbrías de las hondonadas, en la margen de los arroyos, comenzaron á brotar florecillas tempranas, despuntando con timidez en los álamos, mimbrones y chopos, más resguardados de los vientos del Norte, las primeras tiernas hojas. Entonces Poldy salió de su retraimiento casero y se lanzó con más frecuencia y por más largo tiempo que nunca á sus excursiones y meditabundos paseos por los sitios más solitarios de aquellas cercanías.

No poco gustaba ella de ir por intrincados senderos, por donde había más flores, por donde era más tupida y frondosa la enramada. No poco gustaba ella de sentarse en algún poyo rústico ó de pararse á meditar al pie de un corpulento roble, cuyo añoso tronco estaba revestido de trepadera yedra y de madreselva olorosa. Pero todo esto era para después y como recurso y consuelo. Lo primero que Poldy hacía todas las mañanas, lo primero de que gustaba y á donde iba precipitadamente apenas salía de paseo, era á la margen de la laguna á ver si se le aparecía de nuevo la cigüeña blanca.

Y como no se le aparecía, ya se quedaba aguardándola largas horas, ya se ponía á buscarla por uno y otro lado y hasta penetrando en el obscuro y ruinoso torreón que pudiera acaso servirle de refugio. Luego que se cansaba de sus vanas pes-

quisas, cesaba de hacerlas y se dirigía á otros puntos del bosque; negra tristeza embargaba su alma, y á veces asomaban á sus hermosos ojos, harto involuntariamente, algunas lágrimas que no eran ya de las nacidas por el afectuoso recuerdo de su madre difunta.

¿Por qué no volvía la cigüeña blanca? ¿Habría muerto en la India ó habría emigrado desde la India á otra región distante, olvidando con ingratitud el bosque y castillo de Liebestein y la amistad de Poldy?

En estas dudas angustiosas transcurrió todo el mes de Abril.

Era el primer día de Mayo. Poldy, casi desesperada ya de volver á ver la cigüeña, acudió, no obstante, como de costumbre, entre diez y once de la mañana, á la orilla de la laguna.

Apenas hacía dos minutos que estaba allí, absorta, pensativa y fijando larga y melancólica mirada en la tranquila haz del agua, cuando un precipitado sonar de alas que venía acercándose estremeció todo su cuerpo y alborozó su alma con agradable susto. La cigüeña blanca había venido volando, se había abatido á pocos pasos de ella, y ya se le acercaba con su lento y majestuoso paso y dando con el pico los castañetazos con que solía siempre saludarla.

Indescriptible fué la alegría de Poldy. Su impa-

ciencia fué mayor que su alegría. Impulsada por su impaciencia, echó las manos al cuello del pájaro zancudo, y empezó á buscar el cordón ó la cinta de donde pendiese la respuesta que á su carta esperaba. ¡Qué cruel aflicción tuvo entonces! No hallaba carta pendiente. No hallaba cinta ni cordón de que pendiera. A punto estuvo Poldy de llorar de rabia. Pero la cigüeña, como si adivinase su sentimiento, abrió las largas alas y al punto, con alegría y sorpresa, advirtió Poldy que la cigüeña tenía debajo del ala izquierda y muy bien atado allí con un fuerte y sutil cordoncillo que bajo las plumas se escondía, un largo y delgado canuto ó rollo.

Poldy se apoderó de él en seguida y notó que era ligerísimo, que estaba precintado y sellado y que era tan fuerte la cuerda del precinto y estaba tan bien anudada, que no podía romperse ni desatarse sin tijeras. Sobre la exterior superficie del rollo, se veía escrito en lengua y letras alemanas: *A Su Excelencia la graciosa señorita Condesa Poldy de Liebestein.*

Hizo Poldy algunos cariños á la cigüeña á fin de mostrar su gratitud, y hasta hay quien dice que besó su cabeza en albricias del buen recado. Luego Poldy se fué corriendo al castillo para encerrarse en su cuarto, cortar el precinto con tijeras y ver lo que el rollo contenía. Había en el rollo

varios objetos que Poldy fué sucesivamente examinando. Era uno la vista fotográfica, prolija y magistralmente iluminada con colores, de un extenso y magnífico salón oriental, lleno de primores y de peregrinas elegancias. En todo se advertían y se admiraban pasmoso lujo asiático y muy acendrado buen gusto. Se diría que era aquello la prodigiosa cámara subterránea, donde encontró Aladino la lámpara del Genio. Pendían de las paredes armas brillantes, indias, chinas y japonesas; colgaban del techo cinceladas lámparas de oro; se veían en torno jarrones, tíbores y vasos, artísticamente esculpidos, de metales preciosos, de jaspes rarísimos, de antigua porcelana y de ataujía ó menuda labor de pedrería, marfil, bronce y otras materias ricas. Varios ídolos de extrañas cataduras y de simbólicas formas, autorizaban y caracterizaban la estancia. Allí estaban representados Agni, dios del fuego; Kamala ó Kamela, Venus de la India, de cuyo nombre proceden, en nuestro vulgar idioma *camama, camelo* y sus derivados; y allí estaban también Indra, Varuna y hasta la misma Trimurti.

En primer término, sobre una espléndida alcatifa de Persia, y sentado en mullidos almohadones de seda, admirablemente bordados, se parecía un señor, en la flor de la juventud, cubierto de blanca y rozagante vestidura y coronada la gentil cabeza de un amplio turbante, cándido también, so-

bre el cual se erguía un airón ó copete de rizadas y lindas plumas, sujeto el airón al turbante por una enorme piocha de perlas, diamantes y rubíes, que debía valer un imperio. Delante del señor había varias mesillas enanas, donde en aúreos y repujados azafates, en ligeros canastillos, en esbeltas ánforas y en cálices esmaltados, se ofrecían para regalo de la vista, del olfato y del paladar, licores, conservas y sazonados frutos. A un lado y á cierta distancia del joven señor, se hallaba un rico y elegantísimo narguilé, cuyo flexible y luengo tubo tenía el joven señor asido por el extremo, dejando ver la gruesa boquilla de ámbar, prendida al tubo por un anillo de refulgentes esmeraldas. Al lado opuesto del narguilé, aunque mucho más cerca del joven señor, se alzaba, en muy graciosa postura, nuestra ya conocida amiga la cigüeña blanca, cuya vista complació á Poldy no poco. No la complació tanto, sino que hubo de enojarla y de escandalizarla, aunque reprimió el enojo, atribuyendo lo que veía á inveteradas é imprescindibles modas orientales, que en el fondo del salón apareciesen tres bayaderas, con traje de Apsaras ó inmortales ninfas, las cuales tejían voluptuosa danza, desceñido y leve el transparente ropaje, los brazos y los pies desnudos, luciendo en las gargantas de los pies y en los brazos, ajorcas y brazaletes, y dejando ver además las torneadas espaldas y los firmes

y redondos pechos. Varios músicos, vestidos como dicen que se visten los Gandarbas ó músicos del cielo de Indra, acompañaban la danza con arpas, flautas y violines, y con eróticos cantares.

Poldy quedó deslumbrada al contemplar todo esto y formó el concepto más alto del esplendor y de la riqueza del señor indio. De su traza personal es de lo que aquella fotografía no le daba idea completamente satisfactoria. Y no era ese tampoco el propósito de la fotografía, por bajo de la cual había este letrero: *Mi modo de vivir en Oriente.*

En otra fotografía más pequeña aparecía ya el joven señor con más claros pormenores. Estaba él solo, de cuerpo entero, pero sin accesorio ninguno. Su traje, aunque sobrado pintoresco, era más europeo que indio, salvo el extraño sombrero que llevaba en la cabeza y que era de los que llaman salacotes en Filipinas. La chaqueta ó dormán, muy ceñido al cuerpo y adornado con alamares, revelaba las formas robustas de su torso y de sus brazos. Los calzones eran anchos y cortos. Desde la rodilla hasta la planta de los pies calzaba botas de becerro. Pendientes de la ancha charpa, de cuero también, que ceñía su cintura, había un revólver á un lado y al otro lado un enorme cuchillo de monte. En la mano derecha, cubierta de guante de gamuza, tenía una escopeta de dos cañones, que descansaba en el suelo, y sobre la cual se apoyaba.

Por bajo había un rótulo que decía: *Al ir á caza de tigres.*

Por último, había una tercera fotografía que no dejaba nada que desear. Allí estaba el joven señor, clara, fiel y nítidamente retratado. Su rostro era hermosísimo. Los ojos eran grandes y expresivos; la barba parecía sedosa, abundante y muy bien cuidada y atusada. La nariz, un tanto cuanto aguileña, daba cierta majestad á su expresión. Y la anchura y la rectitud de su frente revelaban poco común inteligencia. Se notaba en todo su aspecto un no sé qué de bondadoso, de simpático y de egregiamente distinguido. Sus manos sin guantes, aunque fuertes y varoniles, eran aristocráticas, muy cuidadas y bonitas, con dedos afilados en la extremidad y encanutadas las uñas, en vez de ser cortas y chatas. En este retrato el joven señor estaba vestido enteramente al uso de Europa, de toda etiqueta, con corbata blanca y con un frac tan admirablemente cortado y que le caía tan bien que no soñaría hacerle mejor ni Frank, el de Viena, ni el sastre más famoso de Londres. Por bajo de este retrato había otro letrero que decía: *En traje de etiqueta para ir á un baile del Lord Gobernador de la India.*

Hechizada quedó Poldy al contemplar los mencionados retratos. Se prendó de la hermosura y distinción de su remoto amigo. Y no pudo menos

de confirmarse en la creencia de que era un príncipe indio *mediatizado,* un nababo, ó por lo menos un brahman ó un *chatria* de primer orden y de mucho fuste.

Imagine ahora el lector el afán, el asombro, las palpitaciones de gozo y el raro deleite con que leería Poldy la carta, que también venía en rollo y que estaba concebida en estos términos:

VIII.

„Me repugna y hallo difícil escribir cartas dando tratamiento á quien las dirijo, y así, adopto la antigua costumbre de los orientales. Tú me permitirás, bella Condesa Poldy, que desde luego te tutee sin ceremonias.

La cigüeña blanca, que anida años há en el tejado de la espléndida quinta que yo poseo en las floridas márgenes del Ganges, me ha traído gratas noticias tuyas, tus dulces palabras y tu divina imagen. Bendita sea la cigüeña blanca, que tanto bien me ha hecho. Con razón la llamaba yo antes Garuda. Ahora le confirmo este nombre sagrado, con el que se designa en mi patria al Dios-rey de las aves todas, al alado destructor de los dragones y de las serpientes.

En extremo me complace saber que eres de no-

ble extirpe y bastante antigua hasta donde cabe en un pueblo que hace pocos siglos era salvaje todavía, careciendo de documentos y de archivos que pudiesen acreditar la nobleza de persona alguna y las hazañas de sus progenitores. Estos, errantes en las ásperas selvas y en el rudo clima de los países del Norte, decayeron de su ilustre origen y olvidaron la primitiva cultura de los arios del Paropamiso de donde proceden, y sólo recientemente se han civilizado, aprovechándose de los estudios y progresos de los hombres del Mediodía. Pero sea de lo dicho lo que se quiera, relativamente tú eres noble y me basta, aunque mi clara nobleza preceda á la tuya en dos mil años lo menos.

Te hablo con franqueza y desecho adulaciones y galanterías. Así darás mayor crédito á mis alabanzas sinceras.

Garuda, por caprichosa y feliz inspiración mía, te llevó unos versos que distaba yo mucho de imaginar que pudiesen caer en tan hermosas manos. En ellos ponderaba yo mi hastío de cuanto me rodea y el anhelo vehemente, que consume mi alma, de hallar objeto escondido y lejano que satisfaga mis aspiraciones amorosas, las comprenda y las comparta.

Tu retrato y tu escrito han colmado mis votos. Tú eres la mujer de mis sueños.

Venerandos brahmanes, antiguos sabios de por

acá, que han escrito de amores en el Kama Sutra y en otras disertaciones y tratados, exigen sesenta y cuatro potencias, prendas ó aptitudes para que exista en realidad la *Padmini* ó mujer perfecta. Yo te declaro que al ver tu imagen y al leer tus palabras he descubierto en tí las sesenta y cuatro aptitudes y te he entronizado en mi corazón como reina y señora y he reconocido en tí mi *Padmini*, sin cuyo amor no podré tener nunca bienaventuranza. Ámame, pues, como yo te amo, y hazme dichoso como quiero yo que tú lo seas.

Nada puede oponerse á nuestra unión futura. La distancia importa poco. No tardaré yo en salvar la distancia, y el día en que menos lo pienses apareceré á tu lado y me verás de hinojos á tus plantas, pidiéndote que correspondas al inmenso amor que me inspiras.

No hay ya en mí calidad exótica y peregrina que te prohiba amarme. Yo poseo el antiquísimo saber de los brahmanes y de los *chatrias*, de cuyas castas combinadas desciendo; pero, he estudiado también y he logrado adquirir bastante del moderno saber de Europa. Y no le miro con prevención injusta, sino con cariño paternal, como retoño lozano de nuestras primeras, altas y fecundas doctrinas. Ya habrás notado que no escribo muy mal tu idioma y hasta que he imitado y casi traducido en sanscrito versos de Goethe. No

ignoro tampoco las literaturas francesa, inglesa y de otros pueblos. Y en lo tocante á religión, te diré con todo sigilo, pues no quiero aún escandalizar y alborotar á mis parientes y amigos brahmanes y *chatrias,* que he renegado, tres años ha, de la religión brahmánica, y me he hecho, en secreto, tan católico cristiano, como tú eres. Se debe esta conversión á cierto Padre jesuíta, de nación española, que llegó á esta ciudad, procedente de Filipinas y se detuvo algún tiempo entre nosotros. Era varón tan ilustrado, tan piadoso y tan elocuente y melífluo, que logró convencerme. Dios le bendiga y se lo pague. Callo su nombre, porque de seguro no te importa y porque no quiero lastimar su extremada modestia. Sólo añadiré que de mi trato frecuente con este bendito Padre, ha nacido en mí grande afición á la lengua castellana y que he adquirido y leído los mejores prosistas y poetas que en ella han escrito ó escriben.

Te callo también mi nombre indio, porque no quiero que le estropees y porque es tan enrevesado, que sólo aprenderás bien á pronunciarle por medio de la voz viva. Conténtate, por ahora, con saber que el venerable Padre jesuíta, mi catequizador, me puso al bautizarme el sevillano nombre de Isidoro. No seas voluble; ámame y no me olvides; no te enamores de ninguno de esos *dandíes* de la *Hof-Adel* ó nobleza palatina de Viena; per-

suádete de que mi nobleza es por lo menos tan clara y sin la menor duda muchísimo más rancia que la de ellos. La de ellos constará acaso en antiguos pergaminos, pero la mía consta en documentos fehacientes, redactados veinte siglos antes de que el pergamino se inventase, y muchos más siglos antes de que en Austria se usara y se contara entre los recados de escribir.

Ámame, repito, y ten fe y esperanza en mi amor. No necesitas buscarme, sino aguardarme. Pronto me verás á tus piés, adorándote rendido y suplicándote con toda el alma que seas la *Padmini* de tu

ISIDORO.“

IX.

Contentísima estaba Poldy al inferir y considerar, por la lectura de la carta, que su indio era ilustre y rico y que estaba perdidamente enamorado de ella. Puntos había, no obstante, en la carta, que hacían surgir en el espíritu de Poldy, reparos, contradicciones y hasta quejas. Harto jactancioso y nada galante ni fino le pareció el encomio que hizo el indio de su nobleza, con grave detrimento y aun menosprecio de la nobleza austriaca; pero Poldy excusaba y hasta absolvía al indio, conjeturando que en este particular había de

estar un tanto cuanto agriado su carácter, porque siendo él descendiente de Crishna, de Rama, de los Pandues, ó tal vez de algún Avatar, encarnación de Vishnú, de los que el Maharata celebra, se veía sometido á la extranjera dominación de los pícaros ingleses.

Poldy disculpaba así á su amigo, pero distaba mucho de darle la razón. Pensaba ella que los documentos nobiliarios valen sólo cuando goza de poder, alta posición y riqueza quien los exhibe, y que todo esto, salvo la riqueza, estaba menoscabado y deteriorado en su indio, que al fin era un humilde súbdito de S. M. Británica, y cualquier inglés empleado de Hacienda ó cualquier coronel de caballería podría mirarle de alto á bajo.

Poldy discurría, además, que el que vence y domina es siempre el heredero legítimo del vencido y dominado. Y esto en todas las épocas y regiones. En la Edad Media, por ejemplo, ya en una encrucijada, ya en abierto palenque, topaba un caballero andante con otro, y para probar la bizarría respectiva ó para hacer confesar al contrario, que su dama era la más hermosa, ó por quítame allá esas pajas, se arremetían ambos con furia y se daban de lanzadas. De resultas caía derribado de la silla uno de los dos caballeros, y en el instante, toda la gloria de sus proezas, toda la

nombradía que sus aventuras y hazañas le habían granjeado, se transferían al caballero vencedor como aditamento ó apéndice.

Poldy recordaba también haber leído que allá en América, cuando un cacique bisoño, que no había hecho aún cosa de provecho, se encontraba de manos á boca con otro cacique veterano, enemigo suyo, y célebre autor de doscientas mil ferocidades, y acertaba á darle tan terrible golpe con la macana que le derribaba y vencía, la fama toda del cacique veterano se trasladaba al cacique bisoño, y hasta era general creencia que en el bisoño se transfundían los bríos y la audacia del veterano, sobre todo si el bisoño le bebía la sangre ó se le comía, crudo ó guisado, después de haberle muerto.

Deducía Poldy, de cuanto va dicho, que los verdaderos nobles del día son los europeos, y muy singularmente, los alemanes, porque ejercen, con los adelantos y mejoras de nuestro siglo, todas las antiguas artes de la paz y de la guerra, por donde se señalaron y dominaron el mundo asirios y babilonios, medos y persas, egipcios, fenicios y cartagineses, y griegos y romanos, cuyas glorias todas, excelencias y privilegios se hallan hoy, según Poldy, en resumen, cifra y compendio, en sus egregios compatriotas, y por consiguiente, en ella también.

A pesar de todo, y después de haber hecho la indispensable rebaja, Poldy se complacía en que fuera noble su indio y hasta se figuraba llanísimo que fuese él naturalizado, *hof-fahig* sin la menor dificultad, y que asistiese con ella á la corte cuando estuviesen casados.

Como en Austria, además de la nobleza alemana, checa, polaca, húngara, rumana, croata, serba, dálmata, etc., la hay de origen irlandés, francés, español é italiano, claro está que podría haberla también de origen brahamánico y *chatriesco.*

Otra cosa, de las que enojaban algo á Poldy, era la presencia en la fotografía de aquellas tres bayaderas tan ligeramente vestidas y tan poco modestas y comedidas en sus bailes. Pero también Poldy se mostraba indulgente con este desafuero del indio, y si no le disculpaba, le explicaba y casi le perdonaba. El indio había tenido bayaderas, y había hecho aquella vida rota, de puro oriental, cuando estaba aún sumido en las tinieblas del paganismo, pero cuando, gracias al padre jesuíta, se convirtió á la verdadera religión, Poldy daba por segura su enmienda y el abandono en que había dejado sus viciosos deportes.

Lo único que en este negocio la apesadumbraba era que no hubiese sido el indio su catecúmeno, porque ella le hubiera convertido mejor que el padre jesuíta, y no le hubiera dado en la pila bau-

tismal un nombre tan feo como el de Isidoro. Poldy ignoraba quizás que había habido un santo arzobispo de dicho nombre, famosísimo sabio, que recogió y ordenó en sus libros todo el saber de su tiempo, y se atenía á lo que había oído decir á una vieja princesa, tía suya, terrible antisemita, la cual princesa se empeñaba en afirmar que el nombre de Isidoro era muy común entre judíos, por donde le repugnaba de tal suerte, que tuvo tentaciones de despedir á un excelente criado suyo porque se llamaba Isidoro, y sólo se resignó á conservarle en su servicio obligándole á llamarse Filidoro en adelante.

Por lo demás, Poldy no podía estar más alegre ni más satisfecha. El istmo de Suez acababa de abrirse y ya se presentía Poldy atravesando el canal, salvando el estrecho de Bab-el-Mandeb, y navegando por el Mar Eritreo, con rumbo hacia la India, para visitar las quintas, jardines y palacios de su joven esposo.

La venida de éste no podía ya tardar mucho, y Poldy se moría de impaciencia por verle vivo y no pintado, en cuerpo y alma y no en imagen. Lo que excitaba su curiosidad y le cosquilleaba suavemente las telas del cerebro era la condición de *Padmini,* que el joven indio le concedía. Ansiosa estaba de leer ó de que le leyesen el *Kama Sutra,* y de estudiar bien allí las sesenta y cuatro aptitudes ó

excelencias de la *Padmini,* para buscarlas en ella y convencerse de que las poseía y de que no era lisonja de su amigo.

En resolución, Poldy estaba inquieta y alborozada, pero con inquietud y alborozo llenos de dulces esperanzas y de amorosas y poéticas venturas.

X.

Muy distraída ó muy afanada debía de andar Garuda, cuando no se mostraba en la margen de la laguna á donde Poldy iba á buscarla de diario.

El indio seguía también tan invisible como Garuda.

Poldy languidecía de impaciencia é imaginaba en ocasiones que iba á marchitarse su juventud como entreabierta rosa, en cuyo seno, donde no cayó el rocío, penetran los rayos del sol en la estación estiva.

En efecto, estaba ya para acabarse el mes de Junio y el indio no había aparecido.

Una mañana, como de costumbre, entre diez y once, volvía Poldy de la laguna, donde en balde había buscado á la cigüeña.

Fatigada y triste, en medio de la senda por donde se volvía al castillo, Poldy se sentó al pie de un olmo, en un asiento rústico, y en lo más frondoso,

intrincado y bonito del parque. Un arroyuelo cristalino corría cerca murmurando. Crecían en su margen blancas y moradas violetas, y otras no cultivadas florecillas, que embalsamaban el aire con suave y grata fragancia. Floridos rosales de enredadera y otras plantas, que se ceñían á los troncos, y pasaban de un árbol á otro, como festones y guirnaldas, formaban allí misteriosa espesura y apartado recinto.

Sentada ya Poldy, se puso á meditar, y hubo de distraerse por tal arte, que, como vulgarmente se dice, se le fué el santo al cielo. Cuál no sería su asombro y cuál no sería su júbilo, cuando de repente sintió ruído y sin tener tiempo para recobrarse, vió llegar á un gentil caballero, que se aproximó respetuoso y vino á ponerse de hinojos á sus plantas.

Imposible dudar. Era el original de los tres retratos en fotografía. Vestido estaba con elegante traje de cazador, pero sin armas, porque no iba ya á caza de tigres, sino de palomas. Y en vez del salacot oriental, cubría su cabeza un airoso sombrero tirolés adornado con una pluma de águila.

El joven derribó por tierra el sombrero y descubrió los negros y abundantes rizos de su cabeza, antes de postrarse de rodillas.

Profunda fué la emoción de Poldy. El corazón le daba brincos en el pecho. El joven le pareció

mucho más bello en el original que en los retratos, y cuando oyó su voz, argentina, melodiosa, y rica de tonos persuasivos y suaves, que roban la prudencia y la calma, apenas pudo sostenerse y pensó que se desmayaba.

En aquella situación no era dable diálogo alguno. ¿Qué podían decirse los dos enamorados? ¿Con qué frases, en qué sobrehumano idioma acertarían á expresar sus agitadores sentimientos?

Sólo dijo él:

—Aquí estoy, Poldy. Tuya es mi vida. Quiero ser y seré tuyo para siempre. Yo te amo, yo te idolatro, yo te adoro.

¿Qué había de contestar Poldy, muda de asombro, radiante de alegría, y con el amor y el pudor luchando en su alma?

Hizo, no obstante un esfuerzo y se puso de pie, aunque turbada y vacilante.

Entonces él se levantó también y la estrechó irresistible y cariñosamente entre sus brazos. Luego, juntó su rostro al de ella y cubrió de besos su frente, sus mejillas y su fresca boca.

Conoció Poldy al fin el peligro en que se hallaba, se avergonzó de ceder con tanta facilidad á quien veía y oía por vez primera; y, prestándole fuerzas su lastimado decoro, rechazó con violencia á su amante, se desprendió de entre sus brazos, y procuró guarecerse de su atrevimiento

huyendo desolada y refugiándose en el castillo.

Á solas en su estancia, se repuso Poldy de su temor, logró calmarse, y en el fondo de su alma no pudo menos de conceder su perdón al príncipe indio. ¿Qué no perdonará una mujer á un joven gallardo y elegante, enamoradísimo de ella, y que viene á buscarla y á ofrecerle su mano desde tan remotos países? Y por otra parte, ¿qué había de hacer él cuando ella había enmudecido, trémula y palpitante, y no respondía á sus palabras? Si el indio no hubiera hecho lo que hizo, ó hubiera sido un ente sobrehumano de los que no se estilan, ó un mozalbete ruín, desmedrado y muy para poco.

Así pensó Poldy. Yo no digo si pensó bien ó si pensó mal. Digo solo que pensó así y que, en consecuencia de tales premisas, echó allá en su mente la absolución al joven indio.

Sacó luego de un cajón de su escritorio la fotografía iluminada y con morosa delectación se puso á contemplarla.

Tan embebecida estaba en esto, sentada junto á su bufete, donde había extendido la fotografía, que no vió ni oyó lo que pasaba en torno suyo.

De súbito, y cuando menos lo temía, oyó detrás de ella una estridente y sonora carcajada, tan diabólica y tan burlona como puede darla el más consumado cantante, haciendo el papel de Mefistófe-

les y atormentando á Margarita, en la ópera del *Fausto*. Con mucho sobresalto volvió Poldy la cara y vió apoyado en el respaldar de su silla á su hermano Enrique, con su facha de duende maligno, que se reía á casquillo quitado.

De ordinario era Poldy apacible y afectuosa con todas las gentes y singularmente con su enfermizo hermano, para quien no tenía palabra mala. Pero entonces la cegó la ira y dijo con cruel desabrimiento al Conde Enrique:

—¿De qué te ríes, imbécil? ¿De qué te ríes?

—Pues me río, contestó el conde tartamudeando, pues me río...

—Vamos... interrumpió ella. Dí, explícate. Dios te dé habla.

—Pues me río del enredo novelesco que has armado en tu cabeza, convirtiendo en príncipe indio ó en algo semejante... á mi antiguo amigo y camarada de universidad, Isidoro Ziegesburg.

—Esas son simplezas tuyas. El indio se parecerá á un estudiante que tú conociste. ¿Pero de dónde había de sacar el tal estudiante todas las magnificencias indostánicas, todos los peregrinos tesoros de que en esta fotografía aparece rodeado?

—Mira, hermana, mi amigo es tan rico y abundan tanto en su casa los objetos de toda laya, que lo mismo que aparece como indostaní en la fotografía, hubiera podido aparecer griego del tiempo

de Pericles, magnate egipcio de la época de los Faraones ó de los Ptolomeos, Mirza contemporáneo de Hafiz ó señor feudal del siglo de la primera cruzada. Y siempre con las alhajas, primores, requisitos y demás accesorios que á cada personaje caracterizan y son propios. Isidoro Ziegesburg, en una palabra, posee el más completo y admirable bazar de antiguallas y curiosidades que hay en Viena. ¿Qué digo en Viena? en toda Europa no hay otro que se le iguale. Isidoro, así por lo que heredó de su padre, como por lo que ha traído de sus peregrinaciones por todo el mundo durante cuatro años, es el más notable y acreditado de todos los chamarileros. Comprendo lo que ha pasado y por eso me río. Me río sin poderlo remediar.

Y el Conde Enrique se reía, y Poldy poniéndose colorada como las amapolas, estuvo á punto de darle de bofetones.

El conde advirtió que su hermana estaba furiosa, refrenó su hilaridad y siguió diciendo:

—Lo comprendo todo, porque Isidoro posee una bonita casa de campo á ocho kilómetros de este castillo. No extraño que lo ignores, porque tú estás siempre en Babia, arrobada en tus ensueños y sin ver la realidad de las cosas. Sin duda, en la citada casa de campo, ha de tener Isidoro algunos animales domesticados, y entre ellos la cigüeña blanca. Tuvo un día el capricho de colgar al cue-

llo de la cigüeña las tres poesías sanscritas, de cierto compuestas por él, porque es muy ingenioso y aprovechado estudiante. Él quiso embromar á alguien, sin prever á quien embromaría. Y quiso la suerte que los versos cayesen en tus manos y fueses tú la embromada. Lo demás que ha podido ocurrir, lo sabes tú mejor que yo.

—Sí que lo sé, dijo Poldy, más triste ya y más abatida que airada. Y pregunto yo ahora: ¿es incompatible el ser chamarilero y el pertenecer á la nobleza?

—En manera alguna es incompatible. Sujetos de muchas campanillas gustan en el día de hoy de hacer cambalaches y de comprar y vender antiguallas y curiosidades de todo género. Yo he oído decir al mismo Isidoro, cuando acababa de volver de sus peregrinaciones, que en Lisboa tenía un estupendo baratillo nada menos que un Palha, individuo de una de las más ilustres y antiguas familias portuguesas, según lo atestigua Cervantes en el *Quijote*. Y sin ir tan lejos, en la misma capital de Austria, hay un egregio conde que tiene tienda de cristalería, y otro muy distinguido caballero que la tiene de tejidos de lana en la calle de Carintia. ¿Por qué, pues, sin desdoro de sus timbres y blasones, no ha de tener un baratillo un señor de noble prosapia?

—Acaso, dijo Poldy, Isidoro de Ziegesburg en-

tre en esa cuenta. Acaso figure su nombre en el cuadro genealógico de las casas principescas, ducales y comitales, que publica todos los años el almanaque de Gotha, ó por lo menos en el libro de los condes, que también dá anualmente á la estampa el mismo editor Justo Perthes.

—Desengáñate, hermana. No te canses. Yo debo decirte la verdad, aunque te aflijas. Y la verdad es que Isidoro Ziegesburg es un judío.

No bien el conde Enrique hubo pronunciado aquella palabra, que sonó como la trompeta del juicio en las encendidas orejas de Poldy, criada y educada, por su madre y por su tía, desde la tierna infancia en el más feroz antisemitismo, cuando Poldy empezó á temblar como una azogada y tuvo un violento ataque de risa nerviosa. Tan violento fué que el conde Enrique se llenó de miedo, llamó al aya é hizo que trajesen á Poldy una taza de tila.

Cuando al fin se calmó Poldy, y cuando pasó su risa insana, empezó á suspirar y á sollozar, y derramó un mar de lágrimas.

Todavía se notaba en ella un raro movimiento nervioso. Con el pañuelo se secaba el llanto, pero se restregaba el pañuelo con violencia por las mejillas y por los labios, como si quisiese arrancarse la piel y los besos que en ella había estampado el príncipe indio, convertido ya en chamarilero israelita.

XI.

Luego que Poldy consiguió sosegarse un poco, cayó en muda y honda melancolía. Nada dijo á su hermano ni á su aya. Ellos no se atrevían á interrogar á Poldy. Encerrada en su estancia no iba ya á pasear por el bosque. Apenas se dejaba ver y tratar por las personas que en el castillo moraban.

Entre tanto, el joven Isidoro fué tan audaz que se aventuró á venir á visitarla, no ya recatadamente, sino en elegantísima victoria, tirada por dos soberbios trotones rusos, con la cual llegó hasta la puerta del castillo, subió las escaleras y se empeñó en entrar á ver á la joven condesa. Por fortuna, se opuso el aya que le recibió en la antesala. Isidoro dejó tarjeta y se retiró mal contento.

No desistió sin embargo, y repitió otras tres veces la tentativa. Á la cuarta vez, por orden de Poldy, el aya salió á desengañar á Isidoro, le afeó su tenacidad y atrevimiento, y le dijo que era inútil que volviese por allí á enojar y á atormentar á Poldy, que nunca habría de recibirle y á quien no volvería á ver en la vida.

El horror antisemítico que embarga el ánimo de la nobleza austriaca explica la conducta de Poldy, que parece extravagantísima, y hasta inexplicable en España.

Poldy se había enamorado entrañablemente de Isidoro, pero, siendo él judío, juzgaba ella imposible aceptarle primero por novio y luego por esposo. El caso sería mirado como una abominación sin ejemplo. Los hermanos de Poldy dejarían de reconocerla por hermana, sus tíos y tías por sobrina, y toda la *hig-life* vienesa de dieciséis cuarteles, la expulsaría de su seno como individuo degradado y corrompido.

Al pensar Poldy en esto, los cabellos se le erizaban y temblaba y tiritaba todo su cuerpo como si discurriese por él el frío que precede á la calentura.

Resuelta estaba Poldy á no volver á ver á Isidoro: pero no había previsto otra cosa y no había formado sobre ella plan ni propósito.

Á los pocos días de haberse negado ya por completo y para siempre á ver á Isidoro, Poldy recibió por el correo una carta suya. Tal vez, sin reconocer la letra, abrió la carta, tal vez reconoció la letra del sobre y sin embargo le rompió. De todos modos, una vez abierta la carta, Poldy no pudo resistir á la curiosidad y al interés que le inspiraba lo que en ella estaba escrito. Leyó, pues, y vió que decía: "El enojado, el quejoso, debía ser yo y no tú, hermosa Poldy; pero el amor que me inspiras es tan alto que no se le sobreponen los enojos y es tan firme que no hay queja que le hunda ni

acabe. Sigo, pues, adorándote, á pesar de todos los agravios. No fuí yo quien te solicitó. Tú me provocaste, tú me excitaste á que te amara enviándome tu retrato con un apasionado escrito. Me creiste brahman, nababo, príncipe de la India ó cosa por el estilo; y, no puedes negarlo, me amaste entonces. ¿Hay nada más irracional, ni más absurdo que tu desamor y tu furor de ahora, porque sabes que, en vez de ser brahman, soy israelita? Yo seguí tu humor al principio, fingiéndome brahman, pero, en lo tocante á nobleza no fingí nada. ¿Quién te ha dicho que un judío no puede ser noble? ¿De dónde infieres que tengo yo menos cuarteles que tú? Yo puedo presentarte mi evidente genealogía que se remonta hasta el mismo patriarca de Ur de los caldeos, pasando por reyes, caudillos, jueces y profetas. ¿Dónde andaban los germanos ni qué eran cuando el poderoso rey Salomón, mi pariente, erigía suntuoso templo al Dios único?

Creado su concepto en la mente de los hombres de mi casta, por ellos fué revelado al resto del humano linaje, idólatra y ciego. También el rey Salomón fundaba á Tadmor, espléndido oasis para las caravanas que iban á las orillas del Eufrates, y mandaba sus triunfadoras naves juntas con las de Hiram, á Ofir y á Lanka por un extremo, y á Gadir, á Tarsis y aun á las remotas Casitérides por el otro. Desde allí le traían, para autoridad, pasatiem-

po y deleite de él y de sus súbditos, cobre, estaño y ámbar, cándidas pieles de armiños y de cisnes, gimios y papagayos, especierías y perfumes, perlas y diamantes, marfil y oro.

Alguien de mi familia privó con Ciro el Grande y volvió con Zorobabel á reedificar la Ciudad Santa. De mi familia fué también el glorioso pontífice que infundió en el ánimo engreído y triunfante del Macedón Alejandro súbito acatamiento y saludable temor de las cosas divinas. Alguien de mi familia combatió gloriosamente por la patria al lado de los Macabeos y derrotó al rey de Siria Antioco Epifanes. Vé tú pensando mientras yo recuerdo estos sucesos que puedo demostrarte, en qué pobre choza ó en qué miserable zahurda estaba metida entonces tu desarrapada y salvaje parentela. Las brutales persecuciones de Demetrio Soter, después de la funesta batalla y de la heroica y gloriosísima muerte de los Macabeos, movieron á mi familia á emigrar á España. No quiero pecar de prolijo ni ser tildado de jactancioso, y por eso no cuento aquí por menudo las cosas extraordinarias que en España hicimos. Te diré, no obstante, que fué mi cercano pariente aquel gran rabino de Toledo que redactó la exposición, y fué el primero en firmarla, dirigiéndose á Caifás y tratando de convencerle, para que no condenase al santísimo Hijo de María. Al lado del rey

Alfonso VI de Castilla combatieron como héroes mis antepasados, contra la bárbara invasión de los almoravides, en la sangrienta rota de Zalaca. Yo cuento en mi familia inspirados poetas y admirables filósofos y teólogos, gloria de la Sinagoga española y de todo el judaísmo. Entre ellos descuella Jehuda Leví, el Castellano, á quien Heine celebra con entusiasmo fervoroso. El beso que Dios, al crearla, dió á su alma, viéndola tan bella, resuena aún en los cantares de aquel trovador admirable y produce divino encanto en los nobles espíritus que son capaces de sentirle y de comprenderle. Mi familia se estableció más tarde en Lucena, provincia de Córdoba, centro floreciente de las academias y liceos judáicos, donde las ciencias y las artes se cultivaron con abundante fruto. De allí salieron médicos, astrónomos, hombres de Estado y ministros de hacienda para multitud de monarcas, cristianos y muslimes, de los que reinaron en la península. Nosotros poseíamos un pintoresco castillo ó quinta de recreo, en el ameno nacimiento del río, cerca de la villa (hoy ciudad) de Cabra, y por eso tomámos el apellido de Castillo de Cabra, que traducido al alemán llevo ahora. Arrojados de España por el fanatismo antisemita, vinimos á parar á Austria, donde somos hoy víctimas de no menor absurdo fanatismo. Y no es lo peor el odio, sino el infundado desprecio con que nos tratáis,

¿Qué he hecho yo, qué ha hecho mi casta para que seamos así menospreciados? El dinero que ha ganado mi padre y el dinero que he ganado yo, ha sido ganado honradamente. Y para no cansarte, no digo aquí nada más de mi nobleza. Sólo me atreveré á indicar que todavía hay en España familias de las más altas clases, que se convirtieron á la religión cristiana en el siglo XV, y con las cuales me sería harto fácil probar mi parentesco. Baste lo dicho para que te inclines, oh, hermosa Poldy, á desechar tu loca repugnancia, impropia del clarísimo entendimiento que Dios te ha dado, y para que vuelvas á recibirme, me ames y seas mía.“

En Austria nadie sabe de fijo lo que hizo Poldy después de leer tan arrogante y disparatada carta. La general creencia es, sin embargo, la de que Poldy, aunque perdidamente enamorada del judío, no cedió ni se rindió á sus razones. Muy por el contrario, todos por allá dan un fin trágico y misterioso á la presente historia.

El castillo de Liebestein está solitario y ruinoso. En sus sombríos y desapacibles salones, llenos de polvo y telarañas, se afirma que vagan y circulan por la noche duendes y almas en pena.

El conde Enrique se fué de profesor á no sé qué universidad donde vive aún.

Y en cuanto á Poldy, unos aseguran que se ahogó bañándose, y dan otros por cierto que, de pro-

pósito y movida por la desesperación, se arrojó desde una barca en la vaguada ó centro mismo de la corriente del Danubio, y hasta añaden que con una gruesa piedra atada al cuello, para hundirse en el fondo, para que nadie pudiera salvarla y para que no resurgiese y se encontrase su cadáver.

XII.

Sin faltar descaradamente á la verdad, no hubiera podido tener mi cuento fin menos lamentable y menos vago, á no ser por un dichoso encuentro casual que tuve en Nueva York diez ó doce años después de la desaparición de Poldy.

En el espléndido club donde iba yo á comer casi de diario, me encontré á un rico y amable comerciante de origen español, trabé con él amistad y acabamos por hacernos muy íntimos.

Era hombre de cuarenta y cinco años á lo más, pero parecía más joven por lo muy guapo, alegre y elegante.

Nos reconocimos como paisanos de la patria chica, ó sea de determinada comarca, porque si no él, no pocos de sus entepasados fueron cabreños.

Ya adivinará ó sospechará el lector que este amigo mío, aunque naturalizado ciudadano de la

Gran República, era y se llamaba don Isidoro Castillo de Cabra.

Pronto me contó hasta los ápices y hasta los más escondidos lances de su vida. Poldy había luchado durante algunos meses, en espantosa indecisión, entre el amor que Isidoro le inspiraba y los deberes más ó menos artificiales que la ligaban á su patria, á su familia y á la alta clase á que pertenecía.

Por último, el amor triunfó en el alma de Poldy, mas no para quedarse en Austria desdeñada y aborrecida de sus hermanos y parientes. No: esto era imposible. Poldy tomó una resolución extrema, pero, en su caso, bastante justificada. Hizo correr la voz de que había muerto, se casó católicamente con el judío converso, y cambiando, ó mejor dicho, traduciendo su nombre, se vino á vivir con él á los Estados Unidos.

Isidoro se trajo todo el dinero que tenía y no pequeña parte de los preciosos chirimbolos, joyas y antiguallas de su bazar. El resto, así como los predios urbanos y rústicos de que en Austria era dueño, lo dejó al cuidado de un tío suyo muy de fiar y muy hábil.

En los Estados Unidos entró en grandes empresas y especulaciones y aumentó sus bienes de fortuna en vez de disminuirlos.

Él venía á Nueva York dos ó tres días cada se-

mana para despachar sus negocios que, por haber muy entendidos dependientes en su escritorio, no requerían de continuo su presencia. De aquí que la mayor parte del tiempo se le pasase en una quinta que había hecho construir á las orillas del Hudson, imitando en lo posible la traza y arquitectura del castillo de Liebestein. Como la quinta estaba sobre una peña, á semejanza del castillo, tuvo Isidoro la ocurrencia de darle casi el mismo nombre, aunque en lengua castellana y recordando un sitio muy romántico que hay entre Antequera y Archidona. La quinta de Poldy se llamó la *Peña de los Enamorados.*

Distaba la quinta mucho más de Nueva York que de Albany, capital del Estado de Nueva York, pero, como los trenes del ferrocarril van con extraordinaria rapidez en aquella tierra, y es deliciosa la navegación en los magníficos vapores que suben y bajan por el río, poco molestaba á Isidoro para ir y venir que fuese algo mayor la distancia. En cambio Poldy gustaba del sosiego y de la tranquilidad del campo y aborrecía el bullicio malsano de las ciudades muy populosas.

Rara vez Poldy iba á Albany y más rara vez aun iba á Nueva York. En su quinta gozaba ella de todo el bienestar, lujo y regalo que ofrece la civilización moderna á los que son muy ricos.

Poldy, aun saliendo poco, y para verse al espe-

jo, y para que su marido la viese, se vestía á la última moda, con esmero, buen gusto y acendrada elegancia.

Isidoro me llevó á la quinta, me presentó á Poldy y tuve el placer y la satisfacción de admirarla. Aunque frisaba ya en los cuarenta años, el sol de su hermosura brillaba en el cenit y ella parecía una diosa.

Admirable era la hospitalidad con que acogía en su casa á los huéspedes, contribuyendo á este fin el privilegiado talento de su cocinero, artista de primer orden.

Dos hijos tenía Poldy: una niña de ocho años y un niño de seis, que eran dos ángeles de puro bonitos.

Garuda, la cigüeña blanca, animal que goza de larguísima vida, vivía mansa, doméstica y feliz en la quinta, como si para ella el tiempo no corriese. Más bien había ganado que perdido, porque el plumaje de la pechuga, que tenía antes un viso ceniciento, había adquirido el brillo y la blancura de la nieve. Garuda parecía el genio familiar de la casa, el vivo resumen de los lares y penates de aquel hogar transportado desde el centro de Europa á la opuesta orilla del Atlántico.

No quiero decir más para encarecer la felicidad de que Isidoro y Poldy gozaban, á fin de no excitar la envidia de los que me lean. Voy, pues, á ter-

minar, haciendo una súplica á los lectores: que se callen lo que aquí revelo y no se lo escriban á los treinta ó cuarenta condes y condesas, hermanos, tíos, cuñados y sobrinos de Poldy, para que no se aflijan ni se escandalicen.

Madrid 1898.

CUENTOS Y CHASCARRILLOS ANDALUCES



INTRODUCCIÓN

La afición al *folk-lore* va cundiendo por todas partes. Se coleccionan los romances, baladas y leyendas, los raptos líricos del pueblo, los refranes, los enigmas y acertijos, y los cuentos, anécdotas y dichos agudos que por tradición se han conservado.

Como esta afición es muy contagiosa, nadie debe extrañar que se haya apoderado de nuestro espíritu.

De romances ó dígase de poesía épica popular en verso, se ha coleccionado ya mucho en España, y nada ó casi nada hay que añadir. D. Agustín Durán formó la más hermosa, rica y completa colección de romances castellanos, elevando con ella un monumento triunfal á nuestra literatura. Acaso no haya pueblo en el mundo que, en esta clase de poesía, presente nada que aventaje ó que al menos compita con nuestro Romancero. Para colmo en este género de la riqueza de nuestra península y para hacer mayor ostentación de ella, Garret ha

reunido y publicado los romances portugueses, y D. Manuel Milá y Fontanals y D. Mariano Aguiló han reunido los catalanes.

De seguidillas y coplas de fandango tenemos también excelentes colecciones, siendo sin duda la más importante de todas la de D. Emilio Lafuente Alcántara.

Sobre refranes se ha escrito y coleccionado mucho, señalándose recientemente en este género de trabajo D. J. M. Sbarbi.

Infatigables, atinados y diligentes en reunir y publicar producciones de toda clase de la musa vulgar y anónima, han sido y son aún el señor don Francisco Rodríguez Marín, residente en Sevilla y el Sr. Machado, conocido por el pseudónimo de Demófilo.

En lo tocante á cuentos vulgares ha habido, no obstante, descuido. En España nada tenemos, en nuestro siglo, que equivalga á las colecciones de los hermanos Griumm y de Musaeus en Alemania, de Andersen en Dinamarca, de Perrault y de la Sra. d' Aulnoy en Francia, y de muchos otros literatos en las mismas ó en otras naciones.

En España, sin embargo, se han publicado ya no pocos cuentos vulgares. No tenemos nosotros la pretensión de ser los primeros. Nuestra pretensión es más modesta. Sólo aspiramos á que se aumente, por virtud de nuestra diligencia, el tesoro

escrito de los cuentos que el vulgo refiere y que pueden perderse cuando no se escriben.

Los cuentos vulgares son de varias clases, por más que sea difícil marcar los límites que separan unas clases de otras.

Nosotros los dividiremos todos en tres clases distintas. Á la primera pertenecen los cuentos de hadas ó de encantamentos, los cuales son sin duda los más bonitos de todos, pero son también los menos castizos. Los tales cuentos, desfiguradas reliquias de antiguas y exóticas mitologías, y fragmentos tal vez de primitivas epopeyas, han venido emigrando desde la India, desde la Persia ó desde otros países del remoto Oriente; han pasado por todas las naciones de Europa y en casi todas ellas se han naturalizado. De aquí que apenas hay cuento de Perrault que no se contase en España antes de que Perrault le escribiera, y que, en cambio, apenas hay cuento de esta clase, que en España pueda escribirse ó se escriba ahora, que no esté ya escrito por un autor extranjero como propio de su tierra, donde le ha recogido de la boca del vulgo.

Otra clase de cuentos, si cuentos pueden llamarse, son hechos, lances, anécdotas ó dichos conservados por la tradición en determinados lugares y tal vez desfigurados ó enriquecidos con adornos por la imaginación del vulgo. De esta clase de cuentos, que nosotros titularíamos leyendas y tra-

diciones locales, no sabemos que haya en España una extensa colección. Muy de desear sería que esta colección se formara y se publicara.

Hay, por último, cuentos de otra clase, que son los que nosotros nos hemos decidido á reunir, y cuyo principal carácter distintivo es el de ser cómicos, jocosos ó chuscos. No hay nación que no posea rico caudal de tales cuentos, inspirados por el buen humor, ó sea por lo que llaman los ingleses *humour,* poniendo de moda la palabra, así en las naciones donde la han importado, como en aquellas en cuyo idioma la palabra existía ya, casi con la misma significación y sentido. En castellano, sin duda, no hemos tenido que dar á la palabra humor el sentido que *humour* tiene en inglés. Creemos que desde antiguo, aun sin llevar el calificativo de *bueno,* humor equivalía entre nosotros á *humour* entre los ingleses. Hombre de humor, era como decir hombre gracioso, chistoso, agudo y alegre. Los vocablos que nos faltaban eran los derivados de humor, que se han introducido recientemente en nuestra lengua. Son estos vocablos *humorismo* y *haumorístico.*

Grande es la estimación que siempre y en todas partes se ha concedido á la literatura humorística. Hoy, que vivimos en una época triste, en una sociedad revuelta y algo desquiciada y con los espíritus llenos de melancolía, á causa, en gran parte,

del alimento malsano que nos propinan los pensadores y filósofos pesimistas, lo jovial y alegre es más de desear que nunca para remedio de aquel mal, para triaca de aquel veneno y para clara demostración de que el vulgo no está, por dicha, tan aburrido y desesperado como se supone, y aun se deleita en inventar ó en guardar en la memoria y en referir cosas de burlas y de risa.

Los críticos han fijado su atención, ahora más que nunca, en las producciones del humor alegre en los diferentes pueblos de la tierra.

En Londres, por ejemplo, se está publicando una serie de volúmenes elegantemente impresos é ilustrados con preciosas láminas y viñetas, que se titula *Library of humour*. En esta colección, donde cada tomo vendrá á tener 400 páginas, van ya publicados el humor de Francia, el de Alemania, el de Italia, el de América, el de Holanda, el de Irlanda, el de Rusia, el del Japón y el de España.

En el de España se insertan, por orden cronológico y muy bien traducidos, fragmentos ó pasajes de las obras de nuestros singulares autores, desde el poema del Cid, hasta las novelas y versos de los autores que hoy viven, como Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Palacio Valdés, Campoamor y Leopoldo Alas. Contiene, además, el tomo de *El humor de España* no pocas producciones anónimas, como son proverbios, cantares del pueblo,

anécdotas, chistes de los periódicos, y cuentos y chascarrillos vulgares.

En la colección que nosotros vamos á ofrecer al público, nos limitaremos á un solo género, pero en extremo abundante: á los cuentos y chascarrillos, y no á los que se cuentan por todas partes, sino á los que hemos oído contar en Andalucía, distinguiéndose casi todos ellos por cierto color y cierta traza propios de aquella tierra. No es esto afirmar que todos nuestros cuentos sean de invención andaluza. Difícil, casi imposible, sería averiguar el origen de cada uno. Sólo afirmamos que los cuentos y chascarrillos que insertamos en este volumen, se cuentan todos en Andalucía. Acaso pasen de setenta los que vamos á coleccionar aquí; pero como hay centenares y centenares, es evidente que se nos quedan muchos en el tintero. Otros colectores ó nosotros mismos, si este tomo no desagrada al público, podrán ó podremos aumentar la colección con nuevos volúmenes.

En el presente hemos procurado exponer con fidelidad cada una de las historias, tales como el vulgo las refiere, y hasta imitar, en lo posible, la natural sencillez del estilo del vulgo. Nada, absolutamente nada, es invención nuestra.

No faltan cándidos autores que califiquen á la musa popular de casta. Y, ¿quién sabe? Acaso lo sea en el fondo. Acaso no peque sino por lo fran-

ca y desprovista de aquellos disimulos, pleguerías y circunloquios que encubren la desnudez, y constituyen, ó si no constituyen, contrahacen la decencia.

De todos modos, nosotros damos por seguro que hasta los cuentos más verdes del vulgo, son en el fondo menos contrarios á la moral que muchas atildadísimas novelas, donde no hay frase, suceso ni lance escabroso que no esté envuelto en un velo tupido de perífrasis poéticas y elegantes. En suma, los cuentos y chascarrillos vulgares, más que por inmoralidad, pecan á veces por rudeza y grosería. A fin de no escandalizar ó disgustar con dicho defecto, hemos suprimido no pocos cuentos que ya teníamos redactados y que nos parecían graciosos. No hemos podido, sin embargo, resistir á la tentación de incluir en este tomo algunos de aquellos cuentos en que se nota con mayor ó menor intensidad el defecto ya mencionado. De esperar es que nos lo perdone el benigno lector, á quien humildemente nos encomendamos. Entiéndase, á fin de que se logre este perdón, que no componemos un libro para lectura, instrucción y recreo de señoritas y de niños. Y entiéndase además que en este libro no tenemos la única pretensión de entretener y divertir, sino que también tenemos la pretensión de fijar y de guardar por escrito algo de lo que pudiéramos llamar la poesía

épicocómica vulgar y difusa, prestándole adecuada forma literaria para que se salve del olvido.

Nos importa advertir, por último, que el pueblo español, por lo mismo que es muy creyente y fervoroso católico, trata á veces con pasmosa confianza las cosas divinas, sin que en esta familiaridad haya irreverencia ni mucho menos malicia. Cuento hay que, interpretado por un espíritu pervertido y avieso, podría creerse compuesto por Voltaire, pero que en realidad es invención de nuestro pueblo, el cual le inventó con candor y no tuvo ni remotamente al inventarle el propósito de ofender á Dios, ni á los santos, ni á los ángeles, ni de contradecir ó impugnar en lo más mínimo los dogmas y creencias de nuestros mayores.

Es casi seguro que muchos de los cuentos del vulgo andaluz que parecen más volterianos, fueron compuestos en los claustros y en las sacristías, por gente de sotana y cuando había Inquisición en nuestro país, y fueron oídos y celebrados con risa por clérigos, frailes y familiares del Santo Oficio. Juzgaban éstos, y en nuestro sentir importa conservar el mismo criterio, que la verdad católica y la pureza de la fe que la acepta y la conserva sin menoscabo, están tan altas, que no hay chiste que las hiera ó lastime. Y están tan arraigadas en la mente y en el corazón de los españoles, que ni en lo antiguo se concebía ni se debe concebir ahora

que haya chuscada que prevalezca contra ellas, ni chusco, narrador ó inventor de cuentecillo que al componerle ó referirle haya tenido la menor intención antireligiosa.

Todavía en abono de nuestro propósito de coleccionar cuentos vulgares, nos incumbe decir que los que coleccionamos y publicamos ahora están inmediatamente tomados de la boca del vulgo, pero que sería muy curioso é interesante reunir y coleccionar también otros cuentos vulgares de España, no de los que han recibido ya forma literaria y están en colección como la del Conde Lucanor, del Infante D. Juan Manuel, la del Patrañuelo y la del Alivio de caminantes, de Juan de Timoneda, y como la hecha recientemente de cuentos mallorquines por el Archiduque de Austria Luis Salvador. Estas colecciones existen ya y lo curioso sería coleccionar la multitud de cuentos que han recibido también forma literaria y se hallan esparcidos en las obras, en verso y prosa, de nuestros más ilustres autores clásicos.

Los lacayos graciosos de las antiguas comedias españolas, y especialmente los de Calderón y de Tirso, refieren á menudo cuentos y chascarrillos, como, por ejemplo, el tan celebrado y sabido de memoria por todo el mundo, del vidriero que recibió de Tetuán centenares de monas.

No tienen, por lo general, estos cuentos más

propósito que el de mover á risa; pero ocurren á veces casos á los que dichos chascarrillos vienen á aplicarse, resultando ó del mismo chascarrillo ó de su aplicación una terrible moraleja. Valga para muestra el chascarrillo que refiere, si no lo recordamos mal, un gracioso de Tirso, acerca del hombre que tenía un tumor, y que se gastaba su dinero en médicos y en cirujanos, los cuales no acertaban á curarle. Cada día iba él empeorándose é iba el tumor creciendo, hasta que un día el enfermo acertó á estar cerca de la mula del Doctor que le asistía. La mula era muy maliciosa y sacudió con tanto tino una coz al enfermo que le reventó el tumor y al fin le dejó sano. Ahora aplican por ahí este cuento á los asuntos de Cuba: los médicos que no aciertan con la curación son nuestros adalides y nuestros políticos y se supone que la mula maliciosa será á la postre la Gran República de los Estados Unidos, si bien contradice la exactitud de la aplicación, entre otras cosas, que en la aplicación la mula no sólo acaba por reventar el tumor de una coz, sino que á fuerza de darnos coces, le produce antes, y luego le fomenta y casi le gangrena, pudriéndonos la sangre.

Como quiera que ello sea, el estro vulgar, que ha dado origen á muchos chascarrillos, ha sido siempre estimado y aprovechado por nuestros más gloriosos ingenios. Sólo de las obras de Mi-

guel de Cervantes Saavedra se podrían entresacar no pocos de los mencionados chascarrillos, que él oyó contar y á los que dió forma imperecedera. Así, pongamos por caso, la historia del deudor que escondió en un bastón hueco la cantidad que debía, á fin de burlar al acreedor; lance que da ocasión á una discreta sentencia de Sancho Panza; que ya estaba escrito, en tiempo del Emperador Augusto, por el sofista griego Conon, y que fué reproducido más tarde, en la Edad Media, como milagro de San Nicolás, en versos latinos. Y así también el chascarrillo, que el mismo D. Quijote refiere, de la dama que, teniendo como pretendientes á sabios teólogos y jurisconsultos, eligió y concedió sus favores á un lego motilón, diciendo á quien por esto la motejaba que para lo que ella le quería sabía él más filosofía que Aristóteles.

Sirva todo lo dicho como prueba del valer poético que tienen los chascarrillos y del aprecio con que han sido mirados por nuestros clásicos, á pesar de la rudeza y de la grosería licenciosa que en dichos chascarrillos suele haber con frecuencia.

Y si Tirso, Calderón y Cervantes, gustaron de los chascarrillos y se complacieron en darles forma literaria sin que nadie por ello los condene, bien se nos debe tolerar á nosotros, sin incurrir en censura, ya que no merezcamos aplauso, que imitemos, aunque desmañadamente, sin la menor in-

tención de ofender á Dios ni al prójimo, á los autores ya nombrados, flor y nata de los ingenios españoles.

Antes de concluir no nos parece inútil prevenirnos contra dos acusaciones que se nos pueden dirigir.

Es una de ellas la de que tal vez haya en nuestra colección cuentos escritos ya y coleccionados por otros autores. Contra esto decimos y afirmamos que nosotros los hemos tomado de boca del vulgo y que no hemos querido cansarnos en buscar si alguien antes de nosotros ha escrito los mismos cuentos. De esperar es que los escritos por nosotros tengan siempre alguna novedad en la escritura.

La otra acusación que presentimos y de la que queremos defendernos, es de la abundancia de historias y lances que hay en nuestro libro, cuyo fundamento es cierto vaporoso producto del ser humano. Á fin de hacer sobre este punto nuestra apología, diremos que desde las edades más remotas dicho producto ha sido mirado ó más bien oído como fuente de chistes y de gracias, concediéndosele á veces hasta cierta virtud adivinatoria y agorera, así como al estornudo.

El mismo venerable poeta Homero no cree rebajarse escribiendo sobre el caso y contándonos que el hijo de Júpiter y de Maya, dios de la elocuencia

é inventor de la lira, no se limitó á estornudar, sino que lanzó otro agüero para escapar de entre las manos de Apolo, que, por ladrón de sus bueyes, le retenía cautivo.

Lo diremos en griego para mayor claridad, y como documento fehaciente de que el númen de comerciantes y banqueros se valía de tretas y hacía emisiones algo sucias:

οἰωνὸν προέηκεν,..................
τλήμονα γαστρός ἔριθον, ἀτάσθαλον ἀγγελιώτην.

Y dicho ya cuanto teníamos que decir para que se comprenda el objeto de este libro y para que no se nos culpe sin fundamento de pecaminosas desenvolturas, ponemos punto á la Introducción y rogamos al público que reciba con indulgencia y lea estos cuentos y chascarrillos, donde en nosotros sólo tendrá que aplaudir ó que reprobar la forma, pues el fondo es suyo.

Madrid, 1896.

LAS GAFAS

Como se acercaba el día de San Isidro, multitud de gente rústica había acudido á Madrid desde las pequeñas poblaciones y aldeas de ambas Castillas, y aun de provincias lejanas.

Llenos de curiosidad circulaban los forasteros por calles y plazas é invadían las tiendas y los almacenes para enterarse de todo, contemplarlo y admirarlo.

Uno de estos rústicos entró por acaso en la tienda de un óptico en el punto de hallarse allí una señora anciana que quería comprar unas gafas. Tenía muchas docenas extendidas sobre el mostrador; se las iba poniendo sucesivamente, miraba luego en un periódico, y decía:

—Con éstas no leo.

Siete ú ocho veces repitió la operación, hasta que al cabo, después de ponerse otras gafas, miró en el periódico, y dijo muy contenta.

—Con éstas leo perfectamente.

Luego las pagó y se las llevó.

Al ver el rústico lo que había hecho la señora quiso imitarla, y empezó á ponerse gafas y á mirar en el mismo periódico; pero siempre decía:

—Con éstas no leo.

Así se pasó más de media hora; el rústico ensayó tres ó cuatro docenas de gafas, y como no lograba leer con ninguna, las desechaba todas, repitiendo siempre:

—No leo con éstas.

El tendero entonces le dijo:

—¿Pero usted sabe leer?

—Pues si yo supiera leer, ¿para qué había de mercar las gafas?

ELOCUENCIA VIZCAINA

El obispo de Málaga más de cien años há era un varón lleno de saber y virtudes y predicador elocuentísimo. Tenía además tan alegre y suave condición y tanta afabilidad y llaneza en su trato que, lejos de enojarse, gustaba de que sus familiares discutiesen con él y hasta le embromasen.

Era el obispo vizcaíno, y sus familiares, al poner por las nubes su elocuencia, la calificaban de extraña y única entre los hijos de las Provincias Vascongadas, donde, según ellos, no hubo jamás hombre que no fuese premioso de palabra ni clérigo que no pasase por un porro y que en el púlpito no se hiciese un lío.

Movido el bondadoso prelado de su cristiana modestia y de su ferviente patriotismo, sostenía lo contrario, y llegaba á asegurar que lo menos había entre los presbíteros vizcaínos, sus contemporáneos, tres docenas que valían más que él por la ciencia, el arte y la inspiración con que enjaretaban sermones.

Como pasaba el tiempo y no parecía por aquella diócesis ningún clérigo vizcaíno, la disputa se hacía interminable. El obispo no probaba su afirmación de un modo experimental y práctico, y los familiares seguían erre que erre, negando á todos los vizcaínos, menos á Su Señoría Ilustrísima, la capacidad para la oratoria sagrada.

Acertó al cabo á venir á Málaga en busca de amparo y protección un clérigo guipuzcoano que había estudiado con el obispo en el mismo Seminario y había sido allí grande amigo suyo. El obispo le recibió muy bien y le hospedó en su palacio. No tardó, cuando estuvo á solas con él, en hablarle de las discusiones sin término que con sus familiares tenía, y luego le dijo:

—Muy á propósito has venido por aquí para que, valiéndome de tí, demuestre yo la verdad de mi tesis. De hoy en ocho días habrá una gran función en la catedral, y es menester que tú prediques y que el sermón sea tan hermoso y edificante que eclipse, obscurezca y deje tamañitos cuantos yo he compuesto hasta ahora.

—¿Pero cómo ha de ser eso—interrumpió el clérigo muy azarado,—cuando yo, bien lo sabes, sé tan poco de todo, y tengo tan corta habilidad que no me he atrevido jamás á subir al púlpito?

—Dios es Todopoderoso y bueno—contestó el obispo.—Pon en Dios tu esperanza, y no dudes

de que por tí y por mí hará en esta ocasión un gran milagro.

Confiando en la bondad divina y más inspirado que nunca el obispo, recatándose de todos y muy sigilosamente, escribió aquella misma noche una verdadera obra maestra, un dechado de perfección; lo mejor acaso que había escrito en su vida.

Á la mañana siguiente entregó el sermón al clérigo su amigo, y le excitó para que se le aprendiese muy bien de memoria.

Con extraordinaria repugnancia y miedo, por recelar que no podría aprender el sermón ó que le olvidaría después de aprendido, nuestro clérigo (¡tal era el afán con que aspiraba á complacer á su protector!) tomó en la memoria en dos días el sermón entero y sin titubear ni pararse, le recitó como un papagayo delante del obispo. Empleó éste otros dos días en enseñar al flamante predicador la entonación, el gesto y el manoteo correspondientes á cuanto tenía que decir.

El obispo quedó complacidísimo; calificó de admirable aquella oración pronunciada por su amigo, y se prometió y le prometió un triunfo estrepitoso.

En seguida anunció que el predicador iba á ser su paisano, y lleno de orgullo patriótico dijo á sus familiares:

—Ya verán ustedes lo que es bueno. Ya tendrán

ustedes que confesar que este humilde sacerdote de mi tierra y de mi gente predica mejor que yo; es un nuevo Juan Crisóstomo, un raudal de elocuencia y un pozo de sabiduría. En adelante no me embromarán ustedes afirmando que, exceptuándome á mí, no hay vizcaíno que predique.

Llenos de impaciencia estaban todos, ansiando oir predicar al vizcaíno.

Llegaron por fin el día y la hora de la función. La catedral estaba de bote en bote. El obispo y los canónigos asistían en el coro con todo el aparato y la pompa que requerían las circunstancias. En el centro del templo y á no muy larga distancia de la cátedra del Espíritu Santo, se parecían las damas más devotas y elegantes de la ciudad, lindísimas muchas de ellas, todas con basquiña y mantillas de blondas y con rosas, claveles y otras flores en la cabeza. Hombres y mujeres del pueblo llenaban las naves. Era extraordinaria y muy general la curiosidad de oir al nuevo predicador, cuya buena reputación anticipada había cundido por todas partes.

Por fin, apareció en el púlpito nuestro vizcaíno y empezó su sermón con tal habilidad y gracia que la admiración, el asombro y el santo deleite henchían los corazones y los espíritus de todo el auditorio.

Pero ¡oh, terrible desgracia! cuando el sermón

iba ya mediado, quiso la suerte, ó mejor dicho, quiso la divina providencia que al vizcaíno, que se le sabía tan bien de carretilla, se le fuese el santo al cielo. Trasudaba, se retorcía, se angustiaba y se desesperaba, y todo en balde, por que no podía volver á coger el hilo. Sin duda, iba á tener que bajar del púlpito con el sermón á medio acabar. El descrédito y la caída iban á ser espantosos. Y era lo peor que el sermón quedaba interrumpido en el momento de mayor interés y más lastimoso: cuando el predicador acababa de ponderar los infortunios que Dios había enviado sobre nuestra nación, ó para probarla ó para castigar sus muchos pecados, por medio de sequías, epidemias, guerras y malos gobiernos.

El vizcaíno, viéndose en tamaño apuro, perdió por completo la cabeza, y dirigiéndose al obispo, que estaba en la silla episcopal, y hablándole con desenfado, con furia y con la intimidad archifamiliar del antiguo condiscípulo, aunque por fortuna en idioma vascuence, allí completamente ignorado, lanzó votos y reniegos, le denostó y le echó en cara que por culpa suya estaba pasando las penas derramadas, puesto en berlina y amenazado de tener que apelar á una retirada vergonzosa.

¿Quién sabe si fué milagro del Altísimo? Lo cierto es que de repente, cuando descargaba en su lengua nativa aquel diluvio de vituperios sobre el

obispo, el vizcaíno, con iluminación súbita y dichosa, volvió á recordar todo lo que del sermón le quedaba por decir. Inspirado además no menos dichosamente, exclamó:

– Hasta aquí Jeremías, en sus Trenos ó Lamentaciones.

Y luego prosiguió recitando con fogosa vehemencia y con primor y acierto el resto del sermón hasta llegar á lo último.

Cuantos le oyeron quedaron edificados y maravillados. El obispo demostró que había vizcainos que predicaban por lo menos tan bien como él. Y no hubo nadie que no calificase al clérigo de excelente predicador y además de tan erudito y versado en las Sagradas Escrituras que se las sabía de coro y las citaba en el texto original hebreo.

LOS SANTOS DE FRANCIA

En una de las mejores poblaciones de la Mancha vivía, no hace mucho tiempo, un rico labrador, muy chapado á la antigua, cristiano viejo, honrado y querido de todo el mundo. Su mujer, rolliza y saludable, fresca y lozana todavía, á pesar de sus cuarenta y pico de años, le había dado un hijo único, que era muy lindo muchacho, avispado y travieso.

Como este muchacho estaba mimadísimo por su padre y por su madre, era harto difícil hacer carrera con él. A pesar de su mucha inteligencia, á la edad de diez años, leía con dificultad y al escribir hacía unos garrapatos ininteligibles. Lo único que el chico sabía bien era la doctrina cristiana y querer y respetar al autor de sus días y á su señora mamá. El niño era tan gracioso y ocurrente, que tenía embobado á todo el vecindario. Cuantos le conocían le reían los chistes y ponían su ingenio por las nubes, con lo cual al rico labrador se le caía la baba de gusto.

—¡Qué lástima, decía, que este chico se críe cerril en el pueblo, sin hacer más que jugar al hoyuelo, á las chapas, al toro y al salto de la comba, con todos los pilletes! Si yo le enviase á un buen colegio, en una gran ciudad, sin duda que volvería hecho un pozo de ciencia, sería la gloria y el apoyo de mi vejez y serviría y honraría á su patria.

Tanto caviló en esto el labrador, que al fin, sobreponiéndose á la pena que le causaba el separarse de su hijo, le envió á que estudiase en París nada menos.

Seis años estuvo por allí estudiando en uno de los mejores colegios primero y después en la Sorbona.

Como él era, naturalmente, muy despejado, aprovechó mucho, y volvió á casa de sus padres sabiendo cuanto hay que saber, y además elegantísimo y atildadísimo: hecho un verdadero dije; lo que ahora llaman un *dandy*, un *gomoso*.

El padre y la madre estaban más encantados que nunca. Sólo no gustaban de cierto irreverente desenfado que el chico tenía y de que daba muestras á cada paso.

Iba á entrar ó á salir por una puerta, y exclamando:

—San Fasón, San Complimán, San Ceremoní,—pasaba antes que su padre.

Hablaba su padre y le interrumpía, y no le dejaba hablar, diciendo:

—San Fasón, San Complimán, San Ceremoní.

Se ponían á la mesa y se servía antes que su padre y madre, tomando lo mejor de cada plato y diciendo siempre: – San Fasón, San Complimán, San Ceremoní.

El padre disimuló al principio, ya que por todo lo demás el muchacho le embelesaba: pero, al cabo, hubo de cargarse, perdió la paciencia, y dijo al chico con grande enojo:

– Mira, hijo mío, vete muy enhoramala y no me invoques ni me mientes más en tu vida á esos santos de Francia, que serán muy milagrosos, pero que están infamemente mal criados.

FECUNDIDAD DE LA MEMORIA

El señor no estaba en casa, y el negrito que le servía, abrió la puerta á un forastero muy pomposo.

—¿Está en casa su amo de usted?—preguntó el forastero.

—Ha salido,—contestó el negrito.

—¡Cuánto lo siento!—exclamó el forastero.—No traigo tarjetas.

—¿Qué importa eso? No se apure: diga su nombre; el neguito tiene buena memoria y no le olvidará.

—Pues bien: diga usted á su amo que ha estado aquí á visitarle D. Juan José María Díez de Venegas, Caballero Veinticuatro de la ciudad de Jerez. ¿Se acordará usted?

—¿Y cómo no?—dijo el negrito.

En efecto; cuando volvió su amo el negrito le dijo:

—Zeñó, aquí han estado á visitar á su merced D. Juan, D. José, doña María, diecinueve negas, veinticuatro caballeros y la ciudad de Jerez.

CONVERSIÓN DE UN HETERODOXO

Vivía en Sevilla, hará más de dos siglos, un clérigo tan sabio en Teología y tan gran predicador, que era el pasmo y la gloria de la ciudad, y tan afable con sus iguales, tan modesto con los superiores y tan llano y caritativo con la gente menuda, que se había ganado la voluntad de todo el mundo.

El demonio, que es envidioso y que todo lo añasca, se ingenió de suerte que hizo que el tal clérigo, á fuerza de meditar y de cavilar en las cosas divinas, viniese á caer en uno de los más espantosos errores que pueden afligir á la pobre y limitada inteligencia humana y que pueden dar al traste con los merecimientos y excelencias de un buen cristiano.

Se empeñó nuestro clérigo en considerar absurdo que siendo Dios uno fuese también Trino. Y no sólo se empeñó en considerarlo, sino que se esforzó por demostrar su error y por difundirle y divulgarle con la misma maravillosa elocuencia

que había empleado antes en sus piadosos sermones y homilías.

No acertaremos á ponderar la profunda pena y la consternación que se apoderaron del ánimo de los señores inquisidores, del arzobispo, de toda la clerecía y de cuantas personas honradas y devotas había en Sevilla, al enterarse de la tremenda caída de aquel eminente teólogo y de la insolencia infernal con que iba propagando por todas partes una herejía tan perversa como la de Arrio y la de Mahoma.

Mucho lamentaron y lloraron el extravío de nuestro clérigo los numerosos amigos con que contaba y muy singularmente los señores inquisidores; pero la obligación está por cima de todo, y más aún cuando se trata de la pureza de la fe. Una migajilla de levadura puede fermentar toda la masa. Un ligero asomo de corrupción, una pequeña llaguita puede inficionar y gangrenar el cuerpo sano de la república si no se acude pronto al remedio, cauterizando la llaguita, ó digamos quemándola.

Como la llaguita era el clérigo susodicho, era indispensable, laudable é inevitable quemarle vivo, si no se arrepentía y retractaba. Le encerraron, pues, en un calabozo de la inquisición y empezaron con toda solemnidad á formar contra él el proceso.

Poco había que hacer, porque el clérigo, no sólo estaba convicto, sino que se jactaba de su abominable doctrina.

Deseosos, sin embargo, de salvarle, los teólogos más sutiles y dialécticos acudían al calabozo á discutir con el hereje, ya en forma silogística, ya *en materia*, ya valiéndose de la razón y elevándose á las más altas y metafísicas especulaciones, ya con argumentos de autoridad y citas de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y de los Concilios, para ver si lograban que se convenciese de su nefando error y que al fin se retractase. Así se evitaría la de otra suerte inevitable chamusquina, que deploraban todos, por el entrañable cariño que profesaban al obcecado y simpático delincuente.

Éste, excitado sin duda por el espíritu de contradicción, y aun, á lo que se sospecha, por el espíritu de las tinieblas, resultaba más terco, más contumaz y más aferrado en su opinión, después de cada disputa. Y como sabía más que Lepe, y también mucho más que todos los que con él iban disputando, y como asimismo estaba dotado de una facundia grandilocuente y ciceroniana, á todos los arrollaba y vencía, desbaratando y refutando cuantos argumentos aducían en contra y permaneciendo siempre en sus trece.

—¡Qué calamidad!—decía el arzobispo.

—¡Qué caso tan lastimoso!—exclamaban en coro los canónigos y los beneficiados.

—¡Horror, horror, horror!—decían por último los inquisidores, suspirando los unos, y gimiendo los otros. Pero en fin, añadían, no hay más recurso. No hay más esperanza: *coruptio optimi pesima*: será menester quemar vivo á este prodigio de sabiduría.

Todo estaba dispuesto ya y sólo faltaban tres ó cuatro días para que con pompa solemne y edificante se verificara la quema, cuando cierto lego franciscano, que tenía fama de bruto y de zafio, pidió con decidido empeño licencia para ver al preso, afirmando y pronosticando, con la mayor seguridad, que él le convencería y lograría que se retractase.

Aunque no era ocasión de risas ni de burlas, porque los inquisidores estaban muy afligidos, todavía se rieron y se burlaron algo de la vanidosa y ridícula pretensión del lego. Tan extremada fué, no obstante, su pretensión, que al cabo cedieron los inquisidores y se verificó la entrevista.

—¿Cuántos Dioses hay?—preguntó el lego.

—Uno—contestó el clérigo.

—¿Y personas?—volvió á preguntar el lego.

—Una también—replicó el otro.

—Pues no, señor—dijo entonces el lego:—Las personas son tres, y sobre todo, como usted no

tiene que mantenerlas, lo mismo le importa que sean tres que trescientas.

A razonamiento tan atinado el clérigo no tuvo nada que contestar, quedó plenamente convencido y prometió retractarse.

Cuando por toda Sevilla se supo la victoria del lego, el pueblo entusiasmado le creyó un bendito siervo de Dios que, valiéndose de su gracia, había hecho aquel estupendo milagro. La plebe entusiasta paseó al lego en triunfo por calles y por plazas. Al clérigo hereje arrepentido le pusieron en libertad. Los inquisidores, con lágrimas de alegría le abrazaban conmovidos. Se habían quitado de encima del corazón el enorme peso de tener que achicharrarle.

El Sr. Arzobispo se holgó también lo que no es decible y mandó cantar en la catedral un solemne *Te Deum*. Hasta hay quien asegura que, para mayor regocijo, los seises bailaron en aquella ocasión y tocaron las castañuelas.

MANIFESTACIONES DE DUELO
DEL REY DE PORTUGAL

Un portugués contaba á un andaluz los extremos de doloroso sentimiento que hizo el Rey de Portugal por la muerte de la Señora Infanta, su linda hija.

Extraordinarias eran las cosas que el portugués refería; pero el andaluz, en vez de maravillarse, decía siempre:

—¿Y no hizo más que eso?

Algo enojado el portugués de que el andaluz no se maravillase, ponderaba cada vez más las manifestaciones de duelo de Su Majestad Fidelísima.

El andaluz, no obstante, permanecía indiferente y no se cansaba de repetir:

—¿Y no hizo más que eso?

El portugués perdió por último la paciencia, y dijo para terminar:

—*Ainda fiz mais: mandou que en todo o reino ninguem creese'en Deus en tres annos, para que Deus, nos tempos vendouros, saiva como se ten de conduzir con o Rei de Portugal.*

LA REINA MADRE

I.

En un pequeño lugar de la provincia de Córdoba vivía un pobre labrador, joven y guapo, cuya mujer era la más linda muchacha que había en cuarenta ó cincuenta leguas á la redonda. Fresca y robusta, estaba rebosando salud. Y tenía tan apretadas carnes que, según afirmaba su marido, era difícil, cuando no imposible, pellizcarla. Su pelo era rubio como el oro, y sus mejillas parecían amasadas con leche y rosas.

Marido y mujer se idolatraban.

Hacía poco tiempo que estaban casados; siempre se estaban arrullando como dos tórtolos, pero aun no tenían hijos.

Ambos eran tan simpáticos, que contaban con multitud de amigos en la vecindad y aun en todo el pueblo.

Llegó el día en que el marido cumplía treinta años, y la mujer, de acuerdo con él, quiso celebrar

la fiesta, agasajando á los vecinos más íntimos con un opíparo gaúdeamus.

Aunque ellos eran pobres, no carecían de recursos para satisfacer tan generoso deseo.

Iba á terminar el mes de Noviembre y acababan de hacer la matanza de un cerdo. Tenían, pues, exquisitas morcillas y lomo fresco en adobo. Habían criado y cebado además una magnífica pava. La mujer la preparó diestramente, le rellenó el buche con los menudillos, con castañas, alfónsigos, piñones y otros sabrosos condimentos y especias, y la asó, ó más bien la frió en una enorme cazuela. Ya todo preparado para la cena, que debía ser á las nueve de la noche; acudieron con puntualidad los convidados y fueron recibidos por los gallardos y amables esposos, en la amplia cocina de la casa, que estaba en el piso bajo y que era también comedor y estrado ó sala de recibimiento. La mesa se veía en el centro, cubierta de blancos y limpios manteles y aderezada con flores y frutas. Un resplandeciente velón de Lucena, con los cuatro mecheros encendidos, daba luz á la mesa. Y dos candiles de hierro, colgados de sendas tomizas, iluminaban el resto de la estancia, cuyas paredes tenían por adorno cabezas disecadas de ciervos y de lobos, algunas escopetas de caza, dos jaulas de perdices, una tablita con palillo y cimbel, y varios peroles y cacerolas de azofar y cobre, col-

gados de alcayatas, y tan fregados y lustrosos que relucían más que venecianos espejos.

La chimenea era de campana, de suerte que el hogar avanzaba bastante, y en él estaba la comida ya pronta, sobre el rescoldo, para que no se enfriase ni se quemase.

El joven matrimonio no tenía criado ni criada. Ellos mismos se servían.

La mujer había dejado apagar el fuego. Sólo había algunas brasas y cenizas, faltando el calor y la alegría de la llama.

Aquella noche hacía mucho frío y caía abundante nieve en la calle.

Los convidados habían llegado casi tiritando y con la ropa algo mojada.

Para mayor regalo y deleite, decidió entonces la mujer encender un buen fuego. Fué al corral y trajo algunos palos de olivo, sarmientos y pasta de orujo. Lo colocó todo en el hogar, muy bien dispuesto para que ardiese; pero todo estaba húmedo y no ardía.

La pobre mujer bregaba no poco, y en balde, para hacer arder la leña. Y como no tenía esportilla ni fuelle con que agitar el aire, se agachó y empezó á soplar furiosamente; pero nada, no conseguía que la llama se levantase.

Enojada entonces, sopló con triple furia, y aunque tenía buenos pulmones y salía de su boca como un vendabal, no lograba su objeto.

Apretó, por último, mucho más el soplo, y con el violento esfuerzo que hizo, se le extravió el aire, y tomó una dirección enteramente contraria. Por alguna parte había de salir, y el aire salió de súbito con tan tremenda sonoridad por muy distinto respiradero, que retumbó en la estancia como un cañonazo, aunque con acento tan claro, tan inimitable y tan propio, que con nada podía confundirse ni equivocarse.

Los tertulianos no pudieron menos de oir aquella música estrepitosa y de comprender el oculto instrumento que la producía. Así es que, sin acertar á contenerse, prorrumpieron en la más desaforada risa.

Fué entonces tan horrible la vergüenza de aquella excelente mujer, que exclamó desesperada:

—¡Ojalá se abra la tierra y me trague!

¡Oh, estupendo prodigio! La tierra se abrió en efecto y se tragó á la mujer.

La risa de los tertulianos se convirtió en asombro y en lamento.

El marido desolado, nuevo Orfeo de aquella Euridice, buscaba á su mujer y no podía hallarla.

II.

La mujer tragada por la tierra se encontró de repente á la puerta de una rica y populosa ciudad

donde todo florecía, brillaba y era regocijado y ameno.

Los habitantes discurrían por calles y plazas, vestidos con suma elegancia y con trajes caprichosos y fantásticos. Suaves músicas sonaban por donde quiera. Era día claro, el sol brillaba casi en el cenit. Sus rayos doraban el aire, reverberando en las pintorescas fachadas, en los muros, en las esbeltas torres y en las graciosas cúpulas y gigantescos cimborrios de casas, alcázares y templos.

Se hallaba ya nuestra lugareña cordobesa en el centro de la ciudad y en medio de una magnífica plaza, cuando la gente empezó á agruparse formando círculo en torno de ella, con muestras de profundo respeto y de entrañable cariño.

Echaron luego los sombreros por el aire y empezaron á gritar con entusiasmo:

—¡Viva la reina madre! ¡Viva la reina madre!

Aparecieron de pronto muchos caballeros principales, soldados y gente de gala, y ciertos ministros ó funcionarios, al parecer palaciegos, que venían con unas andas riquísimas y sobre las andas algo á manera de trono portátil ó silla gestatoria.

Los más autorizados y pomposos de aquellos personajes rodearon á nuestra heroína, haciéndole mil reverencias, genuflexiones y otras señales de acatamiento, la revistieron de una preciosa túnica rozagante y de un manto de tela de oro y coloca-

ron una corona real sobre su cabeza. La levantaron después hasta las andas, y sentada en la silla gestatoria, la llevaron en procesión al más hermoso palacio que en la ciudad había, y donde, como es natural, el Rey habitaba.

Subieron todos la monumental y amplia escalera, entre dos filas de coraceros de la guardia, recorrieron luego con gran prosopopeya larga serie de áureos salones, en los cuales resonaba agradable música de instrumentos de viento, y al fin se encontraron en el salón del trono, cuya disposición arquitectónica era inusitada y rarísima, porque la bóveda, que formaba el techo, no era una media naranja, sino dos, en medio de las cuales había una estrechura, y en medio de la estrechura, una hermosa claraboya redonda por donde entraba la luz cenital que todo lo iluminaba.

Imposible sería describir aquí el lujo y la gala de los señores de la Corte y de los altos dignatarios que rodeaban el Trono y de la deslumbradora riqueza del Trono mismo. Baste decir que en él estaba sentado, con corona y cetro, un joven Rey hermosísimo, rubio como las candelas, gracioso, robusto y alegre, el cual apenas vió entrar á nuestra heroína cordobesa cuando descendió del trono y casi con lágrimas de alegría, y con acento conmovido y sonoro, exclamó estrechándola entre sus brazos y cubriéndole el rostro de besos:

—¡Oh, adorada madre mía, en buena hora y en mejor sazón me concebiste en tus muy sanas y generosas entrañas y te dignaste lanzarme al mundo con tan poderoso aliento vital y con tamaña superioridad y excelencia entre todos los de mi casta que no han podido menos de reconocerme por amo y señor, de concederme el mero y el mixto imperio y de coronarme como Rey de toda esta dilatada, aérea y vaporosa Pordesarquía!

Después de este cariñoso desahogo de su majestad retumbante, la reina madre fué por él espléndidamente obsequiada con un regio banquete, donde se sirvieron palominos en abundancia, condimentados con diferentes salsas, y de postres deliciosos y ligeros suspiros de canela.

De sobremesa, y arrullada por una música dulce, la reina madre se quedó dormida.

Cuando se despertó se halló de nuevo en su casa, en su cama y al lado de su marido.

Cuanto había visto se le figuró entonces que era un sueño; pero pronto se convenció de que no había sido sueño, sino realidad.

Fué á la despensa á tomar habichuelas para guisarlas y almorzar aquel día. Más de dos fanegas de esta semilla tenía en grandes orzas, y había sido tan frecuente su alimentación de tan explosivo comestible que á él atribuía nuestra heroína el percance de la noche anterior. ¡Cuán grande no sería

su sorpresa y cuán inesperado no sería su regocijo cuando al ir á tomar las habichuelas, que estaban en las orzas, se encontró con que eran todas de oro finísimo! Para mayor claridad, en cada orza había una planchita, de oro también y á modo de tarjeta, sobre la cual estaba escrito con letras de diamante: *El Rey de Pordesarquía, Emperador de la Eolia occidental, en prueba de agradecimiento á su querida reina madre.*

Inútil es encarecer el desahogo, el regalo y la opulencia con que de allí en adelante vivió el joven matrimonio de que trata esta historia.

III.

Tenía la reina madre, ya que con este título la conocemos, una amiga de la infancia á quien amaba de corazón.

La amiga, sin embargo, era harto indigna de tan noble cariño. Eran no pocas sus faltas, despuntando entre ellas las de ser en extremo envidiosa y codiciosa.

Aunque la reina madre la hacía participar de su buena ventura regalándola y agasajándola, ella enflaquecía de envidia y se iba poniendo verdinegra y seca como un esparto.

Con villana astucia é infame disimulo logró al

cabo que la reina madre le explicase el orígen de su bienestar repentino.

No bien lo supo dijo para sus adentros:

—¡Pues yo no he de ser menos!

Y en efecto; convidó á la vecindad, preparó el festín, y cuando los convidados estuvieron reunidos, se agachó y se puso á soplar el fuego con no poco ímpetu; pero le sucedió al revés que á la reina madre. Levantó llama en el hogar, y aunque apretaba y se esforzaba no conseguía que el instrumento sonase.

Siguió apretando con violento y desesperado ahinco, y al cabo logró producir un sonido tenue, lánguido, atiplado y miserable.

Entonces dijo:

—¡Ojalá se abra la tierra y me trague!

¡Oh prodigio no menor que el realizado con la reina madre!

La tierra se abrió también y se tragó á su amiga.

Hasta aquí fué el suceso semejante; pero después, ¡cuán diferente!

La amiga envidiosa y codiciosa se encontró en la capital de Pordesarquía, pero se quedó extramuros. Los guardias que defendían la puerta de la ciudad la llamaron ruín, plebeya y haraposa y no le dieron entrada.

Un tropel de pordioseros, sucios y desharrapados, y de mendigos enfermos la cercaron, tratán-

dola con furia y desprecio, y la llevaron á un inmundo muladar. Allí estaba postrada una criatura feísima, encanijada, diminuta y enfermiza, que inspiraba compasión y asco. Este pequeño mónstruo, este abominable microbio se abalanzó á la amiga envidiosa, se le colgó al cuello y la besó con su boca sin dientes, cubriéndola de apestosas babas.

—¡Oh, ilusa madre mía!—le dijo—avergüénzate y humíllate al contemplar en mí el vil engendro de tu envidia y de tu codicia, por cuya virtud me has concebido en tus entrañas de víbora. Yo soy tu viborezno. Pronto tendrás lo que mereces.

Con la repugnancia y el susto la infeliz mujer cayó desmayada. Cuando volvió en sí se encontró en su casa de nuevo, pero se llenó de horror y tuvo ganas de huir de su casa. Mucha parte del muladar en que había visto á su hijo se había trasladado á su casa como por encanto. Y en aquella basura bullían, hervían y se agitaban millares de sapos y culebras y un negro ejército de curianas y de escarabajos peloteros que fabricaban y arrastraban hediondas bolitas.

Y aquí termina este cuento, que es muy moral, ya que el Dios Eolo supo premiar y premió la virtud y la sencillez de la reina madre, y supo castigar y castigó como es justo, los vicios vitandos de la envidia y de la codicia.

EL SR. NICHTVERSTEHEN

Con rico cargamento de vinos generosos, higos, pasas, almendras y limones, en la estación de la vendeja llegó á Hamburgo, procedente de Málaga, una goleta mercante española. El patrón, el piloto y el contramaestre sabían muy bien su oficio ó dígase el arte de navegar, pero de todas las demás cosas, menester es confesarlo, sabían poco ó nada: tenían muy gordas las letras, como vulgarmente suele decirse. Por dicha, remediaba este mal y aun le trocaba en bien, un malagueño muy listo que iba á bordo como secretario del patrón y que apenas había ciencia ni arte que no supiese ó en la que por lo menos no estuviese iniciado, ni idioma que no entendiese, escribiese y hablase con corrección y soltura.

Había en el puerto gran multitud de buques de todas clases y tamaños, resplandeciendo entre ellos, llamando la atención y hasta excitando la admiración y la envidia de los españoles, un enorme y hermosísimo navío, construído con tal per-

fección, lujo y elegancia que era una maravilla.

Los españoles naturalmente tuvieron la curiosidad de saber quién era el dueño del navío y encargaron al secretario que, sirviendo de intérprete, se lo preguntase á algunos alemanes que habían venido á bordo.

Lo preguntó el secretario y dijo luego á sus paisanos y camaradas:

—El buque es propiedad de un poderoso comerciante y naviero de esta ciudad en que estamos, el cual se llama el Sr. Nichtverstehen.

—¡Cuán feliz y cuán acaudalado ha de ser ese caballero!—dijo el patrón envidiándole.

Saltaron luego en tierra y se dieron á pasear por las calles, contemplando y celebrando la grandeza y el esplendor de los edificios.

A través de una reja preciosa de bronce dorado y en el centro de un parque lleno de corpulentos y frondosos árboles, y cubierto el suelo de verde césped y de lindas flores, vieron uno de los más suntuosos palacios que habían visto en su vida. Encomendaron al secretario que preguntase quién era el amo del palacio y en él vivía.

El secretario se dirigió á un transeunte, le preguntó y volvió á sus amigos diciéndoles:

—Quien habita en ese palacio y le posee es el mismo comerciante y naviero dueño del buque: el Sr. Nichtverstehen.

Siguieron recorriendo las calles, muy distraídos en ver pasar muchedumbre de pueblo, gran número de gente bien vestida, á pie, á caballo y en coche, y no pocas gallardas mujeres, que les cautivaban la atención y aun los corazones. Una, sobre todo, los dejó embelesados, porque era un prodigio de hermosura, joven y rubia, y tan majestuosa como una emperatriz. Iba sentada en reluciente landó abierto, del cual tiraban dos briosos caballos de la más pura sangre inglesa.

Deslumbrados ante la pomposa aparición de aquella mujer, que les pareció más divina que humana, ansiaron saber quién era. Fué el secretario á preguntarlo y volvió diciendo:

—Es la mujer del comerciante y naviero, dueño del buque y del palacio: es la señora de Nichtverstehen.

Aunque los españoles somos por lo común poco envidiosos y hasta magnánimos, no se ha de negar que, en esta ocasión y harto fundado motivo había para ello, el patrón, el piloto y los demás de la goleta se morían de envidia.

A fin de consolarse de no ser tan venturosos como el Sr. Nichtverstehen, tomaron dos cochecitos de punto y se fueron á pasear por los floridos alrededores de Hamburgo.

Durante este paseo en coche, crecieron la admiración y la envidia de todos. Y la cosa no era para

menos. Vieron una magnífica fábrica de tejidos. Preguntaron quién era el fabricante capitalista, y supieron por el mismo conducto y medio que era el Sr. Nichtverstehen.

Admiraron después una suntuosa quinta circundada de bosques y jardines, con colosales invernáculos, donde había palmas gigantescas, helechos arborescentes, naranjos, limoneros, higueras de la India, orquídeas y mil otras plantas de los climas cálidos, y donde bramaban, gruñían y cantaban, en grandes jaulas, multitud de fieras y de aves. Con asombro supieron que aquel regio y campestre retiro era también propiedad del Sr. Nichtverstehen.

—Debe de ser un potentado—exclamaba el piloto.

—Lo que posee valdrá muchos millones de florines—añadía el patrón.

—¡Quién fuera como el Sr. Nichtverstehen!—decían los demás en coro.

Haciendo estas exclamaciones volvieron á entrar en la ciudad, se apearon y prosiguieron á pie su paseo formando grupo.

De pronto se llenó la calle de gente.

—¿Qué será?—decían.

Era un entierro de mucho lujo.

El secretario, según tenía ya de costumbre, se dirigió á una persona de las que vió más cerca para enterarse y saber á quién llevaban á enterrar.

Luego que se enteró, el secretario volvió á sus compañeros, y como era docto y sentencioso y no sólo sabía alemán sino también latín, les dijo con mucha gravedad:

– *Sic transit gloria mundi.* No hay que envidiar la opulencia, los deleites y el regalo. De nada le han valido todos sus millones al Sr. Nichtverstehen. Era tan mortal como el más miserable pordiosero. Ahí le tenéis encerrado en ese féretro, y dentro de poco estará en el sepulcro y será pasto de gusanos (1).

---

(1) Nichtverstehen significa en alemán no entender.

EL FAMOSO CANTOR MADUREIRA

Fué tan hábil este cantor y tenía una voz tan dulce y tan argentina, que hizo el encanto de cuantos le oyeron durante su gloriosa pero no muy larga vida.

Los portugueses estaban llenos de orgullo porque había pertenecido á su nación tan eminente artista.

Así es que, después de su muerte, le enterraron como á todo el mundo; pero el entierro fué suntuoso y las exequias más suntuosas aún. En los *Placeres,* que aunque parezca extraño, así se llama el cementerio de Lisboa, le erigieron un soberbio mausoleo; y en una lápida de mármol negro inscribieron con letras de oro el siguiente epitafio:

Aquí yace
o Senhor de Madureira,
o primer cantor do mundo.
Morreu.
Porem, non morreu,
Çhamoulhe Deus a sua Capella.

Mandou-lhe cantar.
Nào quiz.
Rogou-lhe que cantase.
Entao cantou.
E diz Deus:
Vayan os anjos á merda
que canta muito melhor
o Senhor de Madureira.

EL PORTUGUÉS FILÓLOGO

Cierto portugués, muy docto en filología, comparaba una vez la lengua francesa con su propia lengua y decía entre otras cosas:

– Eu acho muito natural que os francezes chamen ao *vinho, vin;* ao *pâo pain;* é ao *chapeu, chapeau;* porem que ao *pescozo* chamen *cu...... ¡é até indezente!*

EL PORTUGUÉS QUE LLEGÓ Á CÁDIZ

Venía por mar este portugués, y estaba tan mareado, que ni aun después de desembarcar se le pasó el mareo. Iba dando traspiés é imaginaba que brincaban las casas en torno suyo y que el suelo se movía.

Entonces exclamó:

—¡Não tremas terra, que eu não te fazo mal!

EL GITANO TEÓLOGO

Se fué á confesar un gitano ya de edad provecta y muy preciado de discreto.

El Padre le preguntó si sabía la doctrina cristiana.

—Pues no faltaba más sino que á mis años no la supiese—dijo el gitano.

—Pues rece usted el Padrenuestro—dijo el confesor.

—Mire usted, Padre—contestó el gitano—no me avergüence preguntándome cosas tan fáciles. Eso se pregunta á los niños de la doctrina y no á los hombres ya maduros y que no tienen traza de ignorantes ó de tontos. En punto á religión yo sé cuanto hay que saber. Hágame preguntas difíciles, morrocotudas, y ya verá cómo contesto.

—Bien está—dijo el Padre.—Pues entonces responda usted: ¿Cómo es que, siendo Dios omnipotente y criador de cielos y tierras, consintió en hacerse hombre y en venir al mundo?

El gitano contestó sin titubear:

—*Pues ahí verá usted.*

—Y si N. S. Jesucristo no hubiera venido á salvarnos—prosiguió el Padre—y si no hubiera padecido pasión y muerte, ¿qué hubiera sido de nosotros?

—*Hágase usted cargo*—replicó el gitano.

Y el padre se quedó turulato al oir contestaciones tan llenas de sabiduría.

EL COCINERO DEL ARZOBISPO

En los buenos tiempos antiguos, cuando estaba poderoso y boyante el Arzobispado, hubo en Toledo un Arzobispo tan austero y penitente, que ayunaba muy á menudo y casi siempre comía de vigilia, y más que pescado, semillas y yerbas.

Su cocinero le solía preparar para la colación, un modesto potaje de habichuelas y de garbanzos, con el que se regalaba y deleitaba aquel venerable y herbívoro siervo de Dios, como si fuera con el plato más suculento, exquisito y costoso. Bien es verdad que el cocinero preparaba con tal habilidad los garbanzos y las habichuelas, que parecían, merced al refinado condimento, manjar de muy superior estimación y deleite.

Ocurrió, por desgracia, que el cocinero tuvo una terrible pendencia con el mayordomo. Y como la cuerda se rompe casi siempre por lo más delgado, el cocinero salió despedido.

Vino otro nuevo á guisar para el señor Arzobispo y tuvo que hacer para la colación el consabido

potaje. Él se esmeró en el guiso, pero el Arzobispo le halló tan detestable, que mandó despedir al cocinero é hizo que el mayordomo tomase otro.

Ocho ó nueve fueron sucesivamente entrando, pero ninguno acertaba á condimentar el potaje y todos tenían que largarse avergonzados, abandonando la cocina arzobispal.

Entró, por último, un cocinero más avisado y prudente, y tuvo la buena idea de ir á visitar al primer cocinero y á suplicarle y á pedirle, por amor de Dios y por todos los santos del cielo, que le explicara cómo hacía el potaje de que el Arzobispo gustaba tanto.

Fué tan generoso el primer cocinero, que le confió con lealtad y laudable franqueza su procedimiento misterioso.

El nuevo cocinero siguió con exactitud las instrucciones de su antecesor, condimentó el potaje é hizo que se le sirvieran al ascético Prelado.

Apenas éste le probó, paladeándole con delectación morosa, exclamó entusiasmado:

—Gracias sean dadas al Altísimo. Al fin hallamos otro cocinero que hace el potaje tan bien ó mejor que el antiguo. Está muy rico y muy sabroso. Que venga aquí el cocinero. Quiero darle merecidas alabanzas.

El cocinero acudió contentísimo. El Arzobispo

le recibió con grande afabilidad y llaneza, y puso su talento por las nubes.

Animado entonces el artista, que era además sujeto muy sincero, franco y escrupuloso, quiso hacer gala de su sinceridad y de su lealtad y probar que sus prendas morales corrían parejas con su saber y aun se adelantaban á su habilidad culinaria.

El cocinero, pues, dijo al Arzobispo:

—Excelentísimo señor: á pesar del profundísimo respeto que V. E. me inspira, me atrevo á decirle, porque lo creo de mi deber, que el antiguo cocinero lo estaba engañando y que no es justo que incurra yo en la misma falta. No hay en ese potaje garbanzos ni habichuelas. Es una falsificación. En ese potaje hay albondiguitas menudas hechas de jamón y pechugas de pollo, y hay riñoncitos de aves y trozos de criadillas de carnero. Ya ve V. E. que le engañaban.

El Arzobispo miró entonces de hito en hito al cocinero, con sonrisa entre enojada y burlona, y le dijo:

—¡Pues engáñame tú también, majadero!

QUIEN NO TE CONOZCA QUE TE COMPRE

No nos atrevemos á asegurarlo, pero nos parece y queremos suponer que el tío Cándido fué natural y vecino de la ciudad de Carmona.

Tal vez el cura que le bautizó no le dió el nombre de Cándido en la pila, sino que después todos cuantos le conocían y trataban le llamaron Cándido porque lo era en extremo. En todos los cuatro reinos de Andalucía no era posible hallar sujeto más inocente y sencillote.

El tío Cándido tenía además muy buena pasta. Era generoso, caritativo y afable con todo el mundo. Como había heredado de su padre una haza, algunas aranzadas de olivar y una casita en el pueblo, y como no tenía hijos, aunque estaba casado, vivía con cierto desahogo.

Con la buena vida que se daba se había puesto muy lucio y muy gordo.

Solía ir á ver su olivar, caballero en un hermo-

sísimo burro que poseía; pero el tío Cándido era muy bueno, pesaba mucho, no quería fatigar demasiado al burro y gustaba de hacer ejercicio para no engordar más. Así es que había tomado la costumbre de hacer á pie parte del camino, llevando el burro detrás asido del cabestro.

Ciertos estudiantes sopistas le vieron pasar un día en aquella disposición, ó sea á pie, cuando iba ya de vuelta para su pueblo.

Iba el tío Cándido tan distraído que no reparó en los estudiantes.

Uno de ellos, que le conocía de vista y de nombre y sabía sus cualidades, informó de ellas á sus compañeros y los excitó á que hiciesen al tío Cándido una burla.

El más travieso de los estudiantes imaginó entonces que la mejor y la más provechosa sería la de hurtarle el borrico. Aprobaron y hasta aplaudieron los otros, y puestos todos de acuerdo, se llegaron dos en gran silencio, aprovechándose de la profunda distracción del tío Cándido, y desprendieron el cabestro de la jáquima. Uno de los estudiantes se llevó el burro, y el otro estudiante, que se distinguía por su notable desvergüenza y frescura, siguió al tío Cándido con el cabestro asido en la mano.

Cuando desaparecieron con el burro los otros estudiantes, el que se había quedado asido al ca-

bestro tiró de él con suavidad. Volvió el tío Cándido la cara y se quedó pasmado al ver que en lugar de llevar el burro llevaba del diestro á un estudiante.

Éste dió un profundo suspiro, y exclamó:

—Alabado sea el Todopoderoso.

—Por siempre bendito y alabado,—dijo el tío Cándido.

Y el estudiante prosiguió:

—Perdóneme usted, tío Cándido, el enorme perjuicio que sin querer le causo. Yo era un estudiante pendenciero, jugador, aficionado á mujeres y muy desaplicado. No adelantaba nada. Cada día estudiaba menos. Enojadísimo mi padre me maldijo, diciéndome: eres un asno y debieras convertirte en asno.

Dicho y hecho. No bien mi padre pronunció la tremenda maldición, me puse en cuatro pies sin poderlo remediar y sentí que me salía rabo y que se me alargaban las orejas. Cuatro años he vivido con forma y condición asnales, hasta que mi padre, arrepentido de su dureza, ha intercedido con Dios por mí, y en este mismo momento, gracias sean dadas á su Divina Majestad acabo de recobrar mi figura y condición de hombre.

Mucho se maravilló el tío Cándido de aquella historia, pero se compadeció del estudiante, le perdonó el daño causado y le dijo que se fuese á es-

cape á presentarse á su padre y á reconciliarse con él.

No se hizo de rogar el estudiante, y se largó más que de prisa, despidiéndose del tío Cándido con lágrimas en los ojos y tratando de besarle la mano por la merced que le había hecho.

Contentísimo el tío Cándido de su obra de caridad se volvió á su casa sin burro, pero no quiso decir lo que le había sucedido porque el estudiante le rogó que guardase el secreto, afirmando que si se divulgaba que él había sido burro lo volvería á ser ó seguiría diciendo la gente que lo era, lo cual le perjudicaría mucho, y tal vez impediría que llegase á tomar la borla de Doctor, como era su propósito.

Pasó algún tiempo y vino el de la feria de Mairena.

El tío Cándido fué á la feria con el intento de comprar otro burro.

Se acercó á él un gitano, le dijo que tenía un burro que vender y le llevó para que le viera.

Qué asombro no sería el del tío Cándido cuando reconoció en el burro que quería venderle el gitano al mismísimo que había sido suyo y que se había convertido en estudiante. Entonces dijo el tío Cándido para sí:

—Sin duda que este desventurado, en vez de aplicarse, ha vuelto á sus pasadas travesuras, su

padre le ha echado de nuevo la maldición y cátale ahí burro por segunda vez.

Luego, acercándose al burro y hablándole muy quedito á la oreja, pronunció estas palabras, que han quedado como refrán:

—Quien no te conozca que te compre.

ET GLORIA PATRI

Cuentan que Godoy, cuando estaba en la cumbre del poder y en lo mejor de su valimiento, protegió y favoreció pródigamente á sus antiguos camaradas los guardias de corps. A dos ó tres de ellos los envió de embajadores, á otros los hizo gobernadores y hasta virreyes, y no pocos fueron de canónigos á diferentes catedrales.

Uno, que era algo místico y no sin razón presumía de teólogo, tuvo una canongía en Sevilla.

Meses después de estar instalado en su canongía, escribió á una señora íntima suya, que vivía en Madrid.

En la carta encarecía y ponderaba, como es justo, el esplendor y la hermosura de la gran ciudad del Bétis, contaba lo bien que le iba en su nuevo empleo y residencia y afirmaba que no dejaba nunca de asistir á coro, rezando, cantando y alabando á Dios en compañía de los otros canónigos.

Luego añadía como cosa que le había chocado en extremo y que era digna de memoria:

—Aquí todo se reza en latín menos el *Gloria Patri.*

DOÑA BISHODIE

Al ir á confesarse una beata se jactó mucho con el Padre de que sabía rezar en latín y le rogó que le hiciese rezar algo en dicha lengua.

—Pues diga usted el Padre Nuestro:—le dijo el Padre.

La beata empezó á rezar, trabucándolo todo é inventando un latín verdaderamente fantástico é inaudito.

El Padre la oyó con paciencia hasta que la beata llegó á decir:

—Don Cotidiano, Doña Bishodie.

Interrumpió entonces la oración y dijo al Padre:

—Todo lo comprendo, pero no caigo en quien pueda ser esta Doña Bishodie.

—Sí, hija mía, contestó el Padre: es muy sencillo; la mujer de D. Cotidiano.

EL ANIMAL PRODIGIOSO

Desde una pequeña aldea de Aragón vino á Madrid un hombre muy observador, aunque rústico, y que por primera vez viajaba.

Cuando volvió á su tierra, le rogaban todos que les contara lo que de más notable había visto.

Contaba él infinitas cosas, muy menudamente y con gran exactitud y despejo; pero lo que más había llamado su atención y lo que más le había sorprendido era un animal, que describía de esta suerte:

—Imaginen ustedes un cochino enorme, doble mayor que un toro, con un rabo muy grueso y con un gancho en la punta del rabo. Con aquel gancho coge nueces, manzanas, naranjas, racimos de uvas, pedazos de pan y otros comestibles, y luego á escape, se lo mete todo en el trasero.

Nadie en el lugar quiso creer en tan extraño fenómeno, pero el viajero juraba y perjuraba que le había visto, y aun se enojaba de que no le diesen crédito sus paisanos.

Resultó de esto una acalorada disputa.

Un anciano muy prudente imaginó, para que resolviese la disputa y los pusiese en paz á todos, ir á consultar al cura párroco, que era letrado y tenía fama de entendido.

Llegados á la presencia del cura, el viajero hizo nuevamente la descripción del animal prodigioso.

El auditorio, apenas acabó, se puso á gritar:

—¡Es grilla! ¡Es grilla!

—Y el cura dijo entonces:

—Qué ha de ser grilla: es un elefante.

LA KARABA

Había en la feria de Mairena un cobertizo formado con esteras viejas de esparto; la puerta tapada con no muy limpia cortina, y sobre la puerta un rótulo que decía con letras muy gordas:

LA KARABA

SE VE POR CUATRO CUARTOS

Atraídos por la curiosidad, y pensando que iban á ver un animal rarísimo, traído del centro del Africa ó de regiones ó climas más remotos, hombres, mujeres y niños acudían á la tienda, pagaban la entrada á un gitano y entraban á ver la Karaba.

—¿Qué diantre de Karaba es esta?—dijo enojado un campesino.—Esta es una mula muy estropeada y muy vieja.

—Pues por eso es la Karaba,—dijo el gitano:—porque araba y ya no ara.

LAS CASTAÑAS

El día de difuntos salió muy de mañana á misa una linda beata, que la noche anterior, según es costumbre en la noche de Todos los Santos, se había regalado, comiendo puches con miel y muchas castañas cocidas.

Como era muy temprano y apenas clareaba el día, la calle por donde iba la beata estaba muy sola. Así es que ella, sin reprimirse, con el más libre desahogo y hasta con cierta delectación, lanzaba suspiros traidores y retumbantes, y cada vez que lanzaba uno, decía sonriendo:

—¡Toma castañas!

Proseguía caminando, soltaba otros suspiros y exclamaba siempre:

–¡Las castañas! ¡Las castañas!

Un caballero, muy prendado de la beata, solía seguirla, hacerse el encontradizo, oir misa donde y cuando ella la oía, y hasta darle agua bendita al entrar en la iglesia, para tener el gusto de tocar sus dedos.

Iba aquel día el caballero tan silencioso y con pasos tan tácitos detrás de la beata, que ella no le vió ni sospechó que viniese detrás, hasta que volvió la cara, poco antes de entrar en el templo.

—¿Hace mucho tiempo que viene usted detrás de mí?—dijo muy sonrojada la linda beata.

Y contestó el caballero:

—Señora, desde la primera castaña.

LA COL Y LA CALDERA

Un muchacho gallego, que estaba en Sevilla sirviendo en una tienda de comestibles, era íntimo amigo de un gitano calderero, á quien siempre que con él salía á pasear ponderaba la fertilidad de Galicia. Sus frondosos bosques; sus verdes praderas, cubiertas de abundante pasto, donde se crían y ceban hermosos becerros y lucias vacas que dan mantecosa leche; y la rica copia de flores, frutas y hortalizas que hay allí por donde quiera, valían mucho más, según el gallego, que los áridos cortijos, que las estériles llanuras sin árbol que les preste sombra y sin chispa de hierba, y que los sombríos olivares y viñedos de Andalucía.

Entusiasmado cierto día el galleguito, comparando la ruindad y pequeñez de las plantas andaluzas con la lozanía y tamaño colosal de las de su tierra, llegó á hablar de una col que había crecido en un huertecillo cultivado por su padre. La col acabó por tener tales dimensiones que, en el rigor del estío venía una manada de carneros á sestear

á su sombra y á guarecerse de los ardientes rayos del sol.

Mucho celebró y admiró el gitano la magnificencia de la col gallega y no pudo menos de confesar que el suelo andaluz era harto menos fértil y generoso en lo tocante á coles.

—Por eso, decía el gitano, si los andaluces siguiesen mi consejo, descuidarían la agricultura y se dedicarían á la industria, que empieza ya á estar muy en auge. Por ejemplo, en Málaga, donde hace poco tiempo que estuve yo para cierto negocio, ví, en la ferrería del Sr. Leria, una caldera que estaban fabricando, y que es verdaderamente un asombro. ¡Jesús! Yo no he visto nada mayor. Figúrese usté que en un lado de la caldera había unos hombres dando martillazos y los que estaban en el lado opuesto no oían nada.

—¿Pero hombre, dijo el gallego, para qué iba á servir esa caldera tan enorme?

—Para qué había de servir, contestó el gitano: para cocer la col que su padre de usté ha criado en el huerto.

EL CONSONANTE

Obsequiaba y pretendía cierto elegante é inspirado poeta á una viuda guapa, alegre y discretísima.

A menudo iba á visitarla. Se entusiasmaba mucho, le echaba mil piropos, le declaraba su atrevido pensamiento y le rogaba no fuese con él dura de corazón.

La viuda se sentía halagada, pero como no amaba al poeta y no quería ceder, aunque tampoco quería despedirle, le traía entretenido y embelesado, valiéndose para ello de mil retrecheras habilidades.

Un día, el poeta, estando á solas con la viuda, se entusiasmó de tal suerte y habló con tan vehemente y fervorosa elocuencia, que lo más sonoro y florido de lo que tenía en las entrañas se le extravió y se le escapó traidoramente por otras vías y conductos, retumbando como un trueno.

Es indescriptible el sonrojo que tamaño percance causó al vate enamorado. Trató, sin embargo,

de disimular y de hacer creer que el ruído era de otro género y había sido causado por la silla en que se sentaba.

Entonces movió la silla de mil suertes y la arrastró contra el suelo, procurando en balde producir un ruído algo semejante al que tanto le avergonzaba.

Viéndole la viuda en aquella inquietud y en aquella brega, tuvo compasión de él y le dijo con amable sonrisa:

– No se canse usted, mi querido poeta: es imposible: no encontrará usted el consonante.

EL CANTO GANGOSO

La madre abadesa no consideraba que el canto era bastante devoto y sentido cuando no era muy gangoso también, especialmente al terminar cada frase.

Las novicias y las monjas jóvenes se obstinaban, sin embargo, en querer lucir la voz y en no ganguear.

Cierto día que estaban en el coro, cantaron sonoramente y sin que el aire pasase por las narices:

... — *¡Per omnia sæcula sæculorum!*

Y notando la abadesa que no la obedecían, dijo gangueando y algo enojada:

— ¡Niñas, un poco de más narices en el *culorum!*

UN REFRÁN MAL APLICADO

El Capitán general de Granada era viudo, ya muy viejo y lleno de achaques y dolencias de que solía lamentarse recordando sus mocedades verdes y lozanas.

Por lo demás era difícil hallar más cumplido caballero, más aficionado al trato de gentes y más ansioso de complacer á todo el mundo y de ganar amigos.

Todas las noches había tertulia en su casa é iban á ellas los oficiales de la guarnición, los señoritos mejor educados de la ciudad y no pocos estudiantes forasteros de buena familia.

La noche se pasaba agradablemente en animada conversación y jugando al tresillo, para lo cual había tres ó cuatro mesas.

Á veces se convertía la tertulia en concierto ó en baile. Una señora anciana de título hacía los honores; acudían muchas señoras y señoritas y se cantaba ó se bailaba.

Como el Capitán general era muy estimado en la corte, S. M., sin que él lo pretendiese, quiso

premiar sus altos merecimientos y servicios y le concedió el Collar de Carlos III.

Nadie en Granada dejó de alegrarse con este motivo, por lo muy simpático que era el Capitán general.

La noche que se supo que había sido condecorado acudieron á su tertulia, ansiosas de darle la enhorabuena, más personas que de costumbre.

Siguiendo el Capitán general la que hemos dicho que tenía, de lamentarse de su ancianidad y de sus males, dijo en medio de un corro que le estaba felicitando:

—Profunda es mi gratitud al gobierno de Su Majestad por la prueba que acabo de recibir de su benevolencia para conmigo; pero ¿de qué me sirven tantos honores y distinciones cuando estoy ya con un pie en el sepulcro?

Un candoroso mayorazguito, que amaba en extremo y admiraba al Capitán general y que tenía siempre empeño de apoyar cuanto decía, corroborando sus dichos, sentencias y razones con otras que á él le parecían venir muy á cuento, exclamó entonces, tomando con efusión entre sus manos la noble diestra del ilustre guerrero:

—Sí, mi querido General, *al asno muerto, la cebada al rabo.*

CHARADAS

En la misma tertulia del ya citado Capitán general, se entretenían una noche las señoritas y caballeros jóvenes en ponerse charadas.

Estaba allí un estudiante de leyes, que iba ya á graduarse de Licenciado, y que era guapo y listo, si bien poco dichoso en amores.

Entre las señoritas presentes, así por lo graciosa como por lo coqueta, sobresalía D.ª Manolita. Nuestro estudiante la había requerido de amores, y ella, durante algún tiempo, le había querido ó había fingido quererle. Después le había dejado por otro. De aquí que el estudiante estuviese con ella, y no sin razón, algo fosco y rostrituerto.

Le llegó su turno de poner una charada y le excitaron para que la pusiese.

El estudiante, encarándose con D.ª Manolita, la puso en estos términos.

—Mi primera y mi segunda, lo que es usted; mi tercera, lo que usted me dice; el todo, lo que yo siento.

En vano se calentaban la cabeza todos los del corro. No pudieron adivinar la charada y se dieron por vencidos. El estudiante entonces explicó la charada de esta manera:

—Mi primera y mi segunda; lo que es usted, *infier:* mi tercera, lo que usted me dice; *no:* y el todo, lo que yo siento; *infierno.*

La charada fué muy aplaudida por los circunstantes; pero D.ª Manolita tuvo alguna turbación y se sonrojó. Procuró, sin embargo, mostrarse fría, tranquila é indiferente, y para ello puso también su charada, que fué como sigue:

—Mi primera y mi segunda, una ninfa; mi tercera, un signo de música; mi cuarta, otro signo de música; y el todo, una cosa que he hecho muy bien en el día de hoy.

El auditorio no fué más feliz con esta charada que con la del estudiante quejoso. Doña Manolita tuvo también que explicarla y dijo:

—Mi primera y mi segunda, una ninfa; *Eco:* mi tercera y mi cuarta, dos signos de música; *mi, do:* y el todo, lo que he hecho muy bien hoy; *he comido.*

Y D.ª Manolita recalcó el *he comido* para que todos, incluso el estudiante, comprendieran que no había perdido el apetito y que no le importaban nada los celos y las quejas de aquel pretendiente abandonado y burlado.

BAGAJES

Llegó el batallón á un lugarejo y el sargento Pulido se fué en derechura á casa del Alcalde á pedirle bagajes y raciones para el día siguiente.

El Alcalde dijo:

—Póngalo usted por lista á fin de que no se me olvide.

El sargento escribió entonces en un papelito la cantidad de raciones que necesitaba, y en punto á bagajes, añadió luego: *un mulo, mi capitán: otro mulo, mi teniente: tres cadetes, tres borricos: total, cinco bestias.*

INTERPRETACIÓN DE UN TEXTO LATINO

En la huerta de un convento de monjas y colegio de educandas, había unos cuantos perales que estaban cargados de exquisita fruta.

Siempre que podían las novicias, cuando el viejo hortelano se descuidaba y no las vigilaba, iban á los perales y se comían las peras.

Enojada la madre abadesa, las reprendió calificando de hurto, y, por consiguiente, de acción muy fea lo que habían hecho.

La más desenfadada y picotera de las novicias se atrevió á responder entonces:

– Pues no será tan malo eso de quitar peras, cuando en la iglesia cantamos casi de diario: *qui temperas...*

– Es cierto, replicó la madre abadesa, pero también añade el sagrado texto *rerum vices,* raras veces.

MILAGRO DE LA DIALÉCTICA

De vuelta á su lugar cierto joven estudiante muy atiborrado de doctrina y con el entendimiento más aguzado que punta de lezna, quiso lucirse mientras almorzaba con su padre y su madre. De un par de huevos pasados por agua que había en un plato escondió uno con ligereza. Luego preguntó á su padre:

—¿Cuántos huevos hay en el plato?

El padre contestó:

—Uno.

El estudiante puso en el plato el otro que tenía en la mano diciendo:

—¿Y ahora cuántos hay?

El padre volvió á contestar:

—Dos.

—Pues entonces—replicó el estudiante,—dos que hay ahora y uno que había antes suman tres. Luego son tres los huevos que hay en el plato.

El padre se maravilló mucho del saber de su hijo, se quedó atortolado y no atinó á desenredarse del sofisma. El sentido de la vista le persuadía

de que allí no había más que dos huevos; pero la dialéctica especulativa y profunda le inclinaba á afirmar que había tres.

La madre decidió al fin la cuestión prácticamente. Puso un huevo en el plato de su marido para que se le comiera; tomó otro huevo para ella, y dijo á su sabio vástago:

—El tercero cómetele tú.

EXTRAÑA MANUTENCIÓN MILITAR

Durante la primera guerra civil entre isabelinos y carlistas, militaba en favor de los isabelinos una legión portuguesa, al mando de un general valeroso y grave.

Ocurrió que los vecinos de un lugar acudieron al general español, quejándose de que los soldados que estaban á sus órdenes les habían robado y se habían comido muchas docenas de gallinas. Los soldados españoles, á fin de disculparse de aquella falta que su general les echaba en cara, afirmaron que los portugueses eran quienes la habían cometido.

Habló de esto el general español al general portugués, el cual defendió con mucho calor á sus subordinados y echó la culpa á los españoles del latrocinio y de la glotonería.

El general español persistió, no obstante, en defender á los suyos y en culpar á los portugueses, resultando de aquí una discusión harto vehemente.

Por último, el general portugués lleno de indig-

nación y furia, afirmó hasta la imposibilidad de que sus terribles soldados, tan virtuosos como sobrios y sufridos, robasen gallinas y mucho menos se las comieran:

— *Os portuguezes* — exclamó para terminar — *nao comen gallinas: os portuguezes comen serpentes, trementina... e merda!*

LOS EMIGRANTES

El barco de vapor había tocado en varios puertos de España cuando abandonó definitivamente la península dirigiéndose á Buenos Aires. El patrón, ya en alta mar, hizo que se presentasen sobre cubierta los numerosos emigrantes de diversas provincias, contratados y enganchados por él para que fuesen á fundar una colonia en la República Argentina.

Al pasar aquella revista, era su intento confirmar los datos que ya tenía y formar uno á modo de empadronamiento, inscribiendo en él los nombres y apellidos de los colonos que llevaba y los oficios y menesteres á los que cada cual pensaba y podía dedicarse. Fué, pues, preguntando sucesivamente á todos. Uno decía que iba de carpintero; otro, de herrador; de zapatero, otro; de albañiles, seis ó siete; tres ó cuatro, de sastre, y muchísimos, de jornaleros para las faenas del campo.

Apoyado contra el quicio de la puerta de la cámara de popa estaba un mozo andaluz, alto, fornido, de grandes y negros ojos, de espesas patillas,

negras también, y de muy gallarda presencia. Iba vestido con primor y aseo, con el traje popular de su tierra; pero su porte era tan majestuoso y era tan reposado y digno su aspecto, que, más que trabajador emigrante, parecía príncipe disfrazado.

Con gran curiosidad de saber á qué oficio se dedicaría aquel Gerineldos, el patrón se acercó á él y empezó el interrogatorio:

—¿Cómo se llama usted, amigo?—le preguntó.

Y contestó el mozo andaluz:

—Para servir á Dios y á usted, yo me llamo Narciso Delicado, alias Poca-pena.

—Y ¿de qué va usted á Buenos Aires?

—Pues toma... ¿de qué he de ir? De poblador.

El patrón le miró sonriendo con benevolencia y no pudo menos de reconocer en su traza que el hombre había de ser muy á propósito para tan buen oficio.

LA CONFESIÓN REITERADA

Estaba un día el Padre Jacinto en el confesonario. Había oído ya los pecados de once ó doce penitentes, les había dado la absolución, se encontraba fatigadísimo é iba á levantarse, cuando acudió á la rejilla una mujer muy guapa, pulcra y elegantemente vestida y al parecer de poco más de treinta años.

Desde luego el Padre la halló simpática, y, movido su corazón por la simpatía, no quiso negarse á escucharla.

La dama, hasta entonces no conocida del Padre, le dijo que permanecía soltera y que vivía con su anciana madre viuda, á quien amaba en extremo y se esmeraba en cuidar.

Eran madre é hija señoras principales pero pobres, y vivían con recogimiento y en cierta estrechez decorosa.

Todos los pecadillos que la dama confesó al Padre eran tan leves y veniales, y le fueron confesados por ellas con tal candor y con gracia tan inocente, que el Padre, en el fondo de su alma, hubo

de calificarla no sólo de graciosa y discreta, sino de casi santa. Creyó, pues, inútil el trabajo que ella se había tomado en decir su confesión y el que se tomaba él en oirla. Aprobó, no obstante, y celebró aquel trabajo, hallándole grato y ameno.

Eran tan pequeñitas las faltas de la dama, que el Padre, á pesar de su severidad, apenas creía que debía imponerle más penitencia que la de rezar un Padre-nuestro.

Se disponía ya á imponérsela y á echarle la bendición, cuando la dama, después de larga pausa y silencio, muy ruborizada y como quien vacila, dijo con voz dulce y temblorosa:

—Padre, me avergüenzo de pensar que estoy engañando á usted. Usted me creerá buena y virtuosa, pero es porque no le he dicho un pecado muy grave y mortal que pesa sobre mi conciencia y que la abruma. Menester será que yo se lo diga, aunque me apesadumbre y me cause extraordinario sonrojo.

—Sí, hija mía, al confesor no se le debe ocultar nada: habla con franqueza.

—Pues ya que es menester ser franca, ha de saber usted que, hará ya doce ó trece años, cuando yo aun no había cumplido los dieciocho, estuve prendada de un primo mío, teniente de infantería. Él también me amaba de corazón, pero ni él poseía más bienes que su carrera ni yo contaba con

más riqueza que la paga de huérfana que había de perder casándome. Aunque muy de veras lo deseábamos, conociendo él y yo que el casamiento no podía ser, nos habíamos resignado sin perder la esperanza de que viniesen para nosotros mejores días y de que nos fuese más propicia la fortuna. En busca de ella y en cumplimiento de su deber, mi primo tuvo que irse á Cuba, donde la guerra civil ardía entonces. La víspera de su partida, que debía ser por la mañana temprano, mi primo estuvo en casa á despedirse de mi madre y de mí.

Estábamos entonces en Cádiz.

Como mi madre había notado nuestra mutua inclinación y la desaprobaba porque no podia terminar bien, y porque soñaba para mí con mejor partido, nuestra despedida no pudo ser en su presencia todo lo expresiva y cariñosa que mi primo y yo deseábamos. Y aquí empiezan mis deslices y mi culpa: yo consentí, cediendo á los ruegos de él, en volver á verle aquella misma noche cuando mi madre estuviese dormida, y en hablarle, saliendo á un balcón del entresuelito en que vivíamos.

Abrí en efecto el balcón á altas horas de la noche y cuando mi madre dormía profundamente. Mi primo estaba en la calle aguardando mi salida. La pálida luz de la luna iluminaba su hermosa cara. En la calle, poco concurrida de ordinario, no parecía nadie á aquellas horas. Considerando muy

incómodo hablarnos desde lejos, él, que era ágil, apoyándose en una reja del cuarto bajo, se encaramó hasta el balcón, por más que yo le repugnaba y mostraba disgusto y miedo. Ya puesto él en la parte exterior del balcón, temimos que alguien pasase y le viese. Hubiera sido un escándalo. A fin de evitarle, mi primo, con la misma agilidad que había desplegado para subir, saltó irreflexivamente por cima de la baranda y penetró en el cuarto, que era el mismo en que yo dormía. El terror que me inspiraba el paso que acabábamos de dar y la honda pena que él y yo sentíamos al pensar que íbamos á separarnos para siempre, nos movió, sin la menor malicia y premeditación de mi parte, á abrazarnos y acariciarnos con suave abandono. Y como yo vertía muchas lágrimas, él las secaba con sus labios sobre mis mejillas. Luego, no sé como, natural y sencillamente, se encontraron y se unieron nuestras bocas. Y por último, Padre, ¡qué vergüenza! aquello fué un delirio, un frenesí de amor, un deleite que me pareció como del cielo; una estrechísima unión de nuestros dos seres y una íntima fusión de nuestras dos almas, que duró hasta rayar la aurora. Mi primo tuvo entonces que irse. Nos hicimos mil juramentos de fidelidad. Yo, en el momento de partir él, aun le retenía y le apretaba entre mis brazos y me le comía á besos. Pero la separación fué inevitable. Mi primo salió para la

Habana dos horas después de haber cometido juntos él y yo tan horrible, dulce y largo pecado. Espantosa fué mi desventura. Sin duda fué castigo del cielo. Mi desdichado primo, á los pocos días de llegar á la Habana, murió de la fiebre amarilla. No acierto á ponderar el inmenso dolor que se apoderó de mi alma. Mi único consuelo, lo confieso, era recordar que yo había sido suya; retraer al pensamiento embelesado todo el encanto, toda la enajenación, todo el éxtasis celestial que embargó mis potencias y mis sentidos cuando me entregué á él por entero, sin que quedase prenda mía que yo no le diese.

Suspiró la penitente, se humedecieron con lágrimas sus hermosos ojos y quedó en silencio.

El Padre Jacinto le rompió diciendo:

– Grave y mortal fué tu pecado, hija mía. Pero lo peor y más grave es que le hayas tenido oculto durante trece años sin confesarle hasta ahora.

– Pero Padre, dijo la dama, si yo acudo lo menos veinte veces al año al tribunal de la penitencia y jamás he dejado de confesar en él este pecado mío.

El Padre echó sus cuentas y dijo:

– Hace trece años; veinte por trece doscientos sesenta; pues hija, lo has confesado y te han absuelto doscientas sesenta veces.

– Pues yo creo, Padre, replicó ella, que si me

dura la vida, pasarán las veces de dos mil, porque el recuerdo de mi pecado me enamora y el referirle me encanta, y este enamoramiento y este encanto constituyen, sin duda, un pecado nuevo.

—Sí, hija mía, le constituyen. Yo te absolveré ahora. Procura tú olvidar tu pecado y no le cuentes más.

—¡Ay Padre, no puedo!

—Entonces, ¿qué le hemos de hacer? Ven cuando gustes á contármele. Yo le oiré (procurando, añadió el Padre entre dientes, que á pesar de mis sesenta años no despierte en mí la envidia) y siempre te absolveré, porque Dios es misericordioso.

EL PADRE POSTAS

El Padre Postas fué un capuchino famoso por sus predicaciones.

Las anécdotas y graciosos dichos que de él se refieren, son innumerables.

Le apellidaban el Padre Postas porque, cuando se entusiasmaba en sus sermones y quería ponderar la violencia y rapidez con que los demonios se llevan al infierno á los pecadores empedernidos, decía, ya que entonces no había aún ferrocarriles, que se los llevan en postas, y para explicarlo mejor, montaba á caballo en la delantera del púlpito, agitaba el cordón que ceñía sus hábitos como si fuese un látigo y le crujía y daba golpes diciendo: „arre, arre."

Se cuenta que una vez, hablando contra los juegos de azar y envite, á los que en secreto era harto aficionado, se entusiasmó y manoteó con tanta furia, que se le escapó una baraja que llevaba escondida en la manga, y desparramados los naipes salieron volando y cayeron al suelo. Pero el Padre, no sólo salió del apuro, sino que se valió de aquel

accidente para que fuese su plática más conmovedora, porque dijo con gran presencia de espíritu:

—Ahí los tenéis; ellos son uno de los instrumentos más ingeniosos de que se vale Satanás para cautivar las almas; ellos son la perdición de las familias, etc.

Predicando otro día en favor del ayuno y censurando á las damas remilgadas y melindrosas que no ayunan porque padecen del estómago y se ponen flacas, aseguró que él ayunaba de diario y que por la gracia de Dios estaba fuerte como un roble. Se remangó entonces la manga, enseñó desnudo el poderoso brazo derecho, digno del propio Hércules, y mostrándosele al auditorio, exclamó:

—¿Qué os parece? Ya véis que no estoy delgado.

Mil cosas más pudiera yo contar del Padre Postas, pero no quiero cansar ni escandalizar á los lectores, los cuales suelen tener la perversa costumbre y peor inclinación de suponer picardía ó malicia hasta en las cosas más sencillas é inocentes. Me limitaré, pues, á citar aquí ciertas frases del Padre Postas, que son entre todas las suyas las que más impresión me han hecho.

Predicaba en la iglesia de Santa María de Gracia y decía en el exordio:

—Pedir gracia en casa de María de Gracia es

albarda sobre albarda. De ella necesito. Ave-María.

Claro está que el de ella se refiere á la gracia y no á la albarda, y quien entienda lo contrario pecará de malicioso.

LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS

Paquita no era fea ni tonta. Pasaba en el lugar por muy despejada y graciosa; pero, como era pobre, no hallaba hidalgo que con ella quisiera casarse, y como se jactaba de bien nacida no se allanaba á tomar por marido á ningún pelafustán ó destripaterrones. Paquita, en suma, llegó á los treinta años todavía soltera.

Para un hombre, ó para una mujer casada, la mejor edad es la de treinta años. Puede considerarse como el punto culminante de la vida. En nuestro sentir, sólo á la joven que llega á dicha edad sin hallar marido cuadra bien la sentencia del poeta:

¡Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!

En el fondo de su alma, Paquita deploraba mucho haberlos cumplido y no estar casada; pero, como era buena cristiana y piadosísima, buscaba y hallaba consuelo en la religión; decía: „á falta

de pan, buenas son tortas" y trataba de suplir con el amor divino la carencia del amor humano.

Con todo, no lograba conformarse con dicha carencia, á pesar de los grandes esfuerzos místicos que de continuo hacía.

Impulsada por sus opuestos sentimientos, iba de diario á una hermosa capilla de la iglesia mayor, donde, en elegante camarín, había una muy devota imagen de la Virgen del Rosario con un niño Jesús muy bonito en los brazos.

Paquita, llena de fervorosa devoción, se encomendaba á la Virgen y le rezaba muchas salves y avemarías, rogándole que le diese conformidad para el celibato y que hiciese de ella una santa. A veces, no obstante, renacía en su corazón el deseo de matrimonio. Se entusiasmaba, hablaba en voz alta y pedía marido á aquella divina Señora.

El monaguillo, que era travieso y avispado, hubo de oir las jaculatorias de Paquita y determinó hacerle una burla.

Subió al camarín cuando ella estaba en la capilla y se escondió detrás de la imagen. Paquita tuvo aquel día uno de los momentos de exaltación de que hemos hablado, y con emoción vivísima rogó á la Virgen que no la dejase soltera y sola en el mundo.

El monaguillo, atiplando mucho la voz, dijo entonces:

—¡Te quedarás soltera! ¡te quedarás soltera!

Creyó Paquita que era el niño Jesús quien le contestaba y exclamó con enojo:

—¡Ea, cállate, niño, que estoy hablando con tu madre!

DE LOS ESCARMENTADOS NACEN LOS AVISADOS

Era D. Calixto un caballerete cordobés, gracioso, bien plantado y con algunos bienes de fortuna.

Muchas mocitas solteras de Sevilla, donde él estaba estudiando, se afanaban por ganar su voluntad y conquistarle para marido; pero la empresa era harto difícil.

Don Calixto, y no sin fundamento, pasaba por un desaforado mariposón, seductor y picaruelo. Iba revoloteando siempre de muchacha en muchacha, como las abejas y las mariposas revolotean de flor en flor, liban la miel y sólo por breves instantes se posan en algunas.

La linda señorita D.ª Eufemia tuvo más maña y arte que otras y logró hacer en el corazón de nuestro héroe la herida amorosa más profunda que hasta entonces había traspasado sus entretelas llegando á los más vivo.

Él, sin embargo, como travieso que era, si bien ponderaba á la niña su mucho amor y le pedía y aun le suplicaba que de aquel mal le curase, siempre hablaba de la cura, pero no del cura.

Acudía á hablar por la reja con la señorita doña Eufemia; le aseguraba que tenía por culpa de ella, en su lastimado pecho, no uno sino media docena de volcanes en erupción; le rogaba que apagase sus incendios y que mitigase sus estragos, y lo que es de casamiento no decía ni daba jamás palabra.

Así se pasaban meses y meses; los novios pelaban la pava todas las noches sin faltar una; pero el asunto permanecía siempre sin adelantar, ni por el lado de la buena fin, ni tampoco por el lado de la mala.

Cuando él excitaba á su novia para que no se hiciese de pencas y fuese generosa y se ablandase y cediese, ella, ó se enojaba porque él le faltaba al respeto y mostraba que no tenía por ella estimación, ó bien derramaba amargas lágrimas y exhalaba suspiros y quejas considerándose ofendida.

Con mil variantes, porque tenía fácil palabra y sabía decir una misma cosa de mil modos diversos, la niña solía contestar sobre poco más ó menos lo que sigue:

– ¡Huy, huy, Sr. D. Calixto! ¿qué es lo que usted me propone? En el silencio de la noche, en la más profunda soledad, nunca estamos solos: Dios nos mira; Dios está presente y no podemos ni debemos ofender á Dios. Mi honra, además, está pura é inmaculada; está por cima de todo; hasta por cima del inmenso amor que usted ha logrado

inspirarme. Y vamos... ¿qué diría usted de mí si yo en lo más mínimo faltase á mi deber, echase á rodar mi decoro y me olvidase de la honestidad y del recato con que me ha criado mi cristiana y severa madre? ¡Jesús, María y José! La cara se me caería de vergüenza si yo fuese liviana. Con sobrada razón me despreciaría usted entonces. Haría usted muy bien en abandonarme y en huir de mí como de una criatura depravada y viciosa.

En fin, D.ª Eufemia, con estas y otras frases se defendía todas las noches muy lindamente, aunque, para no descontentar al novio y retenerle cautivo, le otorgaba de vez en cuando y en sazón oportuna, tal cual favorcito, delicado, puro y semiplatónico, como, por ejemplo, abandonarle una de sus blancas y suaves manos, para que él la besase, la acariciase y la tuviese apretada entre las suyas, llegando, en algunos momentos de muy fervorosa pasión, á acercar ella, por entre los hierros de la reja, la virginal y tersa frente, á fin de que él, sin detenerse mucho y al vuelo, pusiese en ella los labios, imprimiendo un ósculo casi místico, con veneración devota, como quien besa una reliquia.

En suma, D.ª Eufemia lo manejó todo tan bien, que D. Calixto, cada día más deseoso y emberrenchinado, acabó por hablar del cura y por proponer el casamiento.

Ella, que no deseaba otra cosa, se mostró llena de gratitud y de amor.

Á pesar de todo y á pesar de la grande impaciencia que D. Calixto manifestaba, D.ª Eufemia redobló su austeridad y nunca quiso consentir en favores de más cuenta que los aquí mencionados hasta que al novio y á ella les echase el cura las bendiciones.

Llegó al cabo el suspirado día. El cura se las echó. Don Calixto y D.ª Eufemia fueron marido y mujer.

Aquella noche, muy tarde, casi ya de madrugada, D. Calixto dijo enternecidísimo á su adorada esposa:

—Bien hiciste, dueño mío, en no ceder á mis ruegos. Yo te adoro, pero, si hubieras cedido, hubiera dejado de adorarte, te hubiera despreciado y te hubiera plantado.

Ella, al oir esto, hizo á su marido mil amorosas y conyugales caricias, murmurando palabras ininteligibles y como quien reza. Tal vez daba gracias al cielo por el triunfo que habían obtenido su honestidad y su recato.

Hay, sin embargo, quien asegura que lo que ella dijo entre dientes y él no pudo entender fué:

—Grandísimo tonto, pues por eso no cedí yo antes, porque ya había cedido á siete y los siete me habían plantado.

Á QUIÉN DEBE DARSE CREDITO

Llamaron á la puerta. El mismo tío Pedro salió á abrir y se encontró cara á cara con su compadre Vicentico.

—Buenos días, compadre. ¿Qué buen viento le trae á usted por aquí? ¿Qué se le ofrece á usted?

—Pues nada... confío en su amistad de usted... y espero...

—Desembuche usted, compadre.

—La verdad, yo he podado los olivos, tengo en mi olivar lo menos cinco cargas de leña que quiero traerme á casa y vengo á que me empreste usted su burro.

—¡Cuánto lo siento, compadre! Parece que el demonio lo hace. ¡Qué maldita casualidad! Esta mañana se fué mi chico á Córdoba, caballero en el burro. Hasta dentro de seis ó siete días no volverá. Si no fuera por esto podría usted contar con el burro como si fuese suyo propio. Pero, qué diablos, el burro estará ya lo menos á cuatro leguas de aquí.

El pícaro del burro, que estaba en la caballeriza, se puso entonces á rebuznar con grandes bríos.

El que le pedía prestado dijo con enojo:

—No creía yo, tío Pedro, que usted fuese tan cicatero que para no hacerme este pequeño servicio, se valiese de un engaño. El burro está en casa.

—Oiga usted, replicó el tío Pedro. Quien aquí debe enojarse soy yo.

—¿Y por qué el enojo?

—Porque usted me quita el crédito y se lo da al burro.

BONDAD DE LA PLEGARIA

El boticario del lugar era un filósofo racionalista y descreído. Apenas había acto piadoso que él no condenase como superstición ó ridícula impertinencia. Contra lo que más declamaba, era contra el rezo en que se pide á Dios ó á los santos que hagan alguna cosa para cumplir nuestro deseo. La censura del boticario subía de punto cuando trataba de plegarias que iban acompañadas de promesas.

Según es costumbre en los lugares, en la trastienda de nuestro boticario filósofo había tertulia diaria. Allí se jugaba al tresillo, á la malilla y al tute, se leían los periódicos y se hablaba de religión, de política y de cuanto hay que hablar.

El señor cura asistía también en aquella tertulia, pero esto no refrenaba el prurito de impiedad del boticario, sino que le excitaba más en sus disertaciones, á fin de que el señor cura se lanzase á la palestra y disputase con él.

El señor cura distaba no poco de ser muy pro-

fundo en teología, y cuando no se preparaba escribiendo de antemano lo que había de decir, como escribía los sermones, era mucho menos elocuente que el boticario, pero le aventajaba en dos excelentes cualidades: tenía fe vivísima y gran dosis de sentido común para resolver cuanto la fe no resuelve.

– Dios – decía el cura, – no infringe ni trastorna las leyes de la naturaleza, cediendo á nuestras súplicas y para satisfacer nuestros antojos. Para Dios no hay milagros improvisados. Desde la eternidad los previó todos y los ordenó por infalible decreto. Y en este sentido, tan conforme con la ley divina y tan de acuerdo está con el orden prescrito desde *ab eterno* que salga mañana el sol como que no salga. Y en cuanto á las súplicas que los hombres dirigimos á Dios, siempre deben agradarle como no sean contrarias á la moral, ya que dan testimonio de la fe que en Él tenemos y de la esperanza y del amor que nos inspira.

El boticario solía replicar al cura que era necedad pedir á Dios esto ó aquello, y que todo era lo mismo. En apoyo de su opinión refirió un día la siguiente historia:

– Un caballero anciano tenía dos hijos. Había el uno comprado muchísimo trigo y contaba con ganar grandes riquezas vendiéndole más caro porque fuese mala la futura cosecha. Para que esto se

lograse recomendaba á su padre que en sus oraciones pidiese á Dios que no lloviera. El otro hijo era labrador, había sembrado muchísima tierra de pan llevar y deseaba y esperaba hacerse poderoso si aquel año había abundante cosecha. Recomendaba, pues, á su padre que en sus oraciones pidiese á Dios buenas y oportunas lluvias. Como el padre amaba por igual á sus hijos no sabía qué desear ni qué pedir. En tal estado de ánimo elevaba al cielo la única plegaria que me parece razonable, y que yo aplaudo. El padre decía:

¡Oh, soberano Dios omnipotente!
llueva ó no llueva me es indiferente.

El señor cura replicó entonces:

– El cuento de usted viene en mi apoyo: demuestra que una plegaria por el estilo, que equivale á no hacer ninguna plegaria, nace del egoismo más grosero; porque si el padre, que amaba por igual á sus hijos, hubiese amado también al prójimo como debía, no hubiera juzgado indiferente que lloviera ó que no lloviera, y en sus oraciones hubiera pedido á Dios buenas y oportunas lluvias.

POR NO PERDER EL RESPETO

La señora Nicolasa, viuda del herrador, recibió una carta en que le participaban la imprevista y repentina muerte de su tío, el más rico tabernero de Córdoba. Convenía ir allí sin tardanza á recoger la herencia, antes que los entrantes y salientes de la casa lo hiciesen todo trizas y capirotes.

Resuelta y activa, la viuda se puso el mantón y sin perder tiempo se fué á ver al tío Blas, el cosario, para que la llevase á la antigua capital de los califas.

—Oiga usté, señá Nicolasa, yo estoy mal de salud, he tenido ciciones y aún no me he repuesto. Hasta dentro de siete ú ocho días no pienso salir para Córdoba.

—Mucho me contraría lo que usted me dice—respondió la viuda.—¿Cómo me las compondré? Yo necesito ir á Córdoba inmediatamente.

—Ya usted sabe—replicó el tío Blas—que yo quiero complacerla siempre. Hay un medio de que mañana mismo, antes de rayar el alba, se ponga usted en camino. Puedo dar á usted dos mulos

muy mansos y que andan mucho y una persona de toda mi confianza para que la acompañe.

—¿Y quién es esa persona?

—Pues mi nieto Blasillo.

—¡Jesús, María y José! ¿Qué no dirían las malas lenguas del lugar si yo me fuese sola por esos andurriales con un mozuelo de veinte años á lo más, y que, si mal no he reparado, es guapote y atrevido?

—Deje usté que digan lo que quieran, señá Nicolasa. ¿Quién está libre de malas lenguas y de testigos falsos? Hasta de Dios dijeron. Y por otra parte, créame usté, mi niño es un alma de Dios, mejor que el pan, incapaz de cualquier desacato. Con él irá usted más segura que con un padre capuchino.

La viuda estaba decidida á ir á Córdoba y pasó por todo.

—Iré con Blasillo—dijo por último.—Si murmuran, que murmuren. Yo confío en el buen natural y en la cristiana crianza del muchacho, y confío más aún en mi gravedad y entereza.

—Tiene usted razón que le sobra, señá Nicolasa. El chico es tan bueno, noble y tranquilo que no será menester que usté se haga de pencas.

La claridad del día iba extendiéndose por el cielo, se teñía el Oriente de un vago color de rosa

que anunciaba la pronta salida del sol, y en la mitad del éter, como joya de oro sobre obscuro manto azul, resplandecía el lucero míguero. Corría un vientecillo fresco; los pajarillos cantaban; el rocío daba lustre y esmalte á la yerba nueva, blanqueaban los almendros en flor, y las nacientes hojas de los árboles deleitaban la vista con su tierna verdura. Era uno de los primeros días del mes de Abril.

La señá Nicolasa había enviudado temprano y tendría á lo más veintiséis ó veintisiete abriles. Era alta y esbelta, aunque poco enjuta de carnes. Su ademán decidido y su aspecto señoril, grave y casi imperatorio, se hallaban en perfecta conformidad con la fama que tenía de honrada, severa, valerosa y sobrado capaz de tener á raya á los hombres más insolentes, y de no necesitar protección ni socorro para impedir que le perdiesen el respeto.

En aquella ocasión salió del lugar montada en un poderoso mulo romo, sobre muy lujosas y cómodas jamugas, con blandos almohadones de pluma y con su tablilla para apoyar los piececitos. Iba con tanta majestad y era tan gallarda morena que parecía la propia reina de Sabá cuando caminaba hacia Jerusalem para visitar á Salomón y poner á prueba su sabiduría con enmarañados acertijos.

En el otro mulo, que llevaba el baúl de la viuda y algunos encargos, Blasillo iba detrás muy respetuoso y sin atreverse á hablar á la adusta y floreciente matrona cuya custodia le había confiado su abuelo.

Pasaron no pocas horas, callados siempre los dos caminantes y marchando los mulos á buen paso.

Estaban en medio de la campiña. No había por allí olivares, ni huertas, ni árbol que diese sombra, sino terrenos sin roturar, donde las plantas que más descollaban eran el romero y el tomillo, entonces en flor y que exhalaban olor muy grato, ó bien extensas hojas de cortijo, sembradas unas, otras en barbecho ó en rastrojo. Lo sembrado verdeaba alegremente, porque aquel año había llovido bien y los trigos estaban crecidos y lozanos. El suelo, formado de suaves lomas, hacía ondulaciones, y como no había árboles, la vista se dilataba por grande extensión sin que nada le estorbase. Aquello parecía un desierto. No se descubría casa ni choza, ni rastro de albergue humano por cuanto abarcaba la vista.

El sol casi culminaba ya en el meridiano, y nuestros viajeros, recibiéndole á plomo sobre las cabezas, apenas proyectaban sombra. Ni en la vereda por donde iban, ni cerca ni lejos parecía bicho viviente.

La señá Nicolasa empezó á sentir calor, fatiga y hambre, y mostró deseos de almorzar y descansar un poco.

—Antes de diez minutos llegaremos—dijo Blasillo.—En cuantico subamos esta cuestecilla y estemos en lo alto de la loma, verá usted el arroyo que está del otro lado, y allí en medio de los álamos negros y de los mimbrones que crecen en la orilla, podremos almorzar muy regaladamente, descansar tres ó cuatro horas y hasta echar una siesta.

Todo ocurrió como Blasillo lo anunciaba. Llegaron al arroyo cuya agua era limpia y cristalina. Cubrían su margen tupido césped y silvestres flores. La espesura de los árboles formaba soto umbrío. En el follaje, por lo mismo que había poquísima arboleda por aquellos contornos, venía á guarecerse innumerable multitud de pajarillos de varias castas y linajes que animaban la esquiva soledad con sus trinos y gorgeos.

Como el tío Blas era muy buen cristiano, muy recto y temeroso de Dios, muy seguro en sus tratos y persona de estrecha conciencia, había, según suele decirse, leído la cartilla á Blasillo y encargádole que no se desmandase en lo más mínimo, que le sacase airoso y que no desmintiese con su conducta las alabanzas que había hecho de él á la joven viuda, aunque para este fin tuviese que luchar con todos los enemigos del alma y vencerlos.

A la verdad, no necesitaba Blasillo de aquellas amonestaciones. Siempre había contemplado á la joven viuda con tan profunda veneración, que el discurso de su abuelo de nada servía para disuadirle de propósitos audaces que jamás había formado. Antes bien, si Blasillo no hubiera sido tan bueno, el discurso del abuelo hubiera podido servir para despertar en su alma candorosa los propósitos susodichos.

Como quiera que fuese, Blasillo distaba tanto de haberlos concebido que se puso más colorado que un pavo cuando, con timidez que por dicha no deslustró su agilidad, su buena maña y la fuerza de sus brazos, recibió á la viuda, que se dejó caer en ellos para echar pie á tierra. Extendió allí Blasillo una limpia servilleta que sacó de las alforjas y colocó sobre ella los boquerones fritos, el pollo fiambre, el blanco pan y las apetitosas chucherías que para la merienda llevaba. Ni faltaron cuchillos y tenedores ni vasos de bien fregado vidrio, en el mayor de los cuales trajo Blasillo agua fresca del arroyo, reservando otros dos vasos más pequeños para el añejo y generoso vino de Montilla que había en su bota.

La viuda y su acompañante se sentaron amistosamente, él enfrente de ella, y comieron y bebieron con fruición y como dos príncipes.

Blasillo, más silencioso que parlanchín, apenas

desplegaba los labios; pero la viuda hablaba y procuraba hacer hablar á Blasillo con preguntas y consideraciones. Casi ya terminado el festín y más animada la viuda, dijo á Blasillo:

—Estoy contenta de tí. Estoy satisfecha. Tu abuelito te ha dado muy buena crianza. Pero hablando con franqueza, bien es menester que tenga yo todo el valor que tengo para fiarme, como me he fiado, de un mozuelo como tú, y para venirme sola con él y sin amparo ninguno á un sitio como éste, cuya soledad aterra. Ya ves tú... Ahora serán las doce del día. La tranquilidad y el silencio de estas horas y en estos lugares son casi tan medrosos como la tranquilidad y el silencio de la media noche. No parece sino que tú y yo estamos solitos en el mundo, ó por lo menos que no viven en él seres humanos y de bulto, prójimos nuestros, sino pajarillos que cantan y que no saben ni entienden lo que nosotros somos ni lo que hacemos. Declaro que si yo no estuviera tan segura de mí y de tí me arrepentiría de lo hecho como del más osado y peligroso disparate.

—Pues mire su mercé, seña Nicolasa, bien hace en no arrepentirse y mejor aún en no creer disparate lo hecho. Ya me recomendó el abuelo que me portase bien. Y no era menester que me lo recomendase. Yo soy quien soy, y conmigo va su mercé como bajo un fanal.

– Lo sé, lo veo, hijo mío – replicó la viuda.—Tú eres de los que no hay; algo de extraño y que no se estila. Y sin embargo... á pesar de tu excelente condición... ¿quién sabe?... ni aquí ni á mucha distancia de aquí hay criaturas de nuestra casta. Pero ¿podremos afirmar que en torno nuestro, sin que nosotros los veamos ni los sintamos, no haya duendes ó diablillos traviesos que nos hablen al oído y nos infundan malos pensamientos?... Si he de confesarte la verdad, yo tengo miedo. Y no temo por tí ni por mí, si, naturalmente, seguimos siendo como somos. Temo por el misterio que nos rodea y en el cual tal vez se esconda no sé qué brujería ó hechizo.

– Pues nada, señá Nicolasa, sosiéguese usted y no tema. Aquí no hay diablo ni duende que valga. Contra todos ellos, si los hay, me defenderé yo y defenderé á su mercé, y su mercé y yo seguiremos siendo los mismos que antes, sin trastorno ni encantamento.

Hubo una larga y silenciosa pausa. Luego exclamó la vida:

—Quiero suponer, hijo mío, que tú á despecho de tu buen natural, movido por un poder irresistible, te atrevieses ahora á perderme el respeto. ¡Qué apuro el mío! ¿Qué recurso me quedaba? Tú tienes mucha más fuerza que yo.

– ¡Por los clavos de Cristo, señá Nicolasa! No

se aflija su mercé ni me aflija suponiendo cosas indignas é imposibles.

—Y con tal de que no sean, ¿qué importa que yo las suponga? Supongámoslas, pues. ¿Qué haría yo entonces?

—Toma—contestó Blasillo,—gritar, que alguien acudiría.

—Pero muchacho, ¿quién había de oirme, si estoy algo ronca y tengo la voz muy débil?

Sobrevino otro largo rato de silencio. Luego dijo Blasillo:

—Aunque fuera su mercé muda, señá Nicolasa, y aunque viniese á tentarme una legión de demonios, en este desierto y á mi vera estaría su mercé tan libre de todo peligro y de toda ofensa como si se encontrase en medio de la plaza de nuestro lugar á la hora del mercado.

La señá Nicolasa se mordió los labios, hizo una ligera mueca, no se sabe si de satisfacción ó de despecho, y calló durante largo rato, como sumida en profundas meditaciones.

—Quisiera dormir un poco,—dijo por último.

—Nada más fácil,—contestó Blasillo.

Y sin añadir palabra, trajo la manta y los almohadones de las jamugas, los extendió en el suelo, preparando cama para la viuda y la invitó por señas á que se tendiese y durmiese. Luego añadió:

—Yo me retiraré para que quede su mercé á

sus anchas, no sienta ruido y duerma tranquila y á gusto.

—Oye, hijo mío, no te vayas muy lejos, que tendré miedo si me dejas sola.

—Pues está bien. No me iré muy lejos.

Acostóse la viuda, pero se cuenta que no se durmió, aunque cerró los ojos y pareció dormida, y durmiendo, tan bonita ó más bonita que despierta.

Pasó más de una hora. Blasillo, desde el punto no muy distante á donde se había retirado, acudió de puntillas á ver si la viuda estaba aún durmiendo. La vió dormir, se detuvo inmóvil, mirando, mirando, reprimiendo el aliento, y se retiró para no despertarla. Siete ú ocho veces repitió Blasillo la misma operación. No hacía más que ir y venir. Cada vez llegaba más cerca de la mujer dormida. La última vez, queriendo sin duda verla mejor y más despacio, se hincó de rodillas y se aproximó tanto á ella que, si hubiese estado despierta, según sospechamos, aunque no nos atrevemos á asegurarlo, hubiera sentido la respiración de Blasillo sobre su rostro y agitando los negros rizos de sus sienes, y hasta hubiera recelado que la boca de Blasillo iba al cabo á salvar la distancia cortísima que de la boca de ella la separaba.

Pero no hubo nada de esto. Blasillo se retiró de nuevo. Y entonces, en el supuesto siempre de que

la viuda pudiera estar despierta y fingir que dormía, la viuda hubiera podido oir un tenue y larguísimo suspiro.

Al fin la viuda se recobró del sueño, fingido ó verdadero, volvió á montar en su mulo, aupada por el respetuoso Blasillo que la levantó en sus brazos, y en gran silencio y sin otra novedad que merezca referirse, llegó á Córdoba aquella misma noche.

La señá Nicolasa tuvo tan buena suerte y estuvo tan hábil, que en menos de cuatro días despachó cuanto en Córdoba tenía que hacer.

Blasillo, con sus mulos, la aguardó en una posada, según ella lo había exigido.

Y luego que ella lo dispuso, Blasillo la acompañó y la llevó desde Córdoba al lugar en la misma forma y manera en que hasta Córdoba había ido.

Hubo, no obstante, una notabilísima diferencia al volver.

La señá Nicolasa se mostró á la vuelta más entonada y seria que á la ida. Al merendar en el sotillo, á la margen del arroyo que promediaba el camino, habló poco. No recordó sus pasados recelos y temores, no los tuvo otra vez y no quiso dormir ó fingir que dormía.

Por esto y porque los mulos, atraídos por la querencia, parecían tener alas y picaban prodigiosamente, el viaje de vuelta fué mucho más rápido

que el de ida, y pronto se encontraron en el lugar los dos viajeros.

Cuando al otro día fué la señá Nicolasa á ver al tío Blas para ajustar cuentas con él y pagarle, se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

—Estoy muy agradecida, tío Blas. Su nieto de usted es un santo. Se ha portado muy bien conmigo. Me ha cuidado mucho y no me ha perdido el respeto. Estoy muy agradecida.

Lejos de mostrarse el tío Blas satisfecho de lo que la viuda le decía, la miró fosco y enojado y le dijo:

—Pues yo, señá Nicolasa, no estoy agradecido ni mucho menos. Lo tratado fué que el niño no había de perderle á usted el respeto y no se le ha perdido; pero no fué lo tratado que usted había de hacerle perder el juicio. Y usted se lo ha hecho perder con mil retrecherías, de las que él no me ha hablado, pero de las que yo sospecho que usted se ha valido. El muchacho ha vuelto medio tonto. No come, ni duerme, ni habla, ni ríe. Está como si le hubieran dado cañazo. Si así paga usted que el chico no le perdiese el respeto, más le valiera habérsele perdido.

La desalmada viuda, en vez de afligirse al oir aquellas quejas y al saber la cruel transformación

que se había realizado en Blasillo, no acertó á disimular su alegría y dijo al tío Blas:

—Tío Blas, yo me confieso culpada. He provocado á Blasillo. Prendada de él, he dicho y hecho diabluras procurando que me pierda el respeto. No me le ha perdido, pero en cambio yo he perdido el juicio por él, y ahora, aunque usted rabie y se enoje, me alegro de saber de boca de usted lo que yo sospechaba ya, que él también ha perdido el juicio por mí. Pero esto tiene fácil y pronto remedio. Si Blasillo me perdona los seis ó siete años que tengo más que él, y si no forma mala opinión de mí por lo desenvuelta que anduve en el sotillo, y si entiende, como entienden todos en el lugar, que nadie me ha tocado al pelo de la ropa sino mi difunto marido, que buen poso haya, acudamos al cura para que nos cure y para que sin perderme el respeto, él y yo recobremos el juicio que ambos hemos perdido. Aquí está mi mano. ¿Querrá Blasillo tomarla?

—¡Pues no ha de querer, señá Nicolasa, pues no ha de querer!

Y el tío Blas, muy contento, se desgañitaba gritando:

—¡Blasillo!... ¡Blasillo!... ven acá, muchacho.

A las voces acudió Blasillo, que por dicha estaba en casa. El tío Blas le dijo:

—Mira hombre, aquí tienes á la señá Nicolasa.

Hazme el favor y hazle el favor de ser ahora menos respetuoso con ella que durante el viaje y plantifícale media docena de besos en esa cara tan hermosa, donde ella está deseando que se los des. Si con esto le pierdes un poquito el respeto á la señá Nicolasa y cometes un pecado, ya el cura te absolverá, la absolverá á ella y os echará á ambos las bendiciones.

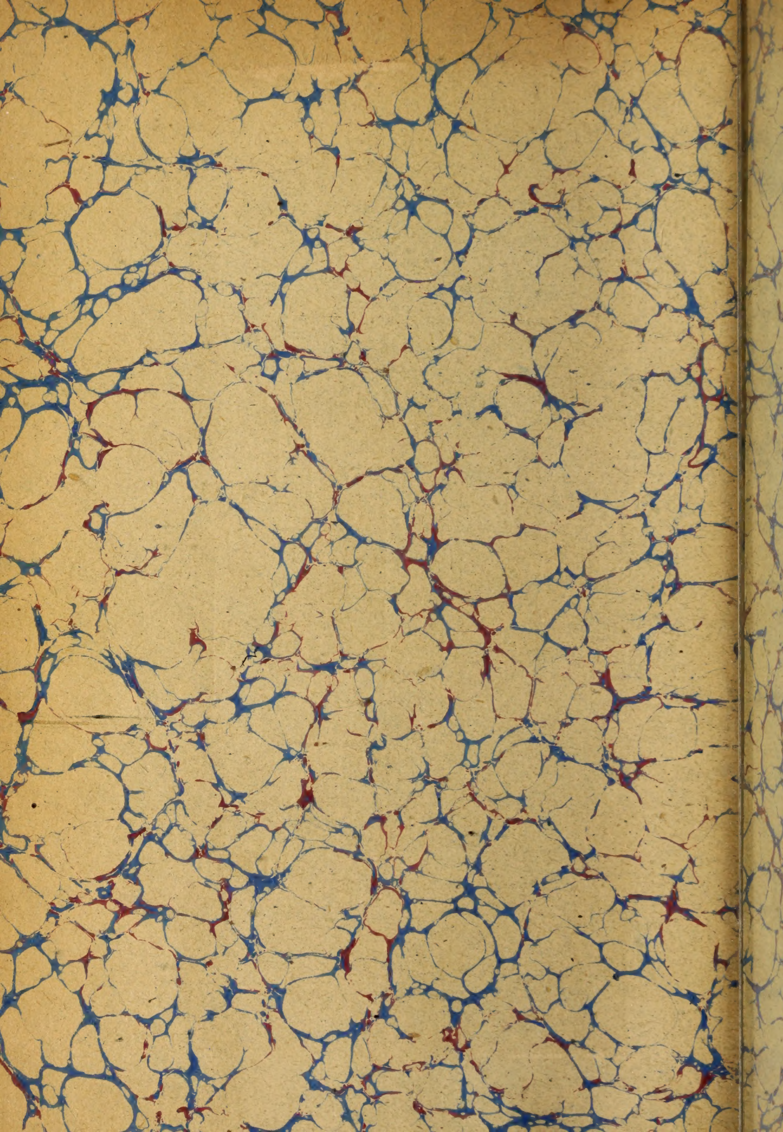
Blasillo no se hizo de rogar. Arremetió con la viuda, ya sin la menor timidez, le dió muchos más besos que los que el abuelo le recomendó que le diese, los recibió de ella en inmediato pago, y con el mismo brío y facilidad con que había levantado á la señá Nicolasa para subirla en el mulo, la levantó en el aire y la brincó y la chilló como preciada y queridísima prenda suya. La señá Nicolasa se reía de gusto, cerraba los ojos como si fuera á desmayarse y se alegraba de todo corazón de que Blasillo no le hubiese perdido el respeto, á fin de ser pronto toda de él con respeto y con todo.

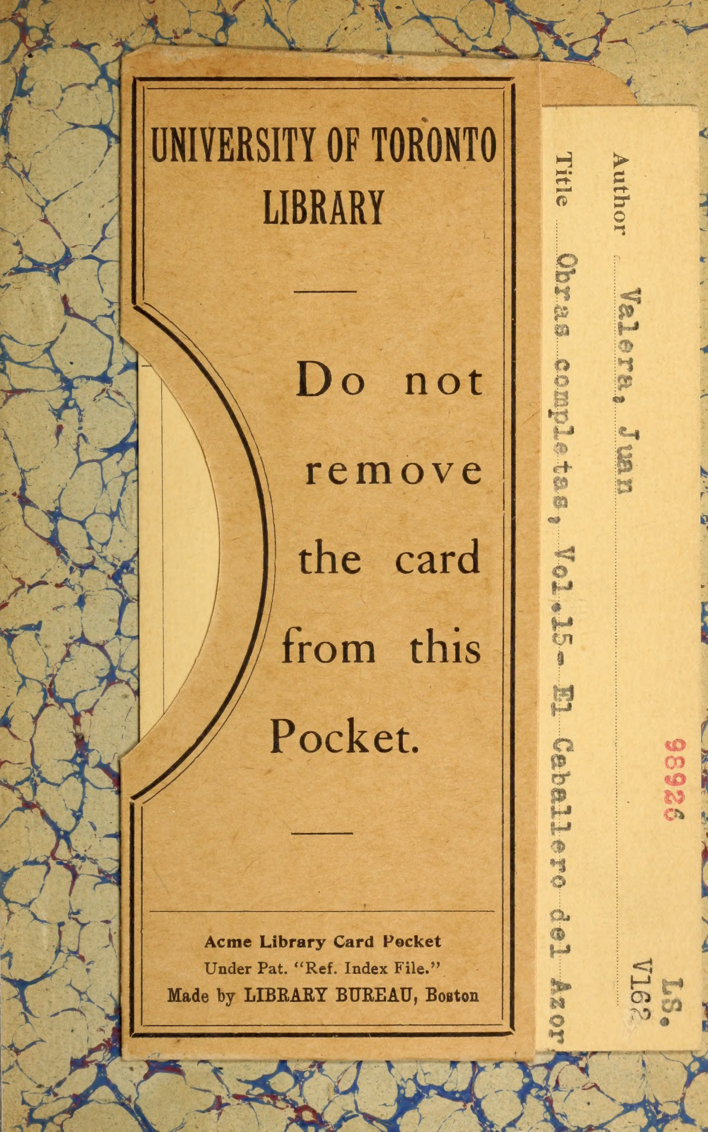
INDICE

CUENTOS Y CHASCARRILLOS ANDALUCES

Acabóse de imprimir este libro
en la Imprenta Alemana
en Madrid á XV días
de Febrero de
MCMVIII años






UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not remove the card from this Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU, Boston
Author Valera, Juan
Title Obras completas, Vol.15- El Caballero del Azor
98926
LS.
V162

